

MAGISTERIUM

LA  
TORRE  
DE  
ORO

HOLLY  
BLACK



CASSANDRA  
CIARE

Lectulandia

Callum Hunt ha sido un héroe y un marginado. En su paso por Magisterium, a veces ha estado del lado del Bien, y otras se ha acercado peligrosamente al Mal. Y nunca se ha sentido acogido del todo, sino por el contrario, ha percibido el resentimiento y miedo de quienes le rodeaban.

En su último año en la escuela de magia, su situación es más incierta que nunca. Le rodea una profunda oscuridad. Y el mayor reto de su vida está justo a la vuelta de la esquina.

Un inolvidable final para la saga *Magisterium*: allí donde la magia está, se encuentran la luz y las tinieblas, el poder de salvar y el de destruir.

Holly Black & Cassandra Clare

# **Magisterium. La torre de oro**

**Magisterium - 5**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 24.10.2019

Título original: *The Golden Tower*  
Holly Black & Cassandra Clare, 2018  
Traducción: Patricia Nunes  
Ilustraciones: Scott Fischer

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

PARA CAMMIE Y ELLIOT,  
QUE SON MUY BUENOS EN SER MALOS

↑ ≈ Δ ○ @





## CAPÍTULO 1

Por primera vez, a Call le pareció pequeña la casa donde había crecido.

Alastair detuvo el coche y se bajaron todos, hasta *Estrago*, que corrió ladrando por el borde del césped. Alastair miró a su hijo antes de cerrar el coche; no había ninguna maleta que cargar, ni ninguna bolsa o equipaje del que preocuparse. Call regresaba de la casa del Maestro Joseph sin nada.

«No exactamente sin nada. —La voz de Aaron resonó en su cabeza—. Me traes a mí».

Call intentó no sonreír. Resultaría raro que su padre le viera sonriendo por nada, sobre todo porque últimamente no tenían muchos motivos para sonreír: el Magisterium había derrotado a las fuerzas del Maestro Joseph, pero había sido una masacre. Aaron, su mejor amigo, había regresado de entre los muertos solo para volver a morir.

Al menos, eso era lo que todo el mundo creía.

—¿Estás bien? —Alastair miró a Call con los ojos entornados—. Parece que te haya sentado mal algo.

Call dejó de intentar no sonreír.

—Es solo que me alegro de volver a casa.

Alastair lo abrazó torpemente.

—No me extraña.

Por dentro, la casa también parecía más pequeña. Call fue a su cuarto, con *Estrago* pisándole los talones. Aún le resultaba raro verlo con los ojos verdes de un lobo normal, en vez de con los ojos de colores rodantes típicos de los caotizados. Le rascó las orejas y el lobo bostezó, sacudiendo el suelo con la cola.

Call se paseó por las otras habitaciones; sin especial interés, fue cogiendo cosas y dejándolas. Su antiguo uniforme del Curso de Hierro. Unas piedrecitas lisas de las cavernas del Magisterium. Una foto en la que estaba con Aaron y Tamara, sonriendo de oreja a oreja.

Tamara. Se le hizo un nudo en el estómago.

No había hablado con ella desde que la vio arrodillada sobre su cuerpo en el campo de batalla frente a la fortaleza del Maestro Joseph. En aquel momento le había parecido posible que ella lo quisiera de verdad, pero el silencio que siguió lo colocó en su lugar. Después de todo, querer que alguien no muriera no era lo mismo que querer seguir teniendo trato con esa persona.

Tamara no había querido que Call resucitara a Aaron y, cuando lo hizo, no había considerado que Aaron fuera Aaron. Para ser justos, su amigo no se había comportado como siempre. Resultó que volver a meter el alma a un cuerpo ya un poco podrido daba resultados extraños. Curiosamente, Aaron era mucho más él mismo ahora que solo le hablaba en la cabeza. Pero Tamara no sabía que Aaron seguía con ellos, y teniendo en cuenta cómo había reaccionado otras veces, no creía que se lo fuera a tomar muy bien. Ya pensaba que Call era un hechicero malvado, o al menos con tendencia al mal.

Y eso era algo en lo que prefería no pensar, porque, de todo el mundo, Tamara siempre había sido la que más había creído en él.

«Aun así vamos a tener que decírselo, lo sabes».

Call se sobresaltó. A pesar de que Aaron había estado con él en la enfermería del Magisterium hasta que se recuperó de los efectos de emplear demasiada magia del caos durante la pelea con Alex, tener a alguien que oyera sus pensamientos y le respondiera no dejaba de resultarle inquietante.

Alastair llamó a la puerta y la entreabrió.

—¿Te apetece comer algo? Puedo preparar unos bocadillos de queso gratinado con pimientos. O podemos pedir una pizza.

—Los bocadillos me parecen perfectos —contestó Call.

Alastair los preparó con cariño; untó una fina capa de mantequilla en el pan para que se tostara bien, y abrió una lata de sopa de tomate. Nunca había sido muy buen cocinero, pero, para Call, cenar con él y pasarle trozos de corteza a *Estrago* por debajo de la mesa era mucho mejor que el banquete más delicioso que pudiera conjurar el Maestro Joseph.

—Bien —comenzó Alastair, cuando se hubo sentado y ambos empezaron a comer. La sopa de tomate no era ni salada ni dulce, estaba en su punto, y el queso con pimientos estaba perfectamente especiado—. Tenemos que hablar del futuro.

Call alzó la mirada de la sopa, confuso.

—¿El futuro?

—Vas empezar el Curso de Oro en el Magisterium. Todo el mundo está de acuerdo en que..., ejem, has aprendido suficiente magia para considerar que has completado el Curso de Plata. Atravesarás la puerta en cuanto vuelvas a la escuela en otoño.

—¡No puedo volver al Magisterium! —exclamó Call—. ¡Todos me odian!

Alastair se apartó el pelo oscuro de la frente.

—Probablemente ya no tanto. Vuelves a ser un héroe. —El padre de Call era genial en muchos aspectos, pero su tacto dejaba bastante que desear—. De todos modos, solo te queda un año. Y



ahora que el Maestro Joseph no está, seguro que es un año bastante tranquilo.

—El Collegium...

—No tienes por qué ir al Collegium, Call —repuso Alastair—. De hecho, creo que sería mejor que no lo hicieras. Ahora que Aaron ya no está, eres el único makaris. Intentarán utilizarte y nunca confiarán del todo en ti. No podrás tener una vida normal, como cualquier mago.

Call dudaba que hubiera algún mago con una vida normal.

—Y, entonces ¿qué hago? ¿Ir a una universidad normal?

—Yo nunca fui a ninguna universidad —contestó Alastair—. Podríamos tomarnos un tiempo, viajar un poco. Te enseñaría lo que hago; podríamos montar un negocio en alguna parte, padre e hijo. En California, por ejemplo. —Clavó la cuchara en la sopa—. Es decir, tendríamos que cambiar de nombre. Esquivar al Magisterium y a la Asamblea. Pero valdría la pena.

Call no sabía qué decir. En ese momento, la idea de no tener que volver a tratar con la Asamblea y su opinión sobre los makaris, o con el odio que la gente tenía a Constantine Madden, el Enemigo de la Muerte, cuya alma vivía en el cuerpo de Call, sonaba perfecta. Pero...

—Mira, tengo que decirte una cosa —confesó Call—. Aaron no se ha ido del todo.

Alastair frunció las cejas, preocupado.

«Uh, uh —pensó Aaron—. Espero que no le dé un ataque».

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alastair con cautela.

—Quiero decir que sigue en mi cabeza, sigue vivo en mí —soltó Call.

«En realidad, no había ninguna necesidad de contárselo», opinó Aaron. Lo que viniendo de él era un poco jeta, ya que acababa de decir que se lo tendrían que contar a Tamara.

Alastair asintió lentamente, y Call se relajó, aliviado. Su padre se lo estaba tomando bien. Quizá hasta supiera qué hacer.

—Es una bonita manera de verlo —repuso Alastair, finalmente—. Lo cierto es que lo estás llevando muy bien. El dolor de la pérdida es duro, lo sé. Pero lo mejor es recordar a esa persona y...

—No lo entiendes —le interrumpió Call—. Aaron me habla. Lo oigo.

Alastair continuó asintiendo.

—A veces, yo también me sentía así después de la muerte de tu madre. Era como si pudiera oír la voz de Sarah regañándome. Sobre todo una vez, cuando te dejé gatear en el jardín y empezaste a comer tierra mientras yo no miraba.

—¿Comí tierra? —preguntó Call.

—Te vuelve resistente a las enfermedades —replicó Alastair, un poco a la defensiva—. No te pasó nada.

—Vale —repuso Call—. Pero eso no tiene nada que ver. Lo importante es que Aaron me habla de verdad.

Alastair le puso suavemente la mano en el hombro.

—Estoy seguro —dijo.

Y Call no se vio con ánimos de decir nada más.



La noche antes de partir para su último curso en el Magisterium, Call estaba tirado en la cama, observando el camino blanco que la luna dibujaba sobre la colcha. Ya había preparado la bolsa para ir al Magisterium al día siguiente, donde vestiría el uniforme rojo intenso del Curso de Oro. Recordó haber contemplado a Alex Strike con su flamante uniforme rojo, tan seguro y tranquilo con sus amigos. Pero Alex estaba muerto. Y Call se alegraba. Alex había asesinado a Aaron y se merecía todo lo que le había pasado.

«Call. —La voz de Aaron era solo un susurro—. No pienses en esas cosas. Solo tienes que dejar que pase mañana».

—Pero todos me odian —repuso Call. Sabía que su padre no estaba de acuerdo, pero él estaba muy seguro.

Había luchado en el lado bueno en la última batalla y había salvado el Magisterium, pero seguía siendo el portador del alma corrupta de Constantine Madden.

*Estrago* soltó un gemido, le tocó la mano con el morro y luego intentó meterse bajo las sábanas. Era algo que hacía cuando era un cachorro, pero resultaba muy peligroso con un lobo adulto, incluso aunque no fuera caotizado.

«*Estrago*, para ya —pensó Aaron, y el lobo alzó la cabeza, parpadeando—. ¡Puede oírme!».

Aaron parecía encantado.

—Te lo estás imaginando —replicó Call.

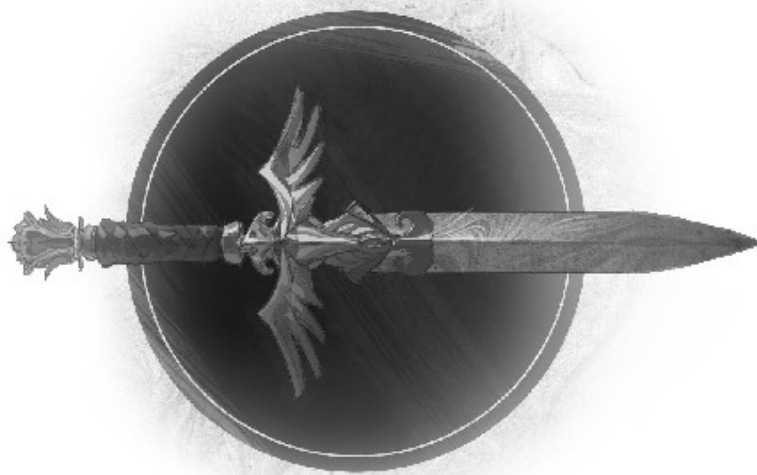
Llamaron a la puerta de la habitación.

—¿Call? ¿Estás al teléfono? —preguntó Alastair.

—¡No! —gritó él—. Solo... hablaba con *Estrago*.

—Vale. —Alastair no sonaba convencido, pero sus pasos se alejaron.

«Nos tienes a *Estrago* y a mí —dijo Aaron—. Mientras sigamos juntos, todo irá bien».



## CAPÍTULO 2

Sentado junto a Alastair en su Rolls-Royce plateado de 1937, mientras se dirigía una vez más hacia el Magisterium, Call recordó su viaje hacia la Prueba de Hierro cuatro años atrás. Su padre le había dicho que, si fallaba el examen, no tendría que ir a la escuela de magia, y eso era bueno porque, si iba, podía morir perdido en sus túneles.

En ese momento, Call sabía lo que realmente había preocupado a su padre: que se descubriera que era el receptáculo del alma de Constantine. Sus temores habían acabado por hacerse realidad, excepto la parte de morir en los túneles.

Y ni siquiera era demasiado tarde para eso.

«¿Siempre te pones en lo peor? —preguntó Aaron—. Como el sistema de puntos del Señor del Mal. La verdad es que tenemos que hablar de eso».

—No me juzgues —dijo Call.

Alastair lo miró raro.

—No te estoy juzgando, Callum. Aunque has estado muy callado durante todo el viaje.

Tenía que dejar de contestar a Aaron en voz alta.

Y él tenía que dejar de hurgar entre sus recuerdos.

—Estoy bien —aseguró—. Solo un poco tenso.

—Un año más y ya está —insistió Alastair, mientras tomaba la carretera que llevaba a las cavernas de la escuela—. Entonces los magos no podrán decir que es peligroso que te falte entrenamiento ni nada de toda esa mierda. Un año más y te librarás de ellos para siempre.

Unos minutos después, Call salió del coche y se colgó la bolsa al hombro. *Estrago* saltó tras él, olisqueando el viento. Había otros alumnos bajando de un autocar: los niños que acababan de pasar la Prueba de Hierro. A Call le parecieron realmente pequeños y se percató de que se estaba preocupando por ellos. Algunos le lanzaron una mirada nerviosa, lo señalaron y susurraron entre sí.

Call dejó de inquietarse y comenzó a desear que *Warren*, el extraño lagarto que vivía en las cuevas, los hiciera caer en una sima.

«Eso sin duda te haría ganar algunos de esos puntos de Señor del Mal», le espetó Aaron.

—Deja de hurgarme en el cerebro —masculló Call entre dientes.

Alastair se volvió hacia él y le dio un abrazo de despedida y una palmada en la espalda. Sorprendido, Call se dio cuenta de que ya casi eran de la misma altura.

Oyó susurros alrededor y notó que había ojos clavados en ellos. Cuando Alastair se apartó, tenía los dientes apretados.

—Eres un buen chico —le dijo—. No te merecen.

Call suspiró y lo observó partir. Luego entró en las cuevas del Magisterium. *Estrago* le siguió de cerca.

Todo le resultaba conocido y desconocido a la vez. El olor a piedra, que se iba intensificando a medida que se adentraba en el laberinto de túneles, le resultaba conocido. El ruido de los pequeños

lagartos reptando rápidamente y el brillo del musgo le resultaban conocidos. El modo en que los otros alumnos lo miraban y susurraban tapándose la boca con la mano también le resultaba conocido, aunque mucho menos agradable. Incluso lo hacía alguno de los Maestros. Mientras se acercaba a la puerta de sus habitaciones, Call pilló al Maestro Rockmaple mirándolo boquiabierto, y le hizo una mueca.

Tocó la puerta con su muñequera y esta se abrió. Call entró, convencido de que la estancia estaría vacía.

Pero no lo estaba. Tamara se hallaba sentada en el sofá, vestida ya con el uniforme del Curso de Oro.

«¿Por qué pensabas que no estaría aquí? —le preguntó Aaron—. También es su habitación».

Por una vez, Call no le respondió en voz alta, pero fue porque un estruendo le llenó los oídos y solo pudo pensar en Tamara. En lo guapa que estaba y en lo mucho que le brillaba el pelo, que llevaba recogido en una gruesa trenza. Y pensó también en que en ella todo parecía perfectamente ordenado, desde el agudo perfil de las cejas hasta su inmaculado uniforme.

«Esto ha sido raro —comentó Aaron—. Se te ha chamuscado el cerebro o algo así. ¿Call? ¡Tierra llamando a Call!».

Tenía que decir algo. Sabía que tenía que decir algo, sobre todo porque ella seguía mirándolo, como si estuviera esperando precisamente eso.

Pero se sentía sucio, torpe y totalmente estúpido. Y no sabía cómo iba a explicarle que quizá no hubiera tomado siempre la decisión correcta, pero que al final todo había salido bien, y que no estaba enfadado con ella por haberse largado con Jasper y haberlo dejado en la Central del Señor del Mal con el Maestro Joseph y Alex, así que seguramente ella no debería estar enfadada con él por haber resucitado a Aaron...

«No, no puedes decir nada de eso», afirmó Aaron con rotundidad.



—¿Por qué? —preguntó Call, y entonces cayó en que lo había vuelto a hacer: había hablado en voz alta. Se contuvo para no taparse la boca con la mano, lo que solo hubiera empeorado las cosas.

Tamara se levantó del sofá.

—¿Por qué? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—¡No! —exclamó Call, pero entonces se dio cuenta de que aún no había descubierto lo que sí debía decirle.

«Repíteme conmigo —intervino Aaron—: “Tamara, sé que tienes motivos para estar enfadada, y sé que tengo que recuperar tu confianza, pero espero que algún día podamos volver a ser amigos”».

Call respiró hondo.

—Sé que tienes motivos para estar enfadada —dijo, y se sintió aún más estúpido, si eso era posible—. Y sé que tengo que recuperar tu confianza, pero espero que algún día podamos volver a ser amigos.

La expresión de Tamara se suavizó.

—Podemos ser amigos, Call.

No podía creer que hubiera funcionado. Aaron siempre sabía qué decir, y con él en la cabeza, Call también sabía hacerlo. ¡Era genial!

—Vale —contestó, ya que no estaba recibiendo otras instrucciones—. Muy bien.

Tamara se agachó y acarició a *Estrago* en el cuello; este comenzó a sacudir la lengua, lleno de alegría.

—Parece que está bien así, sin ser un caotizado. Ni siquiera se le ve muy diferente.

«Ahora dile que te importa y que has tomado algunas decisiones equivocadas y te arrepientes», le indicó Aaron.

«¡No voy a decirle eso! —pensó Call, en respuesta—. Si le digo que me importa, se me reirá en la cara. Pero si no digo nada más, quizá todo esto se solucione solo».

Lo único que recibió de Aaron fue un silencio. Un silencio enfurruñado.

—Me importas mucho —dijo Call, y Tamara se incorporó de golpe. Tanto ella como *Estrago* se lo quedaron mirando sorprendidos—. He tomado malas decisiones. Muy malas decisiones. Las peores que se puedan tomar.

«Tampoco te pases, colega».

Aaron parecía alarmado.

—Quería recuperar a Aaron —explicó Call, y Aaron guardó silencio en su cabeza—. Vosotros dos... sois los mejores amigos que he tenido nunca. Y *Estrago*. Pero él no juzga.

*Estrago* ladró. A Tamara le temblaron un poco los labios, como si estuviera conteniendo una sonrisa.

—No quiero presionarte —continuó Call—. Tómate todo el tiempo que quieras para averiguar lo que sientes. Solo quería que supieras que lo lamento mucho.

Tamara se quedó callada durante un buen rato. Luego fue hacia él y le dio un beso en la mejilla. Una sacudida de energía le atravesó todo el cuerpo, y tuvo que luchar contra el impulso de abrazarla.

«Ag», susurró Aaron.

Tamara se apartó.

—Esto no quiere decir que te perdone del todo y que sigamos como antes —dijo—. No estamos saliendo, Call.

—Lo sé —repuso él. No esperaba otra cosa, pero, aun así, notó un golpe seco en el pecho.

—Pero somos amigos —continuó ella. Los ojos le brillaron con fiereza—. Mira, aquí todo el mundo tiene una opinión sobre ti. No saben nada de cómo... de que Aaron resucitara. Saben que el Maestro Joseph te raptó, y saben que ayudaste a derrotarlo a él y a Alex.

—Vale. ¿Eso parece... bueno? —preguntó Call con cautela.

—Pero también saben que tienes el alma del Enemigo de la Muerte. Todos lo saben, Call. No sé hasta qué punto van a comprender que no eres él.

—Quizá debería pasarme todo el curso metido en esta habitación. —Call miró alrededor—. Podría conseguir comida encantando mortadela, como hizo el Maestro Rufus el día que llegamos.

Tamara negó con la cabeza.

—De ninguna manera. Primero, no tenemos mortadela. Segundo, vamos a salir de aquí y a enfrentarnos a los demás. Tienes que poder llevar una vida normal, como cualquier mago, Call. Tienes que demostrarles a todos que tú eres tú, no una especie de monstruo.

«Quizá nunca pueda vivir como un mago —pensó Call—. Quizá sea eso».

En su cabeza, Aaron permaneció en silencio. Call estaba seguro de que era mejor no decir nada sobre la propuesta de su padre de que pasara del Collegium y abandonara totalmente el mundo de los magos. Ni siquiera había decidido aún qué pensaba él.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Me apunto. ¿Qué hacemos primero? ¿Ir a la Galería?

—Primero, tengo algo para ti —contestó Tamara, sorprendiéndole.

Entró en su dormitorio con un balanceo de trenza, y salió con... un cuchillo. El cuchillo de Call, hecho por su madre, con el mango y la vaina decorados con dibujos entramados.

—*Miri* —suspiró Call al coger el arma—. Tamara..., muchas gracias.

«Ahora, si alguien se mete contigo en el comedor, le puedes cortar la cabeza», pensó Aaron, alegremente.

Call comenzó a atragantarse, pero, por suerte, Tamara lo achacó a la emoción, y le palmeó la espalda hasta que dejó de toser.



## CAPÍTULO 3

Entrar en el comedor le produjo una sensación parecida a un *déjà vu*. Era como hallarse en un lugar conocido donde nada era exactamente como debería ser. Se dio cuenta de que se sentía así porque solo reconocía a unos cuantos alumnos. Todos los mayores se habían ido. No conocía a nadie del Curso de Hierro, y a muy pocos de los de los cursos de Cobre o Bronce. E incluso la gente que conocía de los cursos de Oro y Plata estaba muy cambiada. Unos cuantos chicos hasta lucían lo que parecía ser unas barbas incipientes y ralas.

Call se llevó una mano a la cara. Debería haberse afeitado. Seguro que a Tamara le gustaría.

«Céntrate», le dijo Aaron.

Si Aaron estuviera ahí, en su propio cuerpo, se habría acordado de afeitarse. Se habría recortado el vello facial con una seguridad y una habilidad innatas, y todos lo habrían admirado.

«No tardaré mucho en encontrar un cuerpo», informó Aaron.

Un momento.

«¿Qué?», pensó Call.

Pero antes de que pudiera seguir preguntando, Tamara lo empujó hacia la mesa con la comida. De camino al Magisterium había tenido un nudo en el estómago, así que no había comido casi nada, pero tener a Tamara a su lado le hacía sentirse mucho mejor, y descubrió que se moría de hambre.

Cogió un poco de liquen verdoso, unas cuantas tajadas enormes de champiñón y una especie de empanadillas redondas y moradas con salsa azul.

«Coge algún pastelillo de nabo —pidió Aaron—. Están ricos».

A Call nunca le habían entusiasmado los pálidos pastelillos de nabo, que tenían toda la pinta de estar hechos de peces sin ojos, pero de todas formas se puso unos cuantos en el plato. Cogió una taza de té y siguió a Tamara. Encontraron una mesa vacía, y su amiga dejó la bandeja y miró alrededor, como retando a cualquiera a que se atreviera a acercarse.

Nadie lo hizo. Mucha gente los miraba y susurraba, pero nadie se acercaba.

—Eh, esto... ¿Cómo está Kimiya? —preguntó Call, finalmente, por decir algo.

Tamara puso los ojos en blanco, pero, para sorpresa de Call, también sonrió.

—Castigada en casa sin ir al Collegium durante todo un curso por liarse con el Señor del Mal Alex. Y por unirse a su malvado ejército del mal.

—¡Guau! —exclamó él.

Alzó la mirada y vio que tres alumnos del Curso de Hierro se acercaban a la mesa. Eran tres chicos: uno pálido y rubio, uno negro con muchos rizos y otro cubierto de pecas.

—Umm, hola —dijo el chico pálido—. Me llamo Axel. ¿De verdad eres el Enemigo de la Muerte?

—¡Claro que no! —replicó Tamara.

—Bueno —repuso Call—, sí que tengo su alma. Pero no soy él. No hay razón para tenerme miedo.

Los tres chicos del Curso de Hierro habían dado un paso atrás en cuanto había abierto la boca, así que no sabía cuán convincente había resultado. Lo miraban como si esperaran que les enseñara los dientes. Entonces, apareció Jasper detrás de ellos.

—¡Piraos, críos! —gritó.

Los tres pegaron un brinco y salieron corriendo hacia su mesa.

Jasper rio escandalosamente. Llevaba un corte de pelo aún más raro que el anterior; algo así como de punta y desgredado al mismo tiempo. Y se había puesto una chaqueta de cuero sobre el uniforme.

—Eso no ha estado bien —le reprochó Tamara—. Debemos acercarnos a ellos con comprensión, no asustarlos como si fueran niños en una fiesta de Halloween.

Jasper le hizo una mueca.

—¡Yo también me alegro de verlos! —dijo, y se dirigió hacia donde estaban Celia y la comida.

Call no pudo evitar mirar a Celia, que llevaba una cinta de pelo en vez de los prendedores brillantes que se ponía antes. Tiempo atrás habían sido buenos amigos. Incluso ella había querido salir con él. En ese momento no era capaz ni de mirarlo.

—¡Hola!

Call se volvió y vio a Gwenda, bandeja en mano. La chica se sentó frente a ellos y comenzó a comer con toda tranquilidad. Call la miró sorprendido. O bien estaba totalmente fuera de onda de los cotilleos de la escuela o bien pasaba de todo.

—¿Qué tal todo? —preguntó ella.

—Soy el Enemigo de la Muerte —le contestó Call, por si no se había enterado.

Ella puso los ojos en blanco.

—Lo sé. Todo el mundo lo sabe. Una pena lo de Alex, con lo guapo que era.

—No era guapo, era malo —replicó Tamara.



—Sí, claro. Eso también lo sabe todo el mundo —dijo Gwenda. Hizo un gesto con la mano hacia la otra punta de la sala—. ¡Kai! ¡Rafe! ¡Aquí!

Kai y Rafe estaban de pie junto a una enorme sopera. Se miraron y se encogieron de hombros antes de unirse a ellos en la mesa. Ambos saludaron a Call con un gesto antes de comenzar a comer.

—Jasper y Celia han vuelto —explicó Gwenda, señalando con el tenedor.

Call miró en esa dirección y vio que los dos se habían ido con sus bandejas a una mesa donde estaban solos, y tenían los labios unidos como dos ventosas. Jasper había hundido las manos en el pelo rubio de Celia.

—Después de toda la batalla contra el Maestro Joseph, Celia decidió que Jasper era un héroe —comentó Rafe—. *Instamor*.

—*Instareamor* —le corrigió Gwenda—. Porque ella lo había dejado antes de eso.

No tardaron en estar todos charlando de quiénes habían roto y quiénes se habían liado, quiénes eran los nuevos Maestros y qué pelis ponían en la Galería. Aaron permaneció en silencio en su mente, escuchando. Todo parecía normal, tan normal que Call comenzó a relajarse.

Justo entonces, Celia se apartó de Jasper y miró a Call a los ojos. Su mirada era helada. Jasper intentó acercarla de nuevo, pero Celia se puso en pie y se dirigió hacia ellos.

—Tú —soltó, apuntándolo con el dedo. La sala quedó en silencio, como si todos hubieran estado esperando ese momento—. Tú eres el Enemigo de la Muerte, mentiroso.

Tamara se puso en pie al instante.

—Celia, no lo entiendes...

—Sí que lo entiendo. ¡Lo entiendo perfectamente! ¡Nos mintió a todos! Constantine Madden era astuto y malvado, y ahora Call ha vuelto a colarse en el Magisterium. ¡Y Aaron Stewart está muerto por su culpa!

«No fue culpa tuya —pensó Aaron con calma—. No la escuches».

Pero no podía evitar escucharla.

—Celia —comenzó Jasper, que llegó tras ella y le puso las manos sobre los hombros—. Celia, venga ya. Call es como el Amienemigo de la Muerte.

Pero ella se apartó.

—Tenía familiares que aún estarían vivos de no ser por ti —le acusó Celia—. Los mató Constantine Madden. Y eso significa que los mataste tú, igual que mataste a Aaron.

—Yo no maté a Aaron —consiguió decir Call. Notaba la cara ardiendo y el corazón acelerado. Todos los que estaban en el comedor lo miraban.

—¡Pues es como si lo hubieras hecho! —exclamó Celia—. Los caotizados del Enemigo de la Muerte y sus secuaces te buscaban a ti. Estaban concentrados en ti. Tú eres la única razón por la que se encontraban en el Magisterium.

Compungido, a Call no se le ocurría nada que decir.

«No es culpa tuya», insistió Aaron, pero se equivocaba.

—Lo siento —dijo Call, finalmente—. No recuerdo ser nadie excepto Call, pero haría lo que fuera por recuperar a Aaron. Haría lo que fuera para que no hubiera muerto.

Celia parecía haberse desinflado. Miró alrededor, a la gente sentada en la mesa, a Tamara. Los ojos de Celia adquirieron un extraño brillo, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—Estás intentando hacerme quedar mal, como si yo fuera la mala —le acusó Celia.

—¿Recuerdas los rumores que lanzaste sobre Aaron? —preguntó Tamara—. No eres perfecta, Celia.

El cuello de Celia se sonrojó violentamente.

—Call es el Enemigo de la Muerte. Es un monstruo megalómano, pero supongo que, como no cotillea, no es malo.

—Call es buena persona —replicó Tamara—. Es un héroe. Gracias a él, los esbirros del Enemigo se han disuelto y el Maestro

Joseph está muerto.

«Esa me la apunto yo», soltó Aaron, y Call casi lanzó una carcajada de sorpresa. Tenía que controlarse, o todo el Magisterium decidiría que Celia tenía razón en cuanto a él.

—Es un truco —afirmó Celia—. Sé que es un truco, aunque todos vosotros seáis tan estúpidos para no verlo. —Se giró sobre sus talones y salió a toda prisa del comedor.

—Umm, aún tenemos algunos asuntos que resolver —dijo Jasper, y se apresuró a ir tras ella.

Call se levantó; él tampoco quería seguir allí. Todo el mundo lo miraba, y lo único que le apetecía era ir a clase y estar solo con Tamara y el Maestro Rufus. No podía seguir fingiendo que todo era normal.

Un anuncio resonó en la sala: «Todos los aprendices deben dirigirse al vestíbulo principal. Se suspenden las clases de la mañana para celebrar una asamblea general».

Angustiado, Call estuvo seguro de que eso tenía mucho que ver con él.



## CAPÍTULO 4

En el gran vestíbulo de la entrada, Call recordó la primera vez que había estado allí, escuchando al Maestro Rufus, con el corazón latiéndole con tanta fuerza como en ese mismo momento. Recordó haberse quedado maravillado ante el brillante suelo de mica; las paredes de lava; las enormes estalagmitas y las colgantes estalactitas; el intenso fulgor del río azul que serpenteaba por la sala y obligaba a todos a mirar dónde pisaban, aunque el lugar fuera enorme.

Recordó que al principio le había dado miedo perderse por los túneles. Y también los peces sin ojos. En ese momento, todos esos temores parecían ser los de otra persona.

Tamara le cogió la mano y se la apretó, sorprendiéndole.

¿Acaso eso significaba que seguía gustándole? ¿Querría decir que existía la posibilidad de que volvieran a estar juntos? Jasper

había vuelto con Celia a pesar de lo burro que era, así que quizá tuviera una oportunidad.

«Celia también es una burra —replicó Aaron, y fue raro oírle meterse con alguien—. No debería haberte dicho eso».

—Creía que Celia te gustaba —repuso Call, y Tamara lo miró sorprendida. Había hablado bajo, pero no lo suficiente.

—Y así es —contestó ella—. O era. Pero si te dice esas cosas...; en realidad, nos está insultado a todos. Nos considera esbirros sin cerebro. —Se sonrojó de furia—. Por mí, como si quiere ir a comerse un pez sin ojos.

Más y más alumnos se fueron apiñando en el vestíbulo. Call se vio obligado a acercarse un poco más a Tamara, lo que no le suponía ningún problema.

—¿Y dónde ha quedado eso de acercarse a la gente con comprensión?

—Lo he dejado para otro momento —contestó Tamara—. Mira, a lo mejor Celia entra en razón, solo es que está...

Un ruido, como si hubieran golpeado un enorme gong de metal, resonó en la sala. Metal mágico; Call notó que *Miri*, colgado a su cintura, vibraba al unísono. Hubo una ráfaga de aire y, de repente, el Maestro Rufus flotaba sobre ellos, mirándolos. Junto a él había otros magos, profesores conocidos y desconocidos. El Maestro North se erguía a un lado; el Maestro Rockmaple y la Maestra Milagros, al otro.

Call no había visto al Maestro Rufus desde la batalla. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordarlo. Había estado a punto de morir. Y aún más cerca de perder todo lo que le importaba.

—Alumnos —tronó la voz del Maestro Rufus, amplificada por el aire mágico—. Os hemos reunido aquí porque sabemos que los rumores y la inquietud se han disparado entre vosotros. Es cierto que nos hallamos en un momento de gran inestabilidad en el mundo mágico. El Maestro Joseph, un esbirro del Enemigo de la Muerte, trató de destruir el mundo mágico en nombre de Constantine Madden. Pero lo derrotamos. —La palabra resonó con una fuerza

desafiante—. Todos conocemos a gente que se pasó al lado del Enemigo, ya fuera por egoísmo o por miedo.

Un murmullo recorrió la sala. Call se fijó en que bastante gente miraba a Jasper, y un recuerdo casi enterrado destelló en su cabeza: un guardia de la Asamblea sacando del campo de batalla al padre de Jasper con las manos atadas.

—Muchos de esos magos ahora están en el Panopticon o retenidos por la Asamblea. Tratad con compasión a los que tienen familiares en rehabilitación. La decepción que les han causado sus seres queridos ya es más que suficiente.

Jasper se puso de color rojo oscuro y miró al suelo.

—De esta lección debemos aprender que no podemos dejar que el miedo nos guíe —continuó el Maestro Rufus—. Los rumores, la desconfianza entre compañeros, todo eso lo causa el miedo. Pero el miedo no tiene cabida en el corazón de un mago. Fue el miedo lo que empujó a Constantine Madden. Cuando nos gobierna el miedo, olvidamos quiénes somos realmente. Olvidamos todo el bien del que somos capaces.

Los alumnos permanecían en silencio.

—Hay algunos entre nosotros a los que quizá temáis porque no los entendéis —prosiguió Rufus—. Pero Callum Hunt, nuestro makaris, ayudó a cerrar este último capítulo del trágico legado del Enemigo de la Muerte. En el momento crucial, se alzó del lado de la ley y el orden, de la bondad y la humanidad. El mal siempre se alzaría, y el bien siempre lo derrotaría. —Rufus cruzó los brazos sobre el pecho—. Un aplauso para Callum Hunt.

El aplauso fue débil. Tamara le soltó la mano para poder aplaudir y, poco a poco, otros se fueron uniendo. No era una gran ovación, pero era algo. Se apagó rápidamente en cuanto el Maestro Rufus y los otros magos bajaron flotando de su alto estrado y salieron majestuosamente de la sala, indicando que la asamblea había acabado.

—Y... ¿ahora qué? —preguntó Call. Se quedó atrás mientras los otros alumnos se dirigían hacia la salida; no quería atraer más



atención.

Tamara se encogió de hombros.

—Tiempo libre. Supongo que podríamos volver a la habitación.

—De acuerdo —contestó Call, no muy convencido. Quería estar a solas con Tamara, pero también le preocupaba no saber qué decir. Después de todo, la única razón por la que no seguía enfadada con él era por lo que Aaron le había sugerido que le dijera, y si tanto le gustaban las palabras de Aaron, quizá fuera porque estaba enamorada de él. Eso era lo que Jasper opinaba. Y también era lo que opinaba Call, si era sincero consigo mismo. Todos preferían a Aaron. ¿Por qué iba a ser diferente con Tamara?

«Te ha dicho que le gustas tú», dijo Aaron, y Call hizo una mueca de disgusto. No le importaba que Aaron oyera la mayoría de sus pensamientos, pero deseó poder ocultarle los que le incluían a él.

«Bueno, pues no puedes», replicó Aaron.

Call suspiró y atravesó las salas del Magisterium, tratando de concentrarse en no pensar en nada. Quizá pudiera sacar a *Estrago* de paseo. A *Estrago* le gustaba pasear.

Cuando pasó su muñequera ante la puerta de las habitaciones y esta se abrió, vio que el Maestro Rufus los esperaba sentado en el sofá. Miró a Call y a Tamara por debajo de sus pobladas cejas, cargadas de expresividad.

—Bienvenidos otra vez al Magisterium —dijo—. Espero que estéis contentos de estar aquí.

—Es mejor que el Panopticon —respondió Call—. Nos has soltado todo un discurso, ¿eh?

—Sí —repuso el Maestro—. Eso pienso yo también. Espero que ambos estéis preparados para la próxima lección. Quizá hayáis aprendido magia suficiente para cruzar la Puerta de Plata, pero no habéis aprendido la misma que los otros grupos de aprendices. Tendréis que esforzaros para poneros a su nivel.

Call puso los ojos en blanco.

—Estupendo.

El Maestro Rufus continuó, sin hacer caso de ese comentario.

—Como Tamara sabe bien, al final del Curso de Oro hay premios para los estudiantes, premios que os ayudarán a avanzar en el Collegium y, más adelante, en el mundo de los magos. Si queréis conseguir alguno, no tenéis tiempo que perder.

—Debes de estar bromeando —soltó Call—. Nada de lo que haga durante el Curso de Oro va hacer que la gente deje de pensar en mí como el tipo que solía ser el Enemigo de la Muerte.

—Quizá —contestó Rufus—. Pero ¿qué pasa con Tamara?

Call le lanzó una mirada culpable.

—Lo hará genial —respondió, esperando que fuera cierto. Pensar en que Tamara no consiguiera todos los premios y reconocimientos que se merecía, lo hacía sentir fatal. Ella había sido la mejor en la Prueba de Hierro. Había sido la mejor en todo. Si no ganaba nada, sería por su culpa. No le extrañaba que necesitara que Aaron le chivara qué decir.

—Lo intentaré —afirmó Tamara, y le dio un codazo a Call—. Los dos lo intentaremos.

«Dile que trabajarás tan duro como puedas», indicó Aaron.

—Me esforzaré todo lo que pueda —dijo Call, y tanto Tamara como el Maestro Rufus lo miraron sorprendidos.

—Me alegra oír eso —repuso Rufus, finalmente, mientras se ponía en pie—. ¿Estáis los dos listos para salir?

A Call le pilló por sorpresa; no se había dado cuenta de que la lección iba a comenzar en ese mismo momento.

—Supongo que sí —contestó.

Le pareció que Tamara lo miraba raro, pero cuando salieron al pasillo, ella se puso a andar a su lado e incluso le dio un empujoncito en el hombro, así que tal vez se lo hubiera imaginado. El Maestro Rufus caminaba delante de ellos a grandes pasos, serpenteando entre las riadas de alumnos que regresaban del vestíbulo.

—¿Qué crees que vamos a hacer? —preguntó Call en voz baja, mientras el Maestro Rufus los conducía hacia un pasillo menos abarrotado, y luego hacia abajo por unos escalones formados en la

piedra, hasta una caverna del tamaño de una catedral. Un estanque subterráneo de color azul brillaba en el centro. Call había olvidado lo extrañamente hermoso que podía ser el Magisterium—. ¿Qué me he perdido?

—Todo —contestó Tamara sin rencor—. Un mayor control de la magia de fuego, control de tormentas, la magia del clima, metalurgia...

Para cuando llegaron al suelo de la caverna, cubierto de guijarros, a Call le dolía la pierna intensamente. Se la había roto cuando era pequeño y no se le había curado bien. Después de varias operaciones quirúrgicas, estaba convencido de que nunca lo haría.

Ya habían llegado otros alumnos. Call vio a Gwenda, Celia, Rafe, Kai y Jasper, que ponía mala cara. También se encontraba allí la Maestra Milagros, y rápidamente les explicó que se dividirían en dos equipos. Nombró capitanes a Celia y a Jasper.

—Genial —masculló Call a Tamara—. Ahora nunca me escogerán.

Celia pudo escoger primero y eligió a Rafe. Luego le llegó el turno a Jasper. Se paseó de un lado al otro de la fila de expectantes alumnos como si fuera el sargento de una película de guerra inspeccionando los uniformes. Incluso entrecerraba un ojo y mascaba un puro imaginario, lo que a Call le pareció una exageración.

—Una elección difícil, una elección difícil —anunció, finalmente, mientras se detenía con las manos a la espalda—. Muchos candidatos excelentes.

—Jasper, acaba de una vez —le soltó el Maestro Rufus—. Es un ejercicio, no un compromiso de por vida.

Jasper suspiró como diciendo «otra vez soy un incomprendido».

—Callum Hunt —eligió.

Se oyó un leve zumbido de sorpresa. Incluso Tamara dejó escapar un ruido de asombro. Call se quedó demasiado pasmado

para moverse, hasta que Tamara lo empujó por la espalda. Fue junto a Jasper, y sintió los ojos de los demás clavados en él.

Celia estaba roja de rabia. Jasper la miró tristemente.

—No entiende por qué te he elegido —le dijo a Call cuando este llegó a su lado.

—Yo tampoco —repuso él.

—Es lo justo —explicó Jasper—. Considéralo una recompensa por tomar la decisión correcta en el campo de batalla. Y por todas las vidas que salvaste. Ahora estamos en paz.

Call alzó una ceja. A nadie le gustaba ser el último escogido, pero no serlo tampoco le parecía una recompensa suficiente por salvar vidas.

—Lo sé —dijo Jasper—. No hacía falta. ¿Por qué seré siempre tan noble? Lo intento evitar, pero mi espíritu bondadoso siempre actúa primero. Tú no lo entenderías.

—Ni nadie —soltó Call.

Aaron lanzó una risita.

Enseguida volvió a ser el turno de Jasper, que rápidamente fue eligiendo a Gwenda, Tamara y Kai, mientras que Celia escogió a otras dos chicas del Curso de Oro, llamadas Malinda y Cindy.

—Bueno, esto va a ser una mierda —soltó Gwenda alegremente, una vez estuvieron todos juntos—. Jasper, ¿en qué estabas pensando?

—Está siendo noble —replicó Call.

—Es porque quiere a alguien en su equipo que le haga quedar bien —aportó Tamara.

Jasper la miró como si se sintiera profundamente herido, pero no la contradijo.

—Equipos —comenzó la Maestra Milagros, para que le prestaran atención. Llevaba un cesto entre los brazos—. Quiero que cada aprendiz coja una de estas barras de metal y la encante para que sea capaz de encontrar otro metal. El Magisterium cuenta con abundantes depósitos; vosotros decidiréis qué metal queréis

detectar. El equipo que haya encontrado más depósitos de metal al cabo de una hora, gana.

Al mirar al Maestro Rufus, era evidente que esperaba que alzaran la mano y le preguntaran, por ejemplo, cómo encantar las barras.

—¡Buena suerte! —les deseó la Maestra Milagros, y ambos equipos corrieron hacia ella para conseguir sus barras.

El Maestro Rufus meneó la cabeza y Call se sintió como si ya hubieran suspendido algún examen importante.

Notó la frialdad del metal en la piel; la barra era más pesada de lo que se había imaginado. Se dirigió a su equipo:

—Muy bien. Y ahora ¿qué hacemos?

Gwenda puso los ojos en blanco y se colocó un rizo tras la oreja.

—¿Lo ves, Jasper?

La gratitud que Call había sentido hacia Gwenda por estar dispuesta a sentarse con él se iba evaporando rápidamente.

—Estuve en la cárcel y luego me secuestraron —soltó Call—. No tumbado en la playa tomando refrescos.

—He oído que fue Tamara quien te raptó —intervino Kai, mientras le lanzaba una mirada de curiosidad a esta.

—Por el bien del equipo —pidió Tamara a Gwenda—. Ayúdanos.

—Bien —aceptó ella—. Básicamente, vamos a hacer que sean como varitas de zahorí, pero para metal en vez de agua. Penetrad en el metal y pensad en las propiedades que queréis que busque. Estas barras tienen motas de otros metales en su interior, así que podéis hacer que busquen oro o cobre o aluminio o lo que sea.

—Lo mejor que podemos hacer es repartirnos los metales —propuso Tamara, muy acertada.

Gwenda asintió.

—Yo me encargo del tungsteno —dijo—. Kai, ocúpate del cobre. Tamara, tú el oro, y...

—El capitán del equipo soy yo —les recordó Jasper—. Yo me quedo con el oro. Tamara puede encargarse de la plata. El resto está bien. Call puede ocuparse del aluminio.

Call no estaba muy seguro de lo que era el aluminio, aparte del papel que su padre empleaba para envolver las sobras de comida. De todas formas, no podía hacer nada más que aceptar.

—Bien —dijo, y comenzó a concentrarse en la barra de metal que tenía en la mano. Intentó pensar que era una varita. Después de todo, aunque ser un mago no fuera exactamente como lo representaban en los programas de la tele en el mundo normal, esa gente a menudo agitaba varitas y decía «*abracadabra*». Él iba a agitar esa varita, y la varita lo conduciría al metal más aburrido de todos. Quizá después podría envolver un sándwich de liquen.

Call se concentró e intentó encontrar, en el interior de lo que sujetaba, algo que se pareciera al papel de aluminio con el que había crecido. Se concentró en una luz plateada y brillante hasta que sintió una cierta resonancia.

«Lo estás logrando», le animó Aaron.

Call notó movimiento en el metal de la barra que sostenía en la mano. Rodaba un poco, luego se estiraba, casi tirando de él hacia delante. Se dejó arrastrar, como cuando *Estrago* tiraba de la correa. Oyó las voces de los otros, que se alzaban animadas o decaídas mientras trataban de hallar sus metales. Call iba directo al lago. Se preguntó si la barra lo iba a arrastrar bajo el agua. Igual había depósitos de aluminio a tres metros de profundidad. Se estremeció un poco y se sintió aliviado al ver que la barra lo hacía maniobrar alrededor de una gran piedra.

Se encontró intentando pasar por el hueco que quedaba entre la piedra y la pared de roca. Justo cuando empezaba a sentir una ridícula claustrofobia, el pasaje se ensanchó levemente. Se halló en un espacio más reducido que un pequeño ascensor, con el alto techo de la catedral visible sobre su cabeza. Miró alrededor. La barra había dejado de tirar de él, pero no vio nada que se pareciera al aluminio.

«Cuidado», le advirtió Aaron de repente, y Call se apartó justo a tiempo. Algo le pasó silbando junto a la oreja y se estrelló contra el suelo. Call miró a su alrededor. Un objeto brillaba ligeramente. Una



pelota de lo que, sin duda, era aluminio. La observó durante un momento.

—¿Esto acaba de...?

—Callum Hunt.

Era una voz rasposa y medio siseante que conocía muy bien. Echó la cabeza hacia atrás y vio al lagarto de fuego colgado de la piedra, sobre su cabeza. Las escamas de *Warren* soltaban destellos, y sus ojos de color dorado rojizo rodaban como norias.

—Un regalo para ti.

¿*Warren* le había tirado el aluminio? Call se inclinó para cogerlo antes de estirarse y mirar al lagarto con recelo.

—¿Por qué me estás ayudando? —le preguntó.

*Warren* rio por lo bajini.

—Los viejos amigos deben ayudarse. Sí, eso hacen los viejos amigos. —Ladeó la cabeza—. No esperaba que fuerais dos.

«Creo que puede notarme», pensó Aaron. Parecía un poco nervioso.

—¡Call! —Gwenda apareció en el espacio junto a él.

Call casi se cayó de susto.

—¿Qué estás...? —Gwenda calló de golpe y se quedó mirando a *Warren* con los ojos como platos—. ¿Eso es un elemental de fuego?

—Es *Warren* —contestó Call—. Un lagarto que conozco.

—Qué poco amable —siseó *Warren*—. Somos amigos.

—Y habla —se maravilló Gwenda—. ¿Cómo lo has encontrado?

—Más bien cómo me ha encontrado él a mí —puntualizó Call—. *Warren* aparece cuando quiere. ¿Qué pasa, *Warren*? ¿Necesitas un favor o algo así?

—He venido a avisarte —contestó *Warren*—. Se está hablado mucho en el mundo elemental. He oído a los elementales de agua en el río y a los elementales de aire en el cielo. Ha llegado un nuevo gran.

—¿Un nuevo gran... qué? —preguntó Gwenda, perpleja.

—Los elementales de metal hablan de los gritos de Automotones —explicó *Warren*.

—Pero Automotones está muerto, o en el caos, o donde sea —replicó Call—. Va, *Warren*. Nada de lo que dices tiene sentido.

*Warren* hizo un sonido siseante de frustración.

—El fin está más cerca de lo que crees.

A Gwenda casi se le cayó la barra de metal.

—Eso da escalofríos.

—Qué va —la tranquilizó Call—. Siempre dice lo mismo.

—¡Call! —exclamó Tamara preocupada—. Call, ¿dónde estás?

—Cuántos amigos. —*Warren* sacó disparada la lengua y se lamió su propio ojo; era una manía que tenía y que Call hubiera preferido que practicara en privado.

Tamara surgió del estrecho paso; parpadeó mirando a Gwenda y después a *Warren*.

—Hola. Me ha parecido oírte hablar con alguien y... —La voz se le fue apagando, probablemente porque se había dado cuenta de lo poco halagador que resultaba que Call hablando con alguien fuera tan raro como para preocuparse. Aunque, tristemente, así era—. ¿Qué pasa?

—Nada especial —dijo Call.

—Tu amiguito, el lagarto que da mal rollo —contestó Gwenda, al mismo tiempo—, nos estaba dando mal rollo con sus advertencias de lagarto.

Tamara se cruzó de brazos y miró a Call muy seria.

—Ha dicho algo sobre Automotones gritando o algo así —admitió él—. Pero le dije que seguro que se equivocaba, porque Automotones está en el caos. Aaron lo envió allí cuando fuimos a buscar a mi padre.

«¡Pues claro que lo hice!». Aaron parecía complacido.

Se volvió para decir algo a *Warren*, pero el pequeño elemental se había ido. Call alzó las manos, frustrado.

—¡Oh, vamos! ¿*Warren*? ¡Vuelve aquí!

—¿O sea que así es como van las cosas con vosotros? —preguntó Gwenda—. ¿Aparece un lagarto raro, y de repente todo se desmadra y os encontráis luchando contra algún enorme elemental o contra un ejército de caotizados o cosas así? Bueno, pues dejadme que os diga que yo no me apunto a nada de eso.

—Nadie te está pidiendo ayuda —gruñó Call mientras recogía su pelota de aluminio.

«Pero sí que es así como va la cosa», dijo Aaron.

En ese momento se oyó una especie de timbre, como el de una campana a lo lejos, seguido de la voz de la Maestra Milagros, llamándolos para que volviesen. Casi no habían tenido tiempo de buscar.

Call no podía creer que el ejercicio ya hubiera acabado.

—¿Habéis encontrado algo? —les preguntó.

Tamara negó con la cabeza.

—No creo que haya nada de plata en estos túneles.

Gwenda parecía satisfecha.

—He encontrado una vena de tungsteno en la sala de atrás y la he marcado. He tropezado contigo cuando buscaba otra.

Se apretaron para pasar por el túnel y al otro lado encontraron a Kai y Jasper, muy animados, marcando sus hallazgos en un mapa. Call se dio cuenta de que él era el único que tenía una auténtica muestra del metal. Esperaba que eso fuera bueno, pero cuando se la enseñó al Maestro Rufus, este miró la bola de aluminio con cierta sorpresa.

Tanto Malinda como Cindy habían encontrado grandes vetas de sus metales en las paredes. Era evidente que el equipo de Celia había ganado, aunque ninguno de los Maestros le dio mucha importancia.

—Ya que habéis encontrado tanto metal en el Magisterium, mañana iremos a la biblioteca e investigaremos las propiedades de cada uno —anunció la Maestra Milagros—. ¿Qué tipo de magia es más acorde con cada metal? ¿Y cómo haríais un arma con lo que habéis encontrado hoy? Queremos ver vuestros dibujos e ideas.

Celia suspiró ruidosamente; se había esperado un premio en lugar de otro ejercicio.

—También tenemos que anunciaros algo —continuó la Maestra Milagros—, algo que se hace muy raramente, pero que no carece de precedente. El Maestro Rufus y yo hemos estado debatiendo qué sería lo más provechoso para vuestros estudios, y hemos decidido que Gwenda y Jasper pasen a ser aprendices del Maestro Rufus, mientras que yo me ocuparé de algunos de los aprendices que perdieron a su Maestro en la reciente batalla. En este momento, todos estamos un poco sobrecargados, y esto puede ayudar.

«¿Más Jasper? —pensó Call—. ¿Por qué me odia el universo?».

Tamara se cruzó de brazos. Call no estaba muy seguro de qué quería decir eso, pero al menos no daba saltos de alegría.

Sin embargo, Celia parecía a punto de estallar. Le debía de cabrear mucho que cambiaran a su novio de grupo, y aún más que se fuera al del Enemigo de la Muerte. Eso no iba a hacer que las cosas mejoraran entre ella y Call.

—Jasper nunca ha ocultado que quería ser aprendiz del Maestro Rufus —comentó Gwenda—, pero ¿por qué yo?

—¿No te acuerdas? —le preguntó la Maestra Milagros—. Pediste cambiarte de grupo.

Por un momento, Gwenda pareció estar a punto de atragantarse, y, de repente, Call recordó que, ya hacía tiempo, había aparecido en sus habitaciones para quejarse de que Jasper y Celia estuvieran enrollándose. Les había preguntado si podían convencer al Maestro Rufus para que la tomara de aprendiz. Al parecer, no eran los únicos a los que se lo había dicho.

—¡Pero eso fue en el Curso de Bronce! Y, evidentemente, no quería cambiarme con Jasper —replicó Gwenda, de un modo que expresaba tan claramente que sentía lo mismo que Call, que este no pudo evitar pensar que tal vez hasta fuera divertido tenerla como compañera.

Pero por muy bien que le cayera, tener aprendices nuevos en el grupo iba a resultar raro. Siempre habían sido Tamara, Aaron y él, y

aunque Tamara no lo supiera, así seguía siendo. Además, tenía cosas importantes que resolver con ella. ¿Cómo iba a recuperarla con Jasper por ahí todo el rato? ¿Cuándo iban a tener un momento para hablar?

«¿Y cómo vas a encontrar un modo de explicarle lo mío?», preguntó Aaron, y hubo algo en esa pregunta que le hizo pensar que tal vez Aaron se sintiera como si lo estuvieran reemplazando.

—Jasper y Gwenda, os trasladaréis a las habitaciones de Tamara y Call, así que preparad vuestras cosas y nosotros os cambiaremos el hechizo de las muñequeras —indicó el Maestro Rufus—. Esta noche me reuniré en privado con vosotros para valorar vuestros puntos fuertes y débiles.

Jasper asintió, con expresión perpleja. Se había pasado todo el Curso de Hierro tratando de meterse en el grupo de aprendices del Maestro Rufus. Era el profesor más famoso y tenía un ojo especial para elegir a aprendices que llegarían a hacer grandes cosas, buenas o malas. Había sido profesor de Constantine Madden, pero también de eminentes miembros de la Asamblea y de magos del Collegium. Jasper al fin iba a tener su oportunidad, pero Call no pudo dejar de preguntarse si aún seguiría teniendo tanto interés.

—De acuerdo —contestó Jasper, lentamente, como si aún estuviera procesando lo ocurrido.

Gwenda se lo llevó para preparar sus cosas. Celia se acercó a la Maestra Milagros, seguramente para protestar. Call decidió que lo mejor era volver a su habitación y asegurarse de que *Estrago* se portara bien durante la mudanza.

Tamara se puso a caminar a su lado.

—¿Y qué piensas de las advertencias de *Warren*?

Con todo lo que estaba pasando, era lo último que Call esperaba oírle decir, pero Tamara era una persona que muy pocas veces dejaba que la distrajeran de lo que era importante.

—¿Crees de verdad que Automotones puede haber escapado del vacío? —preguntó Call, aunque en realidad no esperaba una respuesta.

«No —le contestó Aaron—. Es imposible».

—No lo sé —respondió Tamara—. Pero podríamos ir a la biblioteca esta noche e investigarlo. Quizá haya otro elemental como él.

—¿Un primo o algo así? —inquirió Call—. ¿Y piensas que quizá los amigos de *Warren* lo confundieron porque Automotones es el famoso?

Tamara le lanzó una mirada molesta.

—Claro —replicó—. Automotones es el que sale en la prensa rosa de los elementales.

Aaron soltó una risita.

«Eso ha estado bien».

«Oh, cierra el pico», pensó Call, y entonces cayó en algo que casi se le había pasado por alto.

—¿Vamos a la biblioteca esta noche?

«¿Es una cita? ¿Una cita de estudio?».

Tamara asintió.

—Creo que más vale que lo comprobemos, solo por si acaso. *Warren* es un pesado, pero otras veces ha estado en lo cierto. —Se llevó la mano a la barbilla—. Necesitaremos ayuda para revisar todos esos libros. Jasper podría servirnos. Después de todo, es nuestro nuevo compañero.

«Entonces, no es una cita», aceptó Call. Y Aaron le fue cantando «Tengo un montón de ricos cocos» durante todo el camino por los túneles de la caverna, solo para animarlo.



## CAPÍTULO 5

La mudanza no les ocupó mucho tiempo. A Gwenda le gustaban los perros, de modo que Estrago no fue ningún problema. Para sorpresa de Tamara y Call, Jasper y ella aceptaron acompañarlos a la biblioteca esa noche antes de ir a ver al Maestro Rufus. Gwenda parecía sentir curiosidad, y Jasper..., bueno, Call nunca estaba seguro de cuáles eran sus motivaciones. Había observado con una mirada triste a Celia, que iba hacia la Galería con la mitad de los otros alumnos del Curso de Oro, antes de cuadrarse de hombros y unirse a Call y Tamara.

La biblioteca era uno de los lugares favoritos de Call en el Magisterium; no porque los libros le atrajeran demasiado, sino porque había pasado un montón de buenos ratos allí con Tamara y Aaron. Tamara, Gwenda, Jasper y él pasaron bajo la inscripción que decía EL CONOCIMIENTO ES LIBRE Y CARECE DE REGLAS, y se sentaron en una de las largas mesas del centro de la sala.

—Muy bien —dijo Tamara, poniéndose al mando—. Estamos buscando cosas sobre Automotones: ¿hay otros elementales como él? Y sobre el caos: ¿alguna vez algo ha regresado del caos? ¿Sabemos algo sobre el reino del caos?

—¿Tú no? —preguntó Gwenda, mirando a Call—. Al fin y al cabo, eres un mago del caos.

Call negó con la cabeza.

—No, no tengo ni idea. Puedo enviar cosas al caos, pero no sé qué hay al otro lado.

Se separaron y se dirigieron a diferentes zonas de la biblioteca. Call acabó en la sección de la magia del caos, donde había un montón de libros que seguramente debería haber leído ya: libros sobre la historia de los magos del caos, el significado de los contrapesos y el descubrimiento de ese tipo de magia. Iba a coger un libro llamado *Alma y vacío: Una teoría preliminar*, cuando Aaron le habló.

«Necesito un cuerpo —le dijo—. No puedo quedarme en tu cabeza para siempre».

Call se dejó caer contra las estanterías. Se lo había esperado, y la verdad era que sería un alivio que Aaron estuviera solo en su propia cabeza y no en la de él, pero aun así se sentía un poco rechazado. Además, no tenía ni idea de cómo lograrlo.

—No es tan fácil conseguir un cuerpo —murmuró.

«¿Quizá el de alguien que haya muerto?».

—No podemos usar un cadáver; eso es lo que pasó la última vez. Te volviste raro ahí dentro porque el cerebro había estado muerto. Y eso que volvimos a meter tu alma en ti. Imagínate cómo será con cualquier otro cadáver. —Calló un momento—. Y nada de bebés. Eso fue lo que me pasó a mí. Perderías todos tus recuerdos. Serías otra persona. Una personita totalmente indefensa.

«No quiero ser un bebé. —Aaron parecía escandalizado—. Y sobre todo no quiero sacarle el alma a un bebé».

—Podría ir a un hospital. —Call se dio cuenta de lo morbosa que era esa conversación—. ¿Quizá buscar a alguien que esté a punto



de morir?

«¿Y no moriría justo después de meterme en ese cuerpo?».

—Le podríamos curar con magia —sugirió Call, aunque era consciente de que no estaba siendo realista. Ninguno de los dos sabía lo suficiente sobre la magia curativa.

«Entonces, lo que deberíamos hacer es curarlo y dejarlo vivir», replicó Aaron con esa molesta nobleza suya, señal de que se encontraba perfectamente. Estaba vivo y ya no era un inquietante monstruo zombi, y una gran parte de Call quería seguir así, aunque eso significara que Aaron viviera dentro de su cráneo para siempre.

—Si sigues cargándote todas mis sugerencias, te vas a quedar ahí dentro —le recordó Call.

Desde detrás de una estantería cercana, alguien se rio tontamente. Se asomó, preocupado de que le hubieran oído hablar consigo mismo. Pero lo que vio fue a Tamara sentada sobre una mesa, con las piernas colgando, y a Jasper a su lado, diciéndole algo que, al parecer, era muy divertido. Call entornó los ojos, enfadado.

«Ya se nos ocurrirá algo». Aaron sonaba desesperado.

«Podríamos matar a alguien —pensó Call, entornando los ojos todavía más mientras contemplaba a Tamara reír y a Jasper pavonearse. Sin duda estaba flirteando—. A Jasper, por ejemplo».

«No vamos a matar a Jasper. No quiero ser un asesino».

«Mataste al Maestro Joseph —pensó Call, y se sorprendió de sí mismo. No se lo habría dicho en voz alta. No había querido mencionar nada de lo ocurrido durante esos horribles momentos. Pero parecía que no podía controlar sus pensamientos—. Prácticamente le arrancaste la cabeza como una col...».

«No era yo», protestó Aaron. Call no dijo nada. Oyó a Tamara reír de nuevo, pero prefirió no mirar. Ellos dos ya no eran nada. Tamara se podía ir con Jasper si quería, aunque la sola idea hiciera que tuviera ganas de partirse la cabeza contra una estalactita.

Tampoco tenía sentido cabrearse con Aaron. Nada de lo ocurrido era su culpa. Era culpa del Maestro Joseph. Era culpa de Alex

Strike. Era culpa de Constantine Madden. Y era culpa de Call.

«Supongo que ir saltando de un cuerpo a otro siempre será asesinato —pensó Aaron, sombrío—. Siempre estás matando el alma del otro. Por eso es malvado. Por eso toda esa historia del Enemigo de la Muerte estaba mal. Acabó causando un montón de muerte, en vez de evitarla».

«Supongo». Call llevó *Alma y vacío: Una teoría preliminar* a la mesa donde Gwenda ya estaba con Tamara y Jasper. Charlaban de Automotones, y Tamara y Jasper le estaban contando la batalla en el viejo aparcamiento de Alastair, y en especial la heroicidad de *Estrago*.

«¿Te acuerdas?», pensó Call, pero Aaron permaneció en silencio.

No era justo. Se sentía fatal por haber herido sus sentimientos, pero era imposible no tener pensamientos estúpidos y horribles. Cosas espantosas le flotaban por la mente todo el tiempo, y no podía evitarlo. En el pasado, casi no se había contenido y había soltado en voz alta sus peores pensamientos. ¿Cómo se suponía que iba a evitar pensarlos siquiera? Aaron, sin embargo, podía esconderse en el fondo de su cabeza y no decir nada. Quizá los pensamientos de Aaron fueran incluso peores que los suyos, pero nunca lo sabría.

Oyó hablar a Gwenda frente a la mesa llena de libros.

—Así que Call os arrastró a ese enorme cementerio de coches buscando a su padre y luego os atacó un elemental. ¿Y aun así no os dijo que era el Enemigo de la Muerte?

—Supongo que era difícil decirlo en voz alta —contestó Jasper, sorprendiendo a Call—. Probablemente ni siquiera estaba seguro de que lo fuéramos a creer. Yo no lo habría hecho. Claro que en aquel momento hubiera fingido que lo creía, porque me habían raptado y nunca debes decirle a tu raptor que está loco.

—Te raptan mucho —replicó Gwenda, con una espléndida falta de compasión.

—Es cierto, ahora que lo mencionas —contestó Jasper—. ¿Por qué estoy defendiendo a Call otra vez? Él es la razón por la que me raptan todo el rato.

—¿Porque sois superbuenos amigos? —sugirió Gwenda, aunque no sonaba muy segura—. Eres su compinche. Bueno, uno de sus compinches.

—Eso es cierto —dijo Tamara—. Su principal compinche es *Estrago*.

—¡No, no, no, no, no! —replicó Jasper, totalmente horrorizado—. No puedes pensar eso de mí. ¡Soy su rival! Call y yo siempre estaremos uno contra el otro, enfrentados en la guerra y en el amor. ¡Y gano tanto como pierdo! ¡Soy su rival!

—Si tú lo dices —soltó Gwenda.

A pesar de todo, Call no pudo evitar sonreír.

Gwenda miró su reloj.

—Tenemos que ir a ver al Maestro Rufus —informó con cierto alivio en la voz—. Casi mejor, porque esto es bastante aburrido. No puedo creer que estemos aquí solo porque lo que ha dicho un lagarto.

—No sería la primera vez que *Warren* tiene razón —recordó Call, sin saber muy bien si defendía al lagarto o a sí mismo—. Nos llevaremos estos libros a nuestro cuarto y seguiremos mirándolos hasta que encontremos algo.

—Si te hace feliz... —repuso Gwenda. Hizo un chasquido con la lengua dirigido a Jasper—. Vamos. Que el tiempo vuelva.

—La gente chasquea la lengua a los perros —protestó Jasper, mientras la seguía—. No puedes llamarme así.

Gwenda repitió el ruidito alegremente.

Las protestas de Jasper se fueron apagando a medida que se alejaban. Tamara sacudió la cabeza y dividió la pila de libros entre Call y ella.

—Quizá no sea más que una paranoia —comentó mientras salían de la biblioteca—. Es posible que lo de *Warren* no signifique nada.

—No puedes culparnos por ser un poco paranoicos después de todo lo que hemos pasado —replicó Call. Deseaba que Aaron volviera a su cabeza y le chivara lo que debía decirle a Tamara, que parecía casada y preocupada, pero Aaron permaneció tericamente ausente.

Tamara bajó la cabeza.

—Supongo que no.

¿Qué estaría pensando? Call se hubiera dado cabezazos contra la pared, pero habían llegado a sus habitaciones y Tamara estaba abriendo la puerta con su muñequera. Dejaron los libros sobre la mesa. Call estaba a punto de sugerir que fueran a la Galería a comer algo cuando Tamara cogió *Alma y vacío* y miró la contraportada.

—«El opuesto del caos —leyó en voz baja— es el alma humana». —Tragó saliva con fuerza—. Call, lo... lo siento. No por pedirte que no resucitaras a Aaron, sino por no esforzarme más en comprender por qué sentías que tenías que hacerlo. Todos te decían que eras el responsable de su muerte. Todos te trataban como si la culpa fuera tuya. Debes de haber sentido que la única manera de arreglar las cosas era traerlo de vuelta.

Call sabía que quizá no fuera muy buena idea ser sincero. Pero no se le ocurría nada más que hacer o decir.

—No quería hacerlo regresar para sentirme mejor —explicó—. Bueno, sí, claro que me sentía culpable. Pero también estaba asustado. Siempre tengo miedo de lo que podría pasar si no me controlara constantemente, si no fuera comprobando que no me vuelvo totalmente malo. Pero Aaron era mi amigo, tenía fe en mí, y no quería que estuviera muerto. Eso es todo.

A Tamara le brillaron los ojos, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—Y yo fui y te abandoné —se lamentó—. Debes de haber pensado que no tenía ninguna fe en ti. Supe que me había equivocado en cuanto llegué al Magisterium. Pensaba que los magos nos salvarían, que la Asamblea nos ayudaría, que ellos eran

adultos y nosotros solo unos críos, pero resultaron ser personas imperfectas. No pueden solucionarlo todo.

—Nadie puede solucionarlo todo —repuso Call. Tamara parecía tan triste... Deseaba con todas sus fuerzas abrazarla, pero ¿lo querría ella?—. No te puedes culpar por haber confiado en ellos...

—Confío en ti —le interrumpió ella—. Eres mi amigo, Call, y...

—No quiero ser solo tu amigo —confesó él.

Tamara lo miró con los ojos muy abiertos, como si no pudiera creer que hubiera dicho eso. Call notó que los latidos del corazón le retumbaban por todo el cuerpo. Tampoco él acababa de creerse que lo hubiera dicho.

—Lo siento —continuó—, pero es la verdad. Me gustas, Tamara. De hecho...

Ella se puso de puntillas y le besó. Call sintió como si un rayo le atravesara todo el cuerpo. La primera vez que se habían besado, se había quedado demasiado sorprendido para responder, pero esta vez la rodeó con los brazos, exactamente como siempre había querido hacer. Y Tamara lo abrazó a él, y eso fue alucinante, y le acarició la mejilla mientras le besaba y eso fue aún más alucinante. Olía a agua de rosas, y Call estaba bastante seguro de que ese era el primer beso de la historia que hubiera conseguido un diez olímpico si los Juegos Olímpicos puntuaran esas cosas.

«¡Agg! ¡QUE SIGO AQUÍ!», oyó Call en su mente, lo que le hizo apartarse de Tamara. Era Aaron, al parecer horrorizado con tanto besuqueo.

—¿Call? —preguntó Tamara, extrañada. Lo miraba con una especie de media sonrisa soñadora que hizo que quisiera volver a besarla, pero seguramente Tamara se enfadaría mucho cuando descubriera lo de Aaron.

—Umm —comenzó Call, tratando de pensar en algo, alguna razón para hacer una pausa y seguir más tarde—. Creo que vamos demasiado deprisa. Creo que tenemos que... —Y ahí se quedó sin ideas.

«PARA», le gritó Aaron.

—Para —repitió Call.

Tamara lo miró herida.

—Vale —dijo con un hilillo de voz—. Pero creía que era lo que querías.

—¡Oh, sí! —exclamó Call, quizá con demasiadas ganas—. Es lo que quiero. Pero...

«Que creo que deberíamos, umm, parar un poco para asegurarnos de que tú estás segura», le chivó Aaron.

Call repitió esas palabras. Sonaban bien. Consideradas. Maduras. Pero Tamara volvía a mirarlo de un modo raro.

«Debemos asegurarnos de que construimos una relación basada en la confianza», continuó Aaron.

Call repitió eso también, tratando de poner convicción en las palabras, intentado ser el tipo de persona que las creía. Tamara se cruzó de brazos y lo miró con los ojos entornados.

—Pareces Aaron —le dijo.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Call.

—Es algo —contestó ella. No era exactamente como decir que sí—. Supongo que, a nuestra manera, ambos le echamos de menos. —Le puso la mano, cálida, en la mejilla—. Buenas noches, Call.

Y se fue a su cuarto, así que Call se dirigió al suyo y se tiró sobre la cama. *Estrago* saltó encima, y dio un par de vueltas antes de sentarse a sus pies, pero él ni siquiera pudo reunir la energía para prestarle atención.

Había ido todo tan bien con Tamara que casi se había olvidado de que tenía otro secreto. Ella ya le había aguantado muchas cosas. ¿Podría siquiera creerle?

«Call —le llamó Aaron—. Tenemos que hablar».

«Ya sé lo que me vas a decir —contestó, mirando la reluciente mica del techo, recordando lo maravilloso que había sido cuando estaban juntos y nada más importaba—. Que debería confiar en ella. Y sé que es cierto. Debería decírselo. Pero es que me gustaría que las cosas fueran normales».

«No es eso. He encontrado algo en tu cabeza. Algo... raro».

¿Algo en su cabeza? Call cerró los ojos. Un inmenso cansancio le inundó. Fuera lo que fuera lo que Aaron había descubierto, no quería saberlo.

—Ahora no —pidió—. Ahora no.



## CAPÍTULO 6

Call estaba soñando. Era un mago adulto en una ciudad que no reconocía. Alzó las manos y un rayo negro, un rayo de caos, brilló entre ellas. Tenía una sensación de seguridad y de inmenso poder. Era como cuando el caos le recorría el cuerpo, solo que, en ese momento, sabía cómo canalizarlo.

Así debía de sentirse Constantine Madden.

El fuego negro salió disparado de sus dedos. Era como si fuera Zeus: podía quemar el mundo entero; sería fácil. Moviendo los dedos, guio el fuego destructor y fue abatiendo a otros magos que intentaban escapar. Los tejados comenzaron a arder. La torre del reloj estaba en llamas. No tenía contrapeso, pero no importaba. Nada importaba. Nada importaba excepto el poder.



Call se incorporó con un respingo. Tenía el flequillo pegado a la frente por el sudor. Le costó un buen rato recordar quién era y dónde estaba: en su propia cama en el Magisterium.

Apartó la sábana de una patada, esperando que el aire fresco lo acabara de despertar y lo alejara más del sueño. Había sido horrible, pero también maravilloso...

«¿Estás bien?». Aaron parecía preocupado.

«Creo que sí —contestó Call—. Quiero decir, sí. He tenido una pesadilla, nada más».

«Era Constantine —dedujo Aaron—. Sus recuerdos. Tiene que haber sido eso».

«Ya he tenido sueños raros otras veces —replicó Call—. No tienen por qué significar nada».

«Siento lo de antes —se disculpó Aaron—. Déjame que te cuente lo que he encontrado, ¿vale? Luego, quizá podamos ver cómo llevar lo de... los besos... mientras todavía estoy aquí».

Call suspiró.

—Probablemente, no besando —repuso tristemente. Al menos, en su dormitorio podía hablar con Aaron en voz alta sin que nadie pensara que había perdido la cabeza—. De acuerdo, suéltalo.

«Hay algo encerrado en tu cabeza —explicó Aaron—. No sé cómo describirlo, pero estar aquí es como estar en un gran espacio con ventanas. Si me asomo es como si estuviera mirando a través de tus ojos. Hay corrientes, emociones, que pasan alrededor, y tus pensamientos son como palabras en mi mente. Pero antes, cuando no estábamos hablando, ha sido como si chocara contra una puerta. En medio del espacio. Hay algo encerrado ahí dentro».

—¿Como un recuerdo reprimido? —preguntó Call, perplejo.

«Creo que son los recuerdos de Constantine —respondió Aaron—. Y que alguien los encerró para que no pudieras tener acceso a ellos».

—¿Y por qué alguien querría hacer eso?

—No lo sé. —Aaron sonaba frustrado—. Quizá cuando su alma se metió en tu cuerpo, como eras un bebé, tu mente no podía con

todos esos recuerdos, así que los encerró.

Eso tenía cierto sentido.

—O tal vez me habría dado cuenta de que era un adulto atrapado en el cuerpo de un bebé. Quizá él creyó que eso lo volvería loco.

«No lo sé, pero creo que deberíamos soltarlos».

Call saltó de la cama, negando con la cabeza, aunque sabía que Aaron no podía verlo.

—No. ¡No!

«¿Por qué no?».

—Todo el tiempo que pasé con el Maestro Joseph, y cada vez que hablaba con Anastasia Tarquin, lo que me pedían era que recordara ser Constantine Madden, porque creían que esos recuerdos..., no sé, como que taparían los míos. ¿Y si esos recuerdos hacen que deje de ser yo?

Aaron guardó silencio durante un momento.

«Había pensado que solo eran recuerdos y que tu situación era como conmigo ahora, que estoy en tu cabeza. Sigo siendo yo, aunque pueda oírte los pensamientos».

—Pero el alma de Constantine era mi alma. Quizá los sienta como mis recuerdos. E incluso, si no, ¿y si son muy muy malos? — Se dio cuenta de que no solo tenía miedo de la posibilidad de ser Constantine. También temía enfrentarse a todas las cosas terribles que había hecho este. ¿Y si recordaba cada horrible detalle? ¿Y si tenía que recordar la muerte de su propia madre?

«Supongo que no había pensado en eso —reconoció Aaron—. Pero si alguna vez quieres ver esos recuerdos, yo también estoy aquí, en tu cabeza. Haré todo lo posible para que tú sigas siendo tú, ¿de acuerdo?».

Call se sintió como un cobarde.

—Déjame que lo piense.

Era temprano, pero sabía que no podría volver a dormirse. Se levantó, cogió la toalla y la ropa limpia, y se fue al cuarto de baño, con *Estrago* siguiéndole. Se lavó deprisa, mientras *Estrago* hacía

estallar las burbujas de jabón con la lengua, estornudaba y luego les gruñía.

Después del baño, se dirigió de nuevo a su dormitorio y se sorprendió al encontrarse a Jasper, descamisado, haciendo estiramientos en la sala común.

—¿Qué haces? —preguntó Call.

—Prepararme para el día que se avecina —contestó Jasper, como si el raro fuera Call—. Alcanzar el estado mental adecuado para la magia.

—Ah. Claro.

Cuando regresó de pasear a *Estrago*, las dos chicas ya se habían levantado. Gwenda llevaba una gorra de seda lila que le cubría los rizos y Tamara bostezaba mientras iba hacia el baño con la pasta de dientes. Lentamente, Call iba aceptando que Gwenda y Jasper fueran sus nuevos compañeros de cuarto y de grupo, pero aún no estaba seguro de cómo se sentía al respecto. Al menos, no habían entrado justo cuando Tamara y él se estaban besando.

Call acababa de poner un poco de comida a *Estrago* cuando se abrió la puerta y entró el Maestro Rufus.

—Hoy, aprendices, vamos a continuar estudiando el metal, tanto desde la perspectiva científica como mágica. Call, te unirás a nosotros después de reunirte con un miembro de la Asamblea.

—Eso no suena muy bien —comentó Call.

—Es una reunión informal, y el señor Rajavi me ha asegurado que te alejará de las clases muy poco tiempo.

El Maestro Rufus no parecía especialmente preocupado, lo que resultaba tranquilizador. Y Call conocía al señor Rajavi. Quizá la cosa no fuera tan grave.

—¿Mi padre está aquí? —preguntó Tamara.

—Me ha dicho que te envía recuerdos —contestó el Maestro Rufus—. Lamenta no poder verte, pero las reglas no permiten que los aprendices tengan visitas.

A no ser que el aprendiz sea un makaris que también podría ser un Señor del Mal. Entonces puedes tener un montón de visitas.

—Call, el señor Rajavi te espera en mi oficina. Al resto, os acompañaré al comedor. —Y se marcharon todos, dejando a Call desayunando un cuenco de cereales antes de dirigirse al despacho del Maestro Rufus.

Cogió el camino que corría junto a uno de los muchos ríos subterráneos del Magisterium. Bajo la luz del musgo, brillaba de un azul espectral. Por el camino, miró alrededor, buscando a *Warren*. Incluso lo llamó unas cuantas veces, y su voz resonó en las cavernas. Estuvo seguro de haberlo visto durante el corto viaje en barca, pero cuando llegó al otro lado del río, ya se había convencido de que *Warren* estaba evitándolo.

Llegó a la puerta del despacho y llamó. Oyó la voz del señor Rajavi resonar en el interior: «Pasa». El despacho estaba más o menos como siempre, con los mismos papeles colgados de las paredes, llenos de lo que Call reconoció como ecuaciones alquímicas. Sin embargo, el gran sofá había desaparecido y había sido remplazado por más estanterías, y el viejo banco de trabajo había sido sustituido por uno de un metal claro y brillante: cuarzo, supuso Call. El padre de Tamara estaba sentado al otro lado del escritorio de Rufus.

«Oh, Dios —pensó Call—. El padre de Tamara».

Acababa de besar a Tamara. ¿Por eso estaba allí el señor Rajavi?

«No seas ridículo —dijo Aaron—. ¿Crees que tiene poderes o algo así?».

Tamara le había contado que Kimiya estaba castigada por salir con el Señor del Mal, Alex. El señor Rajavi ya había dejado claro que no le gustaba que sus hijas salieran con Señores del Mal.

Call se deslizó en la silla al otro lado del escritorio, con los ojos muy abiertos. El señor Rajavi lo miró fijamente sin sonreír. Llevaba un traje negro que parecía caro y un reloj de oro en la muñeca. Su barba estaba perfectamente recortada.

«Tengo que decirle algo de Tamara», pensó Call.

«En realidad, no», repuso Aaron, alarmado.

«Tengo que tranquilizarlo», protestó Call.

«¿Tranquilizarlo? ¿Respecto a qué? Has besado a Tamara. Más vale que tengas la boca cerrada, Call».

—¡Mis intenciones son honorables! —soltó Call. Quería decir algo más, pero Aaron comenzó a producir un zumbido fuerte y furioso en su cabeza, como el de una abeja gigante.

El señor Rajavi parpadeó sorprendido.

—Eso está muy bien, hijo. Me alegro de oír que, a pesar de tener el alma de Constantine Madden, quieres vivir una vida honorable.

«Salvado por los pelos», masculló Aaron. Al menos, había dejado de zumbar. Call se removió en la silla, incómodo.

—Iré directo al grano —dijo el padre de Tamara—. Tu madre, Anastasia Tarquin, ha estado preguntando por ti.

—No es mi madre. —Una oleada de rabia le recorrió todo el cuerpo y reemplazó cualquier rastro de incomodidad—. Es la madre de Constantine Madden, y yo no soy él.

El señor Rajavi esbozó una fina sonrisita.

—Me gusta tu convicción. Y sé que mi hija tiene muy buena opinión de ti. Pero, claro, ya no sé si fiarme de la gente de la que mis hijas tienen buena opinión.

«Quizá sí que deberías decirle que has besado a Tamara —dijo Aaron—. Es un estúpido».

«Siempre lo ha sido —pensó Call—. Tú nunca te diste cuenta porque no se portaba así contigo».

Call se sintió mal al instante por haber pensado eso, pero no quería dejar que el silencio se prolongara mucho mientras intentaba explicarle ese asunto a Aaron.

—Si te refieres a Alex Strike, yo también me alegro de que esté muerto —soltó Call con brusquedad—. Pero no quiero ver a Anastasia.

—Está en el Panopticon —explicó el señor Rajavi—. Su sentencia ha salido esta tarde. La han condenado a muerte.

Eso le impresionó. Intentó disimular, pero las manos se le tensaron sobre los brazos del sillón. Quizá debería aceptar verla,

pero imaginarse a sí mismo de vuelta en el Panopticon, al otro lado de la vidriera mágica, le resultaba horrible. Además, no tenía nada que decirle a Anastasia. No podía ayudarla. Y no quería seguir fingiendo que no le importaba que le llamara Constantine.

Pensó en los recuerdos que Aaron había encontrado encerrados en su mente. Si los mirara, quizá sentiría algo por ella. Pero eso solo le sirvió para reforzar su decisión de no mirar esos recuerdos.

—¿Tengo que ir? —preguntó.

—Claro que no —contestó el señor Rajavi. Parecía aliviado al pensar que Call estaba diciendo realmente que no. Quizá él tampoco quería ir al Panopticon—. Si cambias de opinión, díselo al Maestro Rufus.

Call se puso en pie, pensando que la reunión había acabado, pero el señor Rajavi no se movió. Tras un incómodo instante, Call volvió a sentarse.

—¿Hay algo más?

—Una oferta. Pronto te graduarás. Cuando hayas acabado tu Curso de Oro, serás un mago de verdad, y uno muy poderoso: un makaris. Quiero que vayas al Collegium. Me aseguraré de que te acepten en los mejores programas. Te abriré paso para que llegues a ser un mago muy importante, quizá hasta un miembro de la Asamblea, algún día. Pero queremos que dejes de emplear la magia del caos, excepto con el permiso explícito de la Asamblea. Queremos que seas nuestro makaris.

Call estaba perplejo. No es que fuera por ahí utilizando la magia del caos para divertirse. Y ese era el mismo señor Rajavi que le había pedido a Aaron que hiciera trucos con la magia del caos en una de sus fiestas. ¿Cómo era que entonces había estado bien, pero ahora no?

«Quizá la Asamblea te dé permiso para hacer magia del caos en las fiestas», dijo Aaron con un sorprendente cinismo.

—¿Y cómo lo sabréis? —preguntó Call.

El señor Rajavi alzó las cejas. Probablemente, no era una pregunta que haría alguien con la intención de ser sincero.

—Bueno —respondió el señor Rajavi—, te elegiremos a un nuevo contrapeso.

¿Un nuevo contrapeso? A Call le sorprendió su intenso rechazo a esa idea. Aaron había sido su mejor amigo. Por eso había estado dispuesto a ser el contrapeso de Aaron y él había sido el suyo.

«Sigo siendo tu mejor amigo —dijo Aaron—. Si empiezas a pensar en mí como si estuviera muerto, me va a dar algo».

—¿Y si no acepto? —preguntó Call al señor Rajavi.

—Esperemos que lo hagas —contestó él, y había un atisbo de amenaza en sus palabras.

—Tengo que pensármelo.

El padre de Tamara se puso en pie y le tendió la mano a Call, que se levantó para estrechársela. Al hacerlo, volvió a darse cuenta de lo mucho que había crecido. Miraba al señor Rajavi desde arriba.

—Muy bien —dijo este—. Tienes un gran futuro ante ti.

Durante su paseo de vuelta por los túneles, con la pierna agarrotada, pensó en Anastasia y en la oferta de la Asamblea. También en Alastair y en la promesa que le había hecho de que, una vez que acabara el Curso de Oro, podrían viajar y luego quedarse a vivir en algún lugar nuevo, con nuevas identidades.

Call se reunió con el resto de su grupo de aprendices. Tamara estaba moldeando su metal para formar un círculo brillante, líquido y deslumbrante. Jasper toqueteaba unas pepitas de oro, mientras que Gwenda trataba de formar un brazalete a partir de un fofo charco de bronce. El Maestro Rufus se hallaba sentado sobre una piedra, con una expresión algo desesperanzada.

Si Call se iba con Alastair, nunca volvería a verlos, mientras que, si aceptaba la oferta de la Asamblea, los vería siempre que quisiera. Podrían ir todos juntos al Collegium. No emplearía más la magia del caos, pero tampoco tenía ganas de hacerlo. Hasta sería posible que el señor Rajavi no castigara a Tamara por salir con él.

«Te olvidas de una cosa», le advirtió Aaron.

«¿De qué?», preguntó Call.

«De mí».



## CAPÍTULO 7

A mediodía, en el comedor, Gwenda y Tamara charlaban animadamente. Jasper parecía sumido en la melancolía, y miraba a menudo hacia la mesa donde Celia estaba rodeada de sus otros amigos de los cursos de Oro y Plata. Call reconoció a algunos: un chico callado, de pelo castaño llamado Charlie, y una chica que llevaba el cabello negro corto, estilo pixie, que creía que se llamaba Jessie. Pero la mayoría le resultaban totalmente desconocidos. Quizá porque había pasado demasiado tiempo lejos del Magisterium y quizá porque, incluso estando allí, se había encerrado mucho en su cómodo grupo de tres y no se había fijado en la gente.

A veces, Jasper saludaba con la mano a Celia. Ella le devolvía el saludo sin prestar atención a nadie más de la mesa. Tamara puso los ojos en blanco; todos estaban riendo y bromeando excepto Call, que permanecía en silencio. Notaba la tensión de Aaron. Él siempre



había disfrutado de los grupos grandes, florecía en medio de todo ese humor y afecto.

«Es como ser un fantasma —le dijo Aaron en ese momento—. Puedo verlo todo, pero no puedo hacer nada. O decir nada».

—Pero ¿qué te pasa, Jasper? —le preguntó Gwenda después de que este intercambiara otro extraño saludo con Celia—. ¿Salís juntos o no?

—Es complicado —respondió Jasper—. Celia quiere que me aleje de Call y proteste formalmente por haber sido incluido en el grupo de aprendices del Maestro Rufus.

—Eso es ridículo —exclamó Kai—. La mitad de la escuela mataría por ser alumno de Rufus.

—Sí, está claro que LE GUSTAN LOS ASESINOS —gritó Celia, que claramente había escuchado su conversación y los miraba fijamente.

Todos bajaron la voz.

—Bueno, pues es evidente que no puedes hacerlo —susurró Gwenda.

—No, claro que no —dijo Jasper.

—Call es tu amigo —añadió Rafe.

—No se trata de eso —protestó Jasper—. ¡Se trata de no ceder! ¡Un deWinter no hace lo que le dicen! ¡Un deWinter es independiente!

Call pensó en lo poco independiente que era el padre de Jasper. Estaba encerrado en el Panopticon, manchando del nombre de los deWinter. A Jasper le gustaba quejarse, y mucho, de cosas poco importantes, pero nunca se había quejado de la situación de su padre. De todas formas, debía de afectarle.

—Celia no puede seguir con esa actitud tan ridícula —dijo Tamara—. Es increíble que haya gente que la apoye.

—Yo diría que la mitad de la escuela piensa lo mismo que ella —repuso Kai en voz baja—. Hay mucha gente a la que no le gusta Call o que no se fían de él, y algunos creen que es básicamente el Enemigo de la Muerte disfrazado de alumno del Curso de Oro.

—¿Y a cuánta gente le caigo bien? —preguntó Call, angustiado.

—Está toda en esta mesa —contestó Gwenda.

—¡Eso no es cierto! —protestó Tamara—. Hay gente que te aprecia. Y *Estrago* te quiere. Y *Warren*.

—A *Warren* no le cae bien nadie —replicó Call, mientras apartaba su plato. Pensó en su sueño de ir al Collegium. ¿No sería más de lo mismo?

De repente, Kai se puso en pie. Miró a Call a los ojos y negó con la cabeza.

—Lo siento —dijo, y se unió a la mesa de Celia.

Todos lo miraron boquiabiertos. Rafe rompió el silencio.

—Sale con Charlie, que apoya totalmente a Celia —explicó—. Tenéis que entenderle... Kai lo ha pasado muy mal.

Jasper se puso serio.

—Los bandos van tomando posiciones —declaró, y por una vez, no decía tonterías.

Call casi podía ver una fina línea brillante separando su mesa de la de Celia.

Supo que tendría que hacer algo. Ojalá supiera qué.



Después de la comida, los cursos de Oro y Hierro tenían prácticas en el bosque. Los de Oro tenían que acompañar a los pequeños mientras estos exploraban los alrededores del Magisterium y practicaban un poco de la magia que acababan de aprender.

—No dejéis que se alejen mucho —indicó el Maestro Rufus—. Este ejercicio es bueno para vosotros, porque debéis ser responsables de los magos más jóvenes, ayudarles y, al mismo tiempo, os daréis cuenta de hasta dónde habéis llegado con vuestros propios estudios.

—Ninguno va a querer ir conmigo —le dijo Call a Tamara, y luego se avergonzó un poco. Sus amigos ya tenían que soportar la

hostilidad que los demás compañeros sentían hacia él. No tendrían que aguantar sus quejas.

Tamara le palmeó el hombro, tranquilizadora.

—Quizá haya algún pequeño malvado entre ellos. —Él la miró con el ceño fruncido y ella le sonrió alegremente—. Esa es la actitud. A tu pequeño admirador malvado le va a encantar.

Call no pudo evitar reírse.

Mientras tanto, Jasper se estaba viniendo arriba con la idea de impresionar a alguien.

—Tengo una gran sabiduría que transmitir —le dijo a Gwenda—. Lo importante es que encuentre a un aprendiz que me merezca.

—La verdad es que creo que ninguno te merece —contestó Gwenda, y él asintió muy serio.

—Tienes razón.

—No sabes cuánta.

En cuanto atravesaron la Puerta de la Misión, Call notó que el bosque estaba extrañamente silencioso. No había cantos de pájaros en los árboles. Ni siquiera se oían las cigarras.

Miró a los demás. Tamara y el Maestro Rufus también se habían detenido. El silencio era realmente estremecedor. El bosque nunca estaba así de tranquilo; siempre había pájaros cantando o el lejano ruido de algún animal en los matorrales. Pero no se oía nada. Call estaba a punto de decirle algo a Rufus cuando la puerta del Magisterium volvió a abrirse, y más y más aprendices salieron en fila con sus Maestros. Se hizo difícil oír el silencio del bosque en medio de todo el rumor humano.

—Ya os hemos emparejado —informó el Maestro Rockmaple, en una voz lo bastante alta para que los aprendices se fueran callando—. Iré diciendo el nombre de un alumno del Curso de Oro y luego el del de Hierro que irá con él.

Sopló una brisa entre los árboles y, en cuanto el Maestro Rockmaple calló, Call volvió a sentirse intranquilo al oír el silbido del viento entre las ramas y nada más. Ningún sonido animal. Pero sí se oía otra cosa. Algo que a Call le resultó familiar.

—Rockmaple —dijo el Maestro Rufus—. Creo que debemos regresar y dejar este ejercicio para otro...

Y entonces Call se acordó. Lo había oído cuando su padre lo llevó a las cataratas del Niágara. Un fuerte estruendo continuo, como si el aire se hiciera añicos.

Un murmullo se extendió entre los aprendices, pero no hubo tiempo para más. Antes de que el Maestro Rufus pudiera acabar la frase, un elemental apareció por encima de los árboles.

Call oyó el grito ahogado de Tamara.

—¡Un dragón!

El dragón era enorme, de un negro brillante e irisado, con pequeñas alas membranosas y grandes fauces cargadas de dientes. Tenía los ojos rojos y brillantes. Lo montaba un jinete humano: alguien con una larga capa que daba coletazos por el viento.

Call cogió a Tamara de la mano. Ella lo agarró con fuerza. Notó a Aaron en su cabeza; se estremecía de incredulidad y horror.

Aunque pareciera imposible, el jinete era Alex. Cambiado, pero aún reconocible, aunque una nube de oscuridad le rodeaba la cabeza. Era como si alguien hubiera arrancado la luz del cielo que le rodeaba. Sus ojos eran dos grandes agujeros negros que refulgían, como si estuvieran llenos de estrellas.

Los aprendices gritaron. Muchos echaron a correr hacia el Magisterium. No todos reconocían a Alex, pero sí detectaban el peligro cuando lo veían. Call y Tamara se mantuvieron quietos, aunque el Maestro Rufus se había situado delante de ellos para ocultarlos de la vista de Alex.

«Está muerto —dijo Aaron, anonadado—. Tiene que estar muerto. El caos lo succionó».

El dragón abrió sus grandes fauces y de ellas salió una llamarada negra. Prendió fuego a las copas de los árboles a su alrededor, que comenzaron a quemarse sin despedir luz ni calor. Call recordó su sueño, la llama negra que le salía de las manos. El dragón escupía fuego de caos puro.

—¡Rápido, todo el mundo adentro! —gritó Rufus. Hizo gestos a los alumnos para que retrocedieran—. ¡Tamara! ¡Call! ¡Salid de ahí!

Los Maestros corrían alrededor de los estudiantes para hacerlos volver hacia la entrada del Magisterium. Los del Curso de Hierro corrían, casi atropellándose los unos a los otros en su afán por llegar a la puerta.

—¡Esperad! —gritó uno de los Maestros—. ¡Permanecer cerca...!

Pero era demasiado tarde. El dragón descendió, con Alex aferrado a su lomo, y agarró a dos alumnos de Hierro. Uno era Axel, el niño que había hablado con Call a su llegada al Magisterium. Se le veía aterrorizado, pero no lloraba. Parecía que estaba intentando morder la garra al dragón. Junto a él había una niña, también del Curso de Hierro, que gritaba y pateaba tratando de soltarse. Pero la bestia los mantuvo entre sus garras mientras se alzaba hacia el cielo.

Sobre el dragón, con una sonrisa maliciosa, Alex gritó, y su voz resonó en todo el bosque.

—¡Deteneos! ¡Todos los Maestros del Magisterium, quedaos donde estéis! Soy Alex Strike, el primer Devorado del caos, y os destruiré a todos a no ser que obedezcáis mis órdenes.

¿Un Devorado del caos? Call miró al Maestro Rufus, que tenía los ojos clavados en Alex. Parecía furioso. Todos los Maestros lo estaban, pero se habían quedado quietos; no tenían elección. Sobre ellos, oían gritar a los niños del Curso de Hierro, sus lamentos arrastrados por el viento.

Call miró a Tamara, que temblaba de furia.

—Tenemos que hacer algo —dijo ella.

Las negras llamas habían crecido y se tragaban más bosque.

«Fuego», pensó Call. Ya había apagado fuego antes.

«Casi te mata —protestó Aaron—. Y ahora, sin contrapeso...».

Alex seguía hablando:

—Primero, liberad a Anastasia Tarquin de su cautiverio o dejaré caer a estos chavales al fuego y acabaré con el resto de vosotros.

Después de que los hayáis visto arder.

Un murmullo recorrió al grupo. ¿Anastasia Tarquin? No todos sabían que era la madrastra de Alex; incluso Call se sorprendió de que la apreciara tanto como para molestarse en sacarla de prisión.

El Maestro Rufus se adelantó para hablarle.

—Debes darnos tiempo —dijo—. Tenemos que contactar con el Panopticon.

Alex mostró una sonrisa salvaje.

Call podía imaginarse el placer que le debía de producir dar órdenes a sus antiguos profesores.

—Trae un teléfono tornado aquí en cinco minutos o empiezo a tostar niños.

El Maestro Rockmaple entró rápidamente en el Magisterium.

—Call y Tamara —continuó Alex, mientras volvía hacia ellos las negras estrellas de su mirada. Su rostro parecía un pergamino tras el que luciera una luz negra—. ¡Qué gran reunión! —Echó la cabeza atrás y soltó una carcajada.

—Deberías haberte quedado en el vacío —gritó Call, mientras se concentraba en alejar el aire del fuego que devoraba los árboles. Pero, por mucho que lo intentara, las llamas no disminuían. No eran de fuego normal, alimentado por el aire. Call no sabía de qué se alimentaría, pero cuando su magia flotaba hacia ellas, no notaba ni calor ni luz. Si lo opuesto del caos era el alma, entonces temía que aquel fuego se alimentara de la propia sustancia del mundo.

No podía apagarlo de ese modo. Pero era un makaris: debería poder controlarlo. Envío su poder hacia las llamas de caos, concentrándose en detener su avance. Pareció funcionar; el fuego comenzó a disminuir, apagándose al no tener nada de lo que alimentarse.

—Y tú nunca deberías haber nacido —replicó Alex, encantado de poder decírselo—. No eres más que una parodia de lo que fue el Enemigo de la Muerte, una pobre imitación.

—Es un Devorado —le dijo Tamara a Call en voz baja—. Es como un ser elemental. Puedes controlar un elemental del caos,

¿verdad?

«Buena idea», pensó Aaron.

Call sonrió al pensar en vengarse. Si pudiera controlar a Alex, no podría evitar obligarle a hacer algo estúpido y humillante; después, claro, de que soltara a los niños del Curso de Hierro. Extendió su magia otra vez, pero no hacia el fuego, sino hacia Alex...

... solo para darse con un muro de pegajosa nada. Notó que algo tiraba de su poder hacia Alex, y lo retiró de golpe haciendo un esfuerzo casi físico. Fuera lo que fuese Alex ahora, era demasiado poderoso para que Call pudiera controlarlo.

El Maestro Rockmaple atravesó corriendo la Puerta de la Misión con el Maestro North y el señor Rajavi, que, por lo visto, aún no se había marchado del Magisterium. El Maestro North llevaba un teléfono tornado.

Tamara miró a su padre. Este le devolvió una rápida mirada, pero no le dijo nada; probablemente era lo más inteligente. Mejor no recordarle a Alex su parentesco. Mejor que a Alex no se le ocurriera un nuevo modo de hacer daño a uno de ellos.

—No podemos ceder —decía el Maestro North. Pero entonces vio a los chicos entre las garras del dragón, cada vez más aterrorizados, cada vez más seguros de que iban a alimentar el caos.

—Por ahora —repuso el señor Rajavi mientras activaba el teléfono tornado.

En el otro extremo apareció un vigilante del Panopticon. Call se estremeció al reconocer el uniforme.

—Prepara a Anastasia Tarquin para su liberación. Pero primero tráela aquí. Es necesario que la veamos y comprobemos que se encuentra perfectamente —indicó el señor Rajavi.

—¿Anastasia Tarquin? —preguntó el vigilante, perplejo—. ¿Por orden de quién?

—Por orden de la Asamblea, a la que represento —respondió el señor Rajavi mientras el vigilante se iba dando cuenta lentamente

de con quién estaba hablando y de la confusión que reinaba detrás de él. Palideció y salió corriendo.

Desde lo alto de su montura, Alex sonrió satisfecho. El dragón abrió las garras y la chica cayó con un grito que resonó por todo el bosque. La bestia volvió a cogerla, como si la chica fuera una pelota y estuviera jugando con ella. Los gritos continuaron.

—¡Para! —gritó el señor Rajavi—. ¡Te estamos dando lo que quieres! Devuelve a los niños y...

—¡Claro que los devolveré... ligeramente chamuscados! —exclamó Alex riendo.

A Call se le ocurrió que eso era lo que Alex siempre había querido. Ser como creía que debía ser el Enemigo de la Muerte: un horror maníaco y aullador.

—Los niños no tienen la culpa de nada —dijo el Maestro Rufus—. No te han hecho nada. Cógeme a mí.

—Drew tampoco tenía la culpa de nada —replicó Alex con saña.

Call se contuvo para no indicar que eso no era cierto en absoluto; no creía que esa aclaración ayudara.

—Lo asesinasteis entre todos. ¡Sois profesores de mentiras! —continuó Alex.

—Se le está yendo la olla —susurró Tamara, pálida—. Tenemos que hacer algo...

—¡Aquí está! —gritó el Maestro North.

A través del remolino de aire del tornado, vieron a Anastasia con el uniforme holgado de un prisionero del Panopticon. Dos fornidos guardias la empujaban a salir por la puerta principal de la cárcel.

Alex lanzó una especie de rugido.

—¡Dejadla libre!

Los guardias se apartaron y Anastasia miró alrededor en medio de un sorprendido estupor. Era evidente que no tenía ni idea de lo que estaba pasando. A través del teléfono, su voz era casi inaudible.

—¿Qué pasa? ¿Quién está ahí?

—Suelta a los niños —dijo Rufus.

Alex lo miró con una sonrisa retorcida.



—Umm. ¿Crees que debería?

—¡Será mejor que lo hagas! —gritó Tamara—. Todo el mundo sabe quién es Anastasia y que es una traidora. Si no llegas tú primero, cualquier mago que pase puede cogerla y devolverla a la prisión, ¡o peor!

Alex hizo una mueca de rabia. Todos esperaron en tensión. El dragón bajó la cabeza y voló en círculo mientras abría las garras. Los dos alumnos del Curso de Hierro quedaron libres y empezaron a caer, pero su caída se ralentizó antes de llegar al suelo. Aliviado, Call vio que ambos se incorporaban. Axel se agarró el brazo, y Call supuso que los Maestros no habían sido capaces de suavizar totalmente su caída.

El Maestro Rockmaple corrió hacia ellos. El dragón de Alex retrocedió y soltó un poco de fuego negro.

—No me sigáis —ordenó Alex, y extendió la mano.

La oscuridad brotó de ella. De nuevo, Call recordó su sueño. Toda una ciudad destrozada por el caos.

La oscuridad comenzó a formar un remolino de vacío, como un embudo que lo succionara todo. Se extendía hacia el Magisterium, tragando hojas y piedras. Arrasaba el suelo al pasar.

Estaba cerca del Maestro Rockmaple, que había corrido para coger a los niños. El Maestro alzó las manos y el fuego ardió entre ellas. Con la mirada torva, lanzó el fuego hacia el caos...

Y la ola negra saltó hacia delante y lo envolvió. Con un aullido, Rockmaple fue tragado por el vacío.

Había desaparecido.

De nuevo, hubo gritos y carreras hacia el Magisterium, pero tantos cuerpos intentado atravesar la puerta a la vez crearon una barrera. Se estaban quedando atrapados fuera. Iba a ser una masacre.

Call lanzó la mano hacia delante y buscó dentro de sí. «El contrapeso del caos es el alma». Y él sabía pulsar almas, sabía cómo extraer la energía de su propia fuerza vital, y fue a por ella sin pensarlo, sin hacer caso del dolor casi físico que le producía.

«¡Úsame! —gritó Aaron—. ¡Usa también mi energía!».

Call negó con la cabeza. El viento producido por el vacío del caos le azotaba el pelo. Tamara se aferrada a su brazo, tratando de hacerlo regresar. Él dobló un poco los dedos, como había hecho en su sueño.

El vacío comenzó a fragmentarse, a deshacerse en trozos como un cristal negro al quebrarse.

Pero la oscuridad envolvió a Call y sintió que le fallaban las fuerzas.



## CAPÍTULO 8

Call se despertó sobresaltado. Por un momento, pensó que estaba perdido en el caos, pero entonces oyó el familiar murmullo de voces y notó los diferentes olores minerales de las cuevas del Magisterium. Se sentó de golpe, dando un susto a la Maestra Amaranth.

Estaba en la enfermería.

Se relajó y se dejó caer de nuevo sobre la almohada.

La maga se acercó a él; llevaba el cabello cobrizo recogido y su serpiente enrollada en la cabeza, como una enorme diadema. Ese día era de un brillante color amarillo verdoso, que se tornó azul y luego púrpura mientras Call la observaba. Un momento después, sus escamas se colorearon de rayas rojas.

«Has estado a punto de morir», dijo la voz de Aaron en su cabeza.

—Oh —repuso Call. Recordaba algo parecido. Algo sobre un agujero desgarrado en el caos, y sobre tratar de cerrarlo y pulsar su propia alma.

«Intenté sujetarte, pero era como si te escurrieras», continuó Aaron. Parecía asustado y enfadado. Call supuso que era lógico. Si él hubiera muerto, Aaron habría muerto con él.

«No lo digo por eso EN ABSOLUTO...», comenzó Aaron, pero la Maestra Amaranth le interrumpió.

—En contra de mi consejo, tu visita sigue aquí —le avisó.

Por un confuso momento, Call pensó que se refería a Aaron, pero se volvió y vio a Tamara sentada en el camastro de al lado. Ella dejó el libro de anatomía que había estado leyendo y corrió hacia su cama.

—Lo siento —se disculpó él, aunque no estaba seguro de si se lo decía a Tamara o a Aaron—. Supongo que no soy tan bueno venciendo a mis enemigos, ¿no?

—No seas idiota —repuso Tamara con cariño—. No hay nada que perdonar.

«No lo entiendes —intervino Aaron—. Yo no habría muerto. Si tu alma se hubiese agotado, me habría quedado solo aquí dentro».

Call supuso que esa hubiera sido una manera de que su amigo tuviera un cuerpo.

«No tiene ninguna gracia», le riñó Aaron.

Tamara se sentó en una silla junto a su cama. Le sonreía, y Call se sintió increíblemente aliviado de verla. Las cosas no pintaban muy bien cuando se había quedado inconsciente.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Están todos bien?

—La mayoría —contestó Tamara—. Destrozaste el tornado de caos de Alex y luego te desmayaste, y ya no me fijé exactamente en qué más estaba pasando. —Se sonrojó—. Pero básicamente, Alex escapó en medio del griterío. —Se mordisqueó el labio inferior—. Y también perdimos al Maestro Rockmaple.

—Lo siento —repitió Call. Sabía que tendría que haber actuado antes.

—Ya te he dicho que no es culpa tuya —insistió Tamara, volviendo a ser la jefa de siempre—. Pero no sé qué vamos a hacer con Alex —añadió—. Después de que te desmayaras, pude hablar con mi padre. Dijo que Alex tenía razón, que nunca había existido un Devorado del caos. Hay muy pocos makaris y muy pocos magos se convierten en Devorados; nunca le había pasado a un makaris. No sabemos cómo detenerlo. Ni siquiera sabemos mucho sobre los Devorados. En el mundo de los magos, no nos gusta admitir que algo así puede ocurrir.

Call pensó en la hermana de Tamara, Ravan, y en el profesor del Maestro Rufus, el Maestro Marcus. Ambos se habían convertido en Devorados, y sin duda eran escalofriantes. No del todo humanos, no del todo elementales. Call nunca había sabido de qué lado estaban, y nadie parecía estar seguro de cuánto quedaba de su anterior ser.

Aunque, si servía de ejemplo, Alex parecía seguir siendo el mismo ser insufrible y malvado que había sido antes de ser Devorado por el caos. Solo que tenía muchísimo más poder.

—Vaya desastre —dijo Call—. No tengo ni idea de cómo detenerlo.

—Yo tampoco. —Tamara suspiró.

«No puedes decirle eso —intervino Aaron—. Dile algo que la anime».

—Pero... estoy seguro de que se nos ocurrirá algo —añadió sin convicción.

Tamara frunció el ceño.

«Di que, si trabajamos juntos, encontraremos la manera de derrotar a Alex. Siempre es así».

Call repitió las palabras, intentando fingir que las creía de corazón, como las había dicho Aaron.

Tamara alzó una mano.

—No. Desde luego que no. ¿Por qué hablas así? El Call que conozco nunca diría eso. El Call que conozco estaría hablando de hacer las maletas y huir a algún lugar remoto donde poder disfrazarnos y ocultarnos. Luego puede que, con cierta reticencia,

llegara a hacer algo heroico. —Lo miró con una profunda sospecha—. Aquí pasa algo raro.

Call pensó en su padre, que justamente había sugerido huir a algún lugar remoto no hacía mucho. Tamara lo conocía inquietantemente bien. No podía ocultar la verdad más tiempo.

—Umm... —comenzó—. Tengo a Aaron en la cabeza.

—Call, no me mientas —replicó Tamara—. No es el momento.

—No estoy mintiendo ni bromeando —replicó Call en un brusco susurro—. Su alma entró en mí. Y no ese extraño medio Aaron, sino el Aaron de verdad. El alma de Aaron está viva y dentro de mi cabeza.

Tamara lo miró con la boca abierta. Era evidente que estaba tratando de decidir si necesitaba una gran dosis de medicina.

«Dile que puedes probarlo», le indicó Aaron.

—Puedo probarlo —dijo Call—. Dame una oportunidad.

Después de un largo momento de duda, Tamara asintió.

«Déjame hablar —pidió Aaron—. Solo un momento».

Call no sabía exactamente a qué se refería, pero asintió. Tamara lo estaba mirando, y sin duda vio que asentía sin ninguna razón, pero a Call ya no le importaba. Necesitaba que alguien creyera que lo que le pasaba era cierto.

«Adelante».

—Tamara —dijo. Pero Call no había tenido la intención de decirlo: la palabra le había salido sin más de la boca. Se quedó quieto. Era como escuchar a Aaron. ¿Qué iba a decir ahora?—. ¿Te acuerdas de la primera noche después de la Prueba de Hierro? —preguntó Aaron.

Tamara asintió con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

—Call se fue a dormir temprano. Nos quedamos en el salón y tú dijiste: «No te preocupes porque esté en nuestro grupo. No va a durar ni una semana».

Ella lo miró durante un largo instante.

—Eso puedes habérselo contado a Call.

Era buena señal que se estuviera dirigiendo a Aaron. Buena, pero rara. Call le había dado permiso para controlar su cuerpo, pero no tenía por qué gustarle.

—Muy bien —dijo Aaron por boca de Call—. ¿Qué te parece esto? Cuando estábamos en tu casa el verano pasado, tu padre se paseaba con esa túnica blanca ribeteada de oro, y un día te la pusiste y comenzaste a imitarlo, pero te pilló y a mí me pilló riendo. ¿Te acuerdas? Me asusté mucho pensando que iba a echarme de vuestra casa, pero entonces se marchó y todos fingimos que no había pasado nada.

—¡Aaron! —gritó Tamara, y abrazó con fuerza a Call. Sollozaba—. Eres tú. Sé que nadie más se enteró de eso.

—No puedo creerlo —masculló Call. Disfrutaba del abrazo de Tamara, pero nada de lo que había dicho Aaron le había gustado—. ¡Los dos queríais libraros de mí! ¡Sois una mierda!

Tamara se apartó un poco, con los ojos brillantes de lágrimas.

—Se nos pasó rápido —aclaró.

Call aún no se sentía del todo él mismo, pero se alegraba de que Tamara lo creyese. Cuando ella volvió a mirarlo, había algo nuevo en su rostro, algo que nunca había visto antes.

—Call —comenzó Tamara—. Estaba equivocada. Hiciste algo increíble. No sé cómo lo lograste, pero hiciste regresar a Aaron de entre los muertos.

—Y eso es bueno... ¿no? —preguntó Call, que no sabía muy bien cómo reaccionar ante una conversación tan intensa.

«Bueno, es evidente que yo creo que sí», contestó Aaron.

—No dejo de pensar en algo que dijiste cuando viniste por primera vez al Magisterium, cuando acababas de enterarte de la existencia del mundo de los magos. No entendías por qué Enemigo de la Muerte era un nombre tan espantoso. ¿Recuerdas lo que dijiste?: «¿Quién quiere ser el Amigo de la Muerte?».

Call no recordaba haber dicho algo así. Negó con la cabeza.

—He pensado mucho en ello —continuó Tamara—. En que no hay nada malo en no querer más muerte. Nadie quiere. Ese no era

el problema de Constantine, y resucitar a Aaron es increíblemente bueno. Es maravilloso. Call, hiciste algo que nadie nunca había logrado.

—Bueno, dos aclaraciones —replicó Call, aunque no le apetecía estropear la buena opinión de Tamara—. Uno, Aaron acabó en mi cabeza al intentar evitar que el caos me destruyera, y no estoy seguro de que nunca más podamos hacer algo parecido. Y dos, umm, tenemos que conseguirle un cuerpo a Aaron.

Ella lo miró un poco sorprendida.

—Ah, vale.

Antes de que pudieran entrar en detalles sobre la ética de robar un cuerpo, la Maestra Amaranth regresó. Junto a ella entró un miembro de la Asamblea que Call reconoció, aunque no sabía su nombre. La serpiente de la Maestra Amaranth se había vuelto de un agresivo color naranja y su cabeza colgaba sobre uno de los hombros de la Maestra, como si quisiera atacar al visitante.

—Callum —dijo la Maestra Amaranth—. En contra de mi consejo, miembros clave de la Asamblea han venido al Magisterium e insisten en reunirse contigo y con algunos de tus amigos. Uno pensaría que sabrían ser un poco más pacientes, pero resulta que se les da muy mal esperar.

El Asambleísta tenía una expresión cada vez más tensa e infeliz, pero no mordió el anzuelo.

—Lo sentimos mucho, pero es un asunto urgente. Alex Strike nos ha enviado sus exigencias, y tienen que ver con vosotros dos.



La Asamblea estaba reunida en la gran sala de piedra, frente a la mesa redonda donde Call ya se había sentado en otras ocasiones; la más memorable, el día que les llevó la cabeza de Constantine Madden en un saco. Aquel había sido un gran éxito, o eso creía él.



Cuando entró junto a Tamara, le sorprendió ver que Jasper ya estaba allí, hablando en un tono apagado con uno de los miembros de la Asamblea. Call pasó lo bastante cerca para oír que la conversación era sobre el padre de Jasper, que se hallaba encerrado en el Panopticon. Si Anastasia había sido condenada a muerte, ¿cuál habría sido la sentencia de su padre? No podía haber sido la misma, intentó convencerse Call. Sin duda, Jasper se lo habría contado. Pero al ver las expresiones serias de los magos, le recorrió un escalofrío.

—Suficiente, suficiente. —Una voz seca se alzó sobre el murmullo de voces mientras Call y Tamara se sentaban. El Maestro Rufus se colocó frente a ellos, con los brazos cruzados. Unos cuantos profesores más se sentaron con él—. Suficiente. Silencio todo el mundo —ordenó el Asambleísta Graves; viejo y malhumorado, era una de las voces más influyentes de la Asamblea—. Tenemos asuntos que tratar.

Se hizo el silencio. Call intentó que su mirada se cruzara con la de Jasper, pero este no levantaba la vista de sus manos.

—Hoy hemos sufrido una gran pérdida —comenzó el Maestro North—. El Maestro Rockmaple, después de una larga vida de abnegado servicio a sus compañeros magos, ha muerto.

—No solo ha muerto —intervino la Maestra Milagros, con los ojos enrojecidos—. El caos lo ha succionado. ¡Quién sabe por dónde andará su alma!

—Estaba salvando a dos alumnos —señaló el Maestro Rufus—. Será recordado como un héroe. Igual que Call —añadió, lanzando una penetrante mirada al Asambleísta Graves—. De no ser por nuestro makaris, Alexander Strike podría haber asesinado a muchos más inocentes.

—Y precisamente Alexander Strike será el tema de esta reunión —respondió Graves. Alzó una hoja de papel de la mesa de piedra que tenía ante sí, cogiéndola como si fuera un objeto desagradable—. Tengo aquí su lista de exigencias, que nos ha llegado después

de que fuera visto en el Panopticon, «rescatando» a Anastasia Tarquin de un castigo muy merecido.

—¿Ha enviado una carta? —susurró Tamara—. ¿Hoy?

—¿Qué clase de exigencias? —preguntó el Maestro North.

Un sonoro murmullo recorrió todo el grupo.

—¡No hay ninguna razón por la que tengamos que aceptarlas! —exclamó el Maestro Taisuke—. Ya no tiene rehenes. No deberíamos cooperar.

—En cierto sentido, todos somos sus rehenes —replicó Rufus—. Nadie sabe de lo que un Devorado del caos es capaz.

—Puede hacer arder el bosque —indicó Tamara—. Puede crear grandes agujeros de caos, que solo un makaris puede deshacer. Y Call casi se mata haciéndolo.

El Asambleísta Graves la miró desde lo alto de su larga nariz.

—Tamara Rajavi —dijo—. Imagino que estarás interesada en oír su lista de exigencias, ya que te menciona específicamente. ¿O prefieres seguir charlando?

Call le cogió la mano a Tamara por debajo de la mesa antes de que ella se subiera encima y le atizara un puñetazo a Graves. El Asambleísta carraspeó para aclararse la garganta, se colocó unas gafas sobre la nariz y comenzó a leer.

*A los magos del Magisterium:*

*Ahora ya sabéis que yo, Alexander Strike, me he convertido en un Devorado del caos. Soy caos, y el caos está en mí. Puedo desatar, siempre que quiera, el poder destructivo del caos sobre la Tierra. Puedo arrasar ciudades y evaporar océanos. Puedo destruir el mundo.*

*Solo tenéis una opción: hacer todo lo que os diga. Puedo plantearme una tregua con el Magisterium si los magos se ponen inmediatamente a mi disposición para construirme una fortaleza. Incluyo un dibujo. Tiene que ser enorme, de mármol y granito. Quiero que se construya cerca del Magisterium, para que todos los alumnos tengan que verla siempre que salgan de las cavernas. Y quiero que tenga una gran sala de cine y*

*también una balconada. Debe dejar pequeña cualquier otra fortaleza construida por Constantine Madden.*

*En cuanto esté alzada, la ocuparé. Entonces me traeréis más cosas. Me entregaréis a Callum Hunt, Tamara Rajavi y Jasper deWinter, y atadles la magia para que no puedan emplearla. De hecho, mejor amordazadlos, sobre todo a Callum. Por último, también quiero que me entreguéis a Kimiya Rajavi, aunque ella vendrá voluntariamente.*

ALEXANDER STRIKE

—¡Esto es ridículo! —exclamó el Maestro Taisuke, levantándose para dar una fuerte palmada sobre la mesa en cuando Graves hubo terminado—. No puede poner eso. ¡Es como la carta de un niño mimado! No son exigencias razonables. Quiere que le construyamos una mansión y que le demos... ¿qué? ¿A sus enemigos para castigarlos? ¿A una chica? ¿Acaso quiere jugar a ser el villano de algún cuento?

—Cree que mi hija Kimiya está enamorada de él —explicó el señor Rajavi—. Es una chica irresponsable, pero se avergüenza de haberse descarriado. Volver con él es lo último que desearía. —Graves parecía escéptico, pero no hizo comentarios. El señor Rajavi continuó—: He visto a Alex y no se parece en absoluto al chico que recuerdo. Llevaba una capa enorme y parecía encantado de aterrorizarnos. Todas sus exigencias pueden parecer absurdas, pero tiene un poder real, y su infantilismo, a mi entender, lo hace aún más peligroso. Una mente adulta es razonable, pero la mente de un niño es caprichosa.

—Un Devorado del caos —repitió el Asambleísta Graves al cabo de un momento—. No tenemos ningún tipo de experiencia con algo así, ¿verdad?

Se hizo el silencio.

—No —contestó él mismo, después de dejar que el silencio se alargara unos segundos—. Callum, como makaris, ¿qué sabes de todo esto?

Call carraspeó para aclararse la garganta y comenzó a sentir pánico. Era la clase de situación de la que nunca salía airoso. Siempre decía algo incorrecto.

«Tú tampoco sabes nada —le recordó Aaron—. Díselo».

—Conozco a un lagarto —contestó Call. Oyó el gruñido de Aaron dentro de su cabeza, pero siguió adelante—. Y me advirtió sobre otra cosa..., algo que había sido enviado al caos. Así que supongo que lo único que sé es que quizá Alex haya traído elementales con él. Quizá incluso ese dragón.

Graves no parecía impresionado.

—¿Podrías convertirte en un Devorado del caos?

—¿Qué? —soltó Call.

Graves se ajustó las gafas.

—Si emplearas tu capacidad de manipular el caos sin un contrapeso, podría absorverte a ti también y convertirte en uno de sus Devorados. Serías una criatura de caos, no del todo humano. Pero quizá podrías derrotar a Alex. Eso sería muy heroico.

Call se lo quedó mirando. No podía creer que le estuviera sugiriendo algo así, pero recordó que Aaron había sabido que lo trataban tan bien porque al final le acabarían pidiendo que muriera por ellos. Call era el único makaris que les quedaba. Por desgracia para la Asamblea, a él nunca se le había dado muy bien la gratitud.

«O sea que creías que yo era un pringado, ¿no?», preguntó Aaron.

—¡No! —exclamó Call, y se dio cuenta de que había contestado a Graves de una forma mucho más directa de lo que pretendía.

—Call tiene razón. No va a hacer eso. Sería un suicidio —afirmó el Maestro Rufus, atajando cualquier posible objeción—. Call, Jasper, Tamara, quiero que entendáis lo que está sucediendo aquí, porque deciros que Alex quiere que os entreguemos es correr un riesgo. Un riesgo que no todos los presentes creían que debíamos correr. —Lanzó una torva mirada a Graves, y este se la devolvió—. Ahora que conocéis las exigencias de Alex, ahora que sabéis el peligro que representa para vosotros en concreto, estaría justificado

que no quisierais saber nada más del asunto. Alex cree que nunca os diremos que ha pedido que os entreguemos, por miedo a que os escapéis, pero yo confío en vosotros. Creo que no huiréis porque eso causaría la muerte de mucha gente inocente.

»No tenemos intención de entregaros a Alex, pero propongo que comencemos a construir esa fortaleza, porque eso le hará creer que estamos cooperando y nos permitirá ganar tiempo. Necesitáis ese tiempo. Call, eres nuestro único makaris. Busca dentro de ti. Encuentra tu poder. Averigua cómo derrotar a Alex.

Todos miraron a Call.

«Di que harás todo lo que puedas», le indicó Aaron.

—Si voy a tener que hacer esto solo —comenzó Call, con voz firme—, si tengo que averiguar cómo derrotar a Alex, aunque solo soy un alumno, entonces quiero algo de vosotros. Haga lo que haga, sea lo que sea lo que mis amigos y yo decidamos que necesitamos hacer para destruir a un Devorado del caos, no quiero que nos pongáis trabas. Quiero que me ayudéis. Ya basta de tratarme como a un enemigo, como al Enemigo. ¿Entendido?

Se hizo el silencio. El rostro del Maestro Rufus era inescrutable. Call se preguntó si habría ido demasiado lejos.

Graves se quitó las gafas y lo miró.

—Lo entendemos, señor Hunt —afirmó—. Te entendemos muy bien.

—Perfecto —respondió Call, y se puso en pie. Vio aliviado que Tamara y Jasper también se levantaban, dispuestos a ir con él—. En ese caso, haré todo lo pueda.



## CAPÍTULO 9

Call consiguió recorrer todo el camino de vuelta a sus habitaciones antes de que se le pasara el ataque de intrepidez. Encontraron a Gwenda esperándolos nerviosa, y había algo en su gesto de ansiedad que acabó con la poca fuerza que le quedaba. Se dejó caer en el sofá y se cubrió el rostro con las manos.

—No puedo hacerlo —gimió Call—. No puedo.

Tamara se sentó a su lado y le cogió la mano. Call se dio cuenta de que Jasper se estaba fijando en ese gesto, pero no le importó. Llegados a ese punto, ¿qué más daba que Jasper, o quien fuera, sospechara de su relación con Tamara?

—Te ayudaré —dijo ella. Y Call se alegró de que no dijera que todo saldría bien. Pero Tamara era demasiado lista para decir eso. Sabía que ese tipo de promesas no tenían sentido; por eso solo hacía aquellas que pudiera cumplir—. No estás solo. —Alzó la mirada—. ¿Verdad, Jasper?

Él asintió.

—Sí. Claro.

«Y yo estaré aquí —le aseguró Aaron—. ¿Recuerdas cuando era yo el que estaba en este sofá? ¿Recuerdas cuando tiré el zapato porque sabía que ser el makaris significaba que tendría que morir por el Magisterium?».

«Sí», contestó Call.

—Y yo también te ayudaré —dijo Gwenda, y se detuvo—. Un momento, ¿a qué acabo de prometer que te ayudaré?

Jasper le explicó rápidamente la reunión y el mensaje de Alex.

—¿Quieres decir que tienes que averiguar cómo derrotar a un Devorado del caos? —preguntó Gwenda, incrédula—. Un momento, espera, en realidad tenemos que averiguar cómo derrotar a un Devorado del caos, ya que acabo de prometer que te ayudaré, ¿no? No me lo puedo creer. Siempre me había preguntado cómo os arrastraban en estos líos, Tamara y Jasper; ahora ya lo sé.

—Ya ves —asintió Jasper—. ¿Cómo es que siempre acabamos diciendo esas cosas? ¿A quién le apetece meterse en esta clase de líos?

—No tienes por qué, si no quieres —dijo Call.

—No seas ridículo —replicó Jasper—. Claro que quiero. Es decir, no es que quiera, pero ya sabes a qué me refiero. ¿Por dónde empezamos?

—¿Crees que Alex puede tener aliados? —preguntó Gwenda mientras se sentaba a la mesa—. Aparte de Anastasia Tarquin, claro.

—No como los tenía el Maestro Joseph —respondió Call—. Alex no es el Enemigo de la Muerte. No le interesa acabar con la muerte y el dolor, solo le importa el poder. Así que mucha de la gente que siguió a Constantine y su grupo, probablemente no le apoyarán.

—¿Y qué hay del dragón? —inquirió Gwenda—. Tiene que ser un elemental del caos, y es descomunal. ¿Es Automotones? ¿Crees que la advertencia de *Warren* se refería a él?

—Automotones es un elemental descomunal diferente, pero como Alex ha vuelto, quién sabe qué se habrá traído con él —contestó Tamara—. Debemos suponer que, aunque no tenga seguidores, puede controlar suficientes monstruos para hacer que, en un ataque directo, el resultado sea incierto.

—Nadie sabe cómo detener a un Devorado del caos —repitió Call—. Quiero decir, ni siquiera sé mucho sobre los Devorados. Parece que a los magos no les gusta hablar de ese tema.

Tamara suspiró.

—Ya. Cuando Ravan se convirtió en uno, mi familia hizo como si estuviera muerta. Pensaron que sería mejor así. Sin embargo, cuando la necesité, me ayudó. Seguía considerándose mi hermana.

—¿Es... humana? —preguntó Gwenda, incómoda.

Tamara negó con la cabeza.

—No tiene por qué ser humana para preocuparse por los demás.

La última vez que Call había visto a Ravan de cerca, era un pilar de fuego aterrador que les había indicado a Jasper y a él el camino de salida del Panopticon. La última vez que la había visto de lejos, había ayudado a Tamara y a Jasper a escapar del Maestro Joseph. En ese momento había sido una simple llanita.

«Y no te olvides de la batalla —le recordó Aaron—. También estuvo allí».

—Alex parece seguir siendo el mismo gilipollas de siempre —dijo Call—. Pero Ravan... Espera, ¿aún puedes contactar con ella?

—¿En qué estás pensando? —inquirió Tamara.

—Podríamos preguntarle cómo es ser un Devorado —respondió Call—. Sus puntos fuertes y débiles. Quizá nos podría ayudar a averiguar cómo derrotar a Alex.

—Los magos aún la están buscando —informó Jasper—. No les gusta que los Devorados vayan sueltos por ahí. Si la atrapan, la traerán de vuelta al Magisterium y la encerrarán.

—No vamos a hacer que la atrapen —dijo Call. Miró a Tamara con lo que esperaba que fuera una mirada inocentemente esperanzada.



Ella suspiró.

—Sí, puedo ponerme en contacto con ella. Pero Jasper tiene razón. Se estaría arriesgando mucho si nos enviara un mensaje de vuelta. Quizá no quiera ni intentarlo.

—Vale la pena probarlo —repuso Call.

—Mientras tanto, deberías tratar de dar con *Warren* —propuso Gwenda—. Apuesto a que sabe mucho más de lo que nos dijo.

—*Warren* siempre sabe mucho más de lo que dice —admitió Call.

—Bueno, pues es el momento de hacerlo cantar —dijo Jasper—. Hay que interrogar a ese lagarto. Cogemos una luz brillante, lo atamos a la mesa y le decimos que lo enviaremos a dormir con los peces si no nos cuenta todo lo que sabe.

Tamara alzó las cejas, burlona.

—Siempre duerme con los peces —replicó—. Al menos cuando no se los está comiendo.

—Podríamos atraerlo con comida —sugirió Gwenda—. ¿Qué creéis que le gusta?

Debatieron el asunto durante un rato y acabaron empleando la magia, un rápido viaje al comedor, una red y un registro por sus cajones, para conseguir un plato que estaban seguros de que atraería a *Warren*. Había cigarras, peces sin ojos, gemas, carbones y liquen que sabía a algodón de azúcar.

Los cuatro, con *Estrago* tras ellos, se pasearon por las cavernas gritando «¡*Warren!*!». Luego dejaron el plato en el suelo y se dispusieron a esperar.

No pasó nada. Jasper comenzó a silbar. Gwenda y Tamara se pusieron a jugar al tres en raya.

—¡El momento está más cerca...! —dijo Call en voz alta, esperando que el pequeño lagarto no pudiera resistirse a finalizar su frase favorita.

—¿Qué? —dijo Gwenda, y luego lanzó un gritito de sobresalto cuando *Warren* salió de entre las sombras. Se fue directo al plato y devoró las cigarras.

—Delicioso. Muchas gracias por esta comida amablemente portada.

—*Warren* —comenzó Call—, necesitamos tu ayuda.

—*Warren* lo ha supuesto —repuso el lagarto, apartando el liquen. Se comió unas cuantas cigarras más—. Habéis visto al Devorado del caos, ¿verdad? Ya sabéis por qué *Warren* os advirtió.

—Sí, los sabemos —contestó Call.

—Aunque en el futuro, te agradeceríamos que fueras más concreto en tus advertencias, ¿sabes? —dijo Jasper, que no parecía capaz de agarrar a *Warren* e interrogarlo—. Menos andarse por las ramas. Di lo que quieras decir.

El lagarto lo miró torvamente y se comió la última cigarra.

—Venid con *Warren*. Tengo algo que enseñaros.

—¿Siempre se refiere a sí mismo en tercera persona? —susurró Gwenda mientras seguían a *Warren* hacia uno de los pasillos.

—No siempre —contestó Call—. Es inconsistente.

Gwenda masculló algo sobre no ser capaz de creer que estuvieran haciendo eso. Era tarde y los pasillos tenían la luz atenuada. No vieron a ningún alumno mientras se apresuraban tras el brillante lagarto, que torcía las esquinas con tanta rapidez que pronto todos estaban perdidos. Call notaba la creciente intranquilidad de sus compañeros a medida que el camino descendía, y las paredes estaban cada vez más manchadas de humedad. Era como si pudiera sentir el peso de toda la montaña sobre él, aplastándolo.

Al final llegaron a un pasaje terriblemente estrecho, prácticamente una grieta entre las rocas. *Warren* se coló rápidamente, esperando que los demás lo siguieran. *Estrago*, que era demasiado voluminoso y no cabía por la hendedura, se quedó rondando inquieto en la entrada.

Call miró a Tamara, que tragó saliva con fuerza y se apretó para meterse en la grieta tras el lagarto. Tuvieron que avanzar de lado, con las piedras presionándoles la espalda y el estómago. Call oyó que Jasper se quejaba de que debería haber comido menos liquen.

«Por favor, por favor, no me dejéis morir atascado aquí —rezó Call—, y haré todo lo que pueda por derrotar a Alex».

Oyó el suspiro de alivio de Tamara y, al cabo de un instante, salió de la estrecha grieta como un corcho de una botella.

Los rodeaban paredes de roca volcánica, negra y muy rugosa. El calor era intenso. Tanto Jasper como Gwenda ahogaron un grito al entrar en la cueva. En la distancia se oía el crepitar del fuego, retumbando como un trueno.

—¿Dónde estamos?

Jasper miró alrededor. Un amplio corredor se extendía entre dos largas hileras de jaulas, con barrotes de oro resplandeciente grabado con símbolos de fuego. Call ya había estado ahí, aunque anteriormente había llegado a través del despacho de Anastasia Tarquin.

—Aquí es donde retienen a los Devorados —contestó Tamara en voz baja—. Los que han sido consumidos por los elementos. Esta zona es para el fuego.

—¿*Warren*? —llamó Call—. *Warren*, ¿qué haces? ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí?

—Todo lugar tiene una entrada secreta —contestó *Warren*—. Y alguien de aquí quiere veros.

Comenzó a avanzar a toda prisa por el corredor y, al cabo de un momento, le siguieron los cuatro alumnos. Hacía tanto calor que con cada inhalación Call sentía que se le quemaban los pulmones. Tamara y los demás también parecían sufrirlo. Se alegraba de que *Estrago* no hubiera podido entrar; su capa de pelo era lo último que se necesitaba ahí abajo.

Casi todas las jaulas estaban ocupadas por lo que parecían furiosas hogueras; algunas eran de color azul o verde, pero la mayoría, rojo y dorado. En una jaula, la lava caía del techo como una lluvia ardiente. Una rueda de fuego giraba en el aire.

Tamara se detuvo ante una jaula vacía. La piedra del interior estaba ennegrecida. Le temblaron los labios.

—Ravan —dijo, tocando los barrotes.

—Tu hermana es libre. —La voz crepitó como el propio fuego.

Inmediatamente, Call supo de quién se trataba. Los cuatro alumnos se volvieron hacia la jaula del lado opuesto.

Marcus, Devorado del fuego, se hallaba sentado sobre un trono ardiente en el interior de su jaula. Era humo negro, excepto por dos ojos de llamas. Había sido el profesor del Maestro Rufus, hasta que permitió que el fuego lo controlara.

*Warren* se metió corriendo en la jaula de Marcus y subió por una de sus humeantes piernas. El Devorado le rascó el lomo escamoso. *Warren* entornó los ojos y ronroneó. Call había visto muchas cosas raras, pero tuvo que admitir que esa se llevaba la palma.

—¡Guau! —susurró Gwenda.

Call pensaba lo mismo. Se acercó a los barrotes de la jaula tanto como pudo sin llegar a quemarse.

—Marcus, necesitamos tu ayuda —confesó—. Ya nos has ayudado antes.

—¿Y en qué me ha beneficiado? —replicó Marcus—. Sigo aquí, dentro de esta jaula.

—Ha beneficiado al mundo —respondió Tamara con firmeza—. Nos ayudaste a derrotar al Maestro Joseph.

—Y ahora su aprendiz se alza, más poderoso de lo que él nunca fue —dijo Marcus—. Quizá no exista la victoria, niños de Rufus.

—En realidad es mi Maestro desde hace muy poco —aclaró Jasper—. Solo lo digo para que conste.

—Marcus —comenzó Call con firmeza—, ¿qué sabes de Alex Strike, el Devorado del caos?

—He oído rumores de que tal criatura ha aparecido —contestó Marcus—. Al principio, no los creí. Ser Devorado del caos es ser invadido por el vacío. La nada. El agujero en el centro del torbellino.

—Buenos, pues créelo —dijo Tamara—. ¿Sabes si Automotones ha vuelto?

—Muchos han regresado —respondió Marcus—. El Devorado estaba atrapado en el caos, pero ha sido capaz de abrir una puerta hacia nuestro mundo y regresar. Ha traído con él a los que cree que

pueden serle de utilidad aquí: Azhdaha, el Gran Dragón; Automotones. Los más salvajes de los caotizados que fueron lanzados al vacío. Todos han vuelto.

—¿Y qué hay de Stanley? —preguntó Jasper.

—¿Quién diablos es Stanley? —inquirió Gwenda.

Hasta Marcus parecía confuso.

Call suspiró.

—Era un caotizado leal a Constantine. A mí. Lo que sea. Tampoco creo que Stanley fuera su nombre real, solo era como lo llamábamos nosotros.

—¿Stanley? —se extrañó Gwenda.

—Olvidalo —repuso Tamara—. Marcus, necesitamos saber cómo matar a un Devorado del caos.

—Sí, lo necesitáis —afirmó Marcus.

Call estaba frustrado y sudoroso.

—¿Por qué querías vernos? *Warren* ha dicho que tú le habías pedido que nos trajese.

Al oír su nombre, el lagarto se subió al hombro de Marcus y comenzó a rozarse como haría un gato, mientras sacaba la lengua al aire caliente. Call supuso que eran más amigos de lo que él había pensado.

—Vosotros sois los que habéis buscado a *Warren* —le recordó Marcus—. Le he pedido que os condujera hasta mí por Rufus. De no haberme transformado en un Devorado, el Maestro Rufus hubiera podido estar más atento, menos dispuesto a permitir que el Maestro Joseph se acercara a Constantine. Todos cargamos con una parte de la responsabilidad de la existencia del Enemigo de la Muerte, y yo querría deshacerme de la mía ayudando a derrotar a esta nueva amenaza.

—Perfecto —exclamó Call—. Entonces, ayúdame. ¡Ayúdanos!

Marcus lo miró con ojos ardientes.

—Todo lo que necesitas ya está contigo.

«¿Se refiere a mí?», preguntó Aaron.

—¡Eso no es ayudar! —protestó Call—. Por una vez, di las cosas claras. ¡No más adivinanzas!

—Buena suerte, magos —dijo Marcus, y se transformó en una columna de llamas. Cuando se apagaron, no había nadie en la celda excepto *Warren*, con las gemas de su lomo más resplandecientes que nunca.

—Ahora os llevaré a casa —informó el lagarto, y comenzó a correr sin esperar una respuesta. Tuvieron que apresurarse en seguirlo.

—¡Eso era el Maestro Marcus! —exclamó Gwenda mientras les seguía—. No puedo creer que lo conozcáis. No puedo creer que acabemos de hablar con él. Es una leyenda. Es terrorífico. Una leyenda terrorífica.

—Sí —respondió Jasper, un poco pálido—. Somos así de guais.

A Call le dolía la pierna mientras avanzaban rápidamente por los túneles, y se sentía todo menos guay. Ante la Asamblea, había actuado como si fuera capaz de hallar el modo de detener a Alex. Pero, mientras se dirigían a las partes menos sofocantes del Magisterium, comenzó a perder la esperanza.

«Todo saldrá bien», dijo Aaron, pero él tampoco parecía totalmente convencido.

*Warren* se detuvo sobre una roca que colgaba por encima de un serpenteante torrente que fluía por las cuevas. Volvían a estar en la parte conocida del Magisterium.

—El momento es ahora —soltó *Warren*.

—Espera —dijo Gwenda—. Pensaba que era: «Está más cerca de lo que creéis».

—El momento es ahora —repitió *Warren*, y se escurrió entre las sombras.

Gwenda se volvió hacia Call.

—¿Siempre dice eso? Por favor, dime que es lo normal.

—Umm —contestó Call—. No.

—Olvidaos de los enigmas de *Warren* —intervino Tamara mientras se sacudía el uniforme y se metía detrás de la oreja un

mechón de cabello suelto—. Quizá le estamos dando demasiadas vueltas. Tal vez necesitemos un arma.

Jasper se volvió para mirarla.

—¿Qué clase de arma?

Ella le lanzó una mirada feroz.

—Eso es lo que vamos a averiguar.



Unas horas más tarde, la mesa, el sofá y gran parte del suelo de la sala común estaban cubiertos de libros que habían sacado de la biblioteca. Cada uno tenía una pila que iba revisando en busca de un arma que pudiera servir contra Alex.

Resultó que los magos habían hecho muchísimas cosas a lo largo de los años, pero muy pocas se podían comparar con el Alkahest; el arma que podía matar a un makaris con su propia magia, que Alex había modificado para robar a Aaron su poder, y que, por suerte, había sido destruido. La mayoría de las creaciones eran útiles pero aburridas, como cuchillos que regresaban a la mano del que los arrojaba. Y unas cuantas eran muy raras.

—He encontrado un hacha que corta la cabeza a tres palomas de un solo lanzamiento —comentó Jasper, alzando la vista con el ceño fruncido—. ¿A quién le interesa hacer algo así?

—A alguien que odie a las palomas —contestó Gwenda, bostezando.

En ese momento, llamaron a la puerta. Call fue a abrir y se encontró con un grupo de alumnos de los primeros cursos, entre ellos Axel y la chica que había cogido el dragón.

—Solo queríamos darte las gracias —dijo Axel—. Porque eres asombroso.

—Soy Lisa —se presentó la chica, y le entregó un dibujo—. Solo queremos que sepas que nunca nos creeremos nada malo que

digán de ti. Eres muy guay, y nos salvaste, y he hecho un dibujo de eso.

Call cogió el dibujo y le echó una ojeada. No podía negar que estaba muy bien hecho. El rostro se parecía al suyo, pero el cuerpo era mucho más musculoso y también mostraba una camisa rasgada sobre unos marcados abdominales.

—Umm —dijo Call, turbado.

Tamara se lo quitó de las manos.

—Esto es una maravilla —declaró con un entusiasmo que Call no dudó en interpretar como pura burla—. Tienes mucho talento. Lo colgaremos en la pared.

—Nada de eso —intervino Jasper, al que le hubiera encantado que el dibujo fuera de él.

«Dales las gracias —le indicó Aaron—. Y di que es un dibujo genial».

Con Celia contándole a todo el mundo que Call era malvado, supuso que no se podía permitir descuidar sus relaciones públicas. Quizá esos chicos del Curso de Hierro podrían ayudarle a recuperar su buen nombre entre el resto de los alumnos.

—Muchas gracias —le dijo a Lisa—. Es estupendo.

—Pues claro que lo es —afirmó Tamara.

—Solo queríamos que supieras —dijo Axel— que puedes contar con nosotros para lo que necesites. De verdad. Lo que sea.

—Sois encantadores —dijo Tamara.

Una sonrisa maliciosa se extendió por el rostro de Call. Ese era un regalo con el que sí sabía qué hacer.

—¡Perfecto! —exclamó—. Como veis, estamos muy ocupados, así que ¿por qué no vais al comedor y nos traéis un poco de ese liquen que sabe a pizza? Y luego necesitaré unos cuantos libros más de la biblioteca...

—¡Call! —lo interrumpió Tamara.

Él le lanzó una mirada inocente.

—Bueno, por ahora solo los líquenes —dijo a los del Curso de Hierro, que asintieron y se fueron a cumplir su voluntad.



—No son tus criados —le regañó Tamara.

—Creo que te darás cuenta de que sí que lo son —repuso Call, y luego admitió—: Y supongo que con eso me gano un Punto de Señor del Mal.

—¿Qué? —inquirió Tamara.

—Ya te lo explico luego —contestó él al darse cuenta de que quizá prefería que ella no supiera lo de la lista del Señor del Mal. Y sin duda no quería que Jasper o Gwenda, que lo miraban raro, comenzaran a contarle los puntos.

«Si no hay ningún arma en esos libros, tendremos que ponernos serios —dijo Aaron—. Sé que no quieres indagar en los recuerdos, pero pueden ser nuestra mejor baza para derrotar a Alex».

«No sería bueno para nadie que me pusiera en modo E. de la M.», pensó Call en respuesta.

Echaba de menos los días en los que creía que copiar en un examen o comerse el último trozo de pizza era suficiente para convertirlo en el malo de la película. Los recuerdos eran peligrosos y peligrosamente tentadores. ¿Y si podía salvar el mundo, pero eso significaba perderme a mí mismo?

Además, si se convertía en Constantine, ¿querría derrotar a Alex?

Volvió a los libros, pero con cada página que pasaba, sentía que las opciones se le iban agotando.



Para cuando acabaron de ojear todos los libros, los pasteles de liquen no eran más que un recuerdo distante. Se sentían frustrados y hambrientos. Finalmente, Gwenda se puso en pie y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Muy bien —dijo—. Necesitamos un descanso.

—¿Crees que Alex se está tomando un descanso? —le reprochó Jasper—. El mal nunca descansa.

—Bueno, pero Gwenda tiene razón. Nosotros lo necesitamos —repuso Tamara—. Vamos a la Galería a nadar un poco. Tenemos que descansar la cabeza, a ver si se nos ocurren nuevas ideas.

—El azúcar nos puede ayudar —aceptó Call—. Azúcar y cafeína.

—Muy bien —accedió Jasper, al darse cuenta de que los tenía a todos en contra—. Pero no vamos a colgar ese dibujo de Call en la pared.

—Tienes razón —asintió Tamara—. Lo vamos a colgar en la nevera.

Y eso hizo.



La Galería estaba sorprendentemente llena. Call había pensado que después de los traumáticos acontecimientos del día anterior, especialmente la muerte del Maestro Rockmaple, sería un lugar oscuro y tranquilo. Pero estaba abarrotado de gente, gritando a pleno pulmón y pasándose bien.

Tamara se encogió de hombros.

—Negación —susurró mientras miraba alrededor; se fijó en los chicos que saltaban a los estanques calientes y fríos de las rocas, y salían para volver a hacerlo, sin parar. Habían juntado unos cuantos sofás de empapado terciopelo dorado, y un montón de alumnos estaban tirados encima, bebiendo refrescos de colores: azul, verde, naranja y rosa—. La gente necesita distraerse. Es normal.

Gwenda y Jasper ya estaban en la piedra alargada que hacía las veces de barra del bar, y llenaban platos con dulces y liquen crujiente con aroma a queso de nachos. Call cogió un té helado dulce, y Tamara, un vaso de algo con frambuesa y enormes lichis.

Se dirigían juntos hacia los sofás cuando Call se detuvo de golpe. Celia estaba sentada allí con Charlie y Kai, luciendo una camisa floreada y riendo. Se la veía bonita y alegre; al menos hasta que se volvió hacia él y le cambió la expresión.

—Será mejor que vayamos a otra parte —masculló Call.

—Bueno, ¡mira quién ha tenido el valor de presentarse aquí! —No lo había dicho Celia, sino un chico con camisa vaquera y bañador, pelirrojo y larguirucho.

Call creyó reconocerlo, pero no estaba seguro.

«Es Colton McCarmack —le informó la voz de Aaron—. Era amigo de Jennifer Matsui, antes de su muerte».

Call notó un nudo frío en el estómago. Había devuelto a Jen Matsui a la vida como caotizada. No había tenido elección, pero, aun así, había sido horrible.

—Mirad, no queremos líos —dijo Call, alzando una mano—. Iremos a sentarnos a otra parte.

—Mientras sigas en el Magisterium, habrá líos —replicó una chica de pelo negro y corto, con el flequillo teñido de azul, que se hallaba sentada junto a Colton.

«Yen Ly —informó Aaron—. La novia de Colton».

«¿Conoces a todo el mundo del Magisterium?», pensó Call, exasperado.

«Solo trataba de ayudarte», replicó Aaron, molesto.

—Eras amigo de Alex —soltó Colton, inclinándose hacia delante—. ¿Verdad?

—Déjalo en paz —dijo Kai, que parecía un poco incómodo. Se aclaró la garganta—. Todos lo hemos visto salvar a aquellos niños esta tarde. Y destruir la magia del caos de Alex Strike. Es evidente que está de nuestro lado.

—Demasiado evidente —replicó Colton—. Alex ya había conseguido lo que quería. Supongo que estaba todo preparado para que pareciera que Call estaba luchando contra el Devorado, cuando en realidad está compinchado con él.

—¿Compinchado con él? —repitió Jasper—. ¿Quién habla así?

—Y tú. —Colton miró a Jasper—. ¿Acaso tu padre no se unió al Maestro Joseph? Hablas como si tuviéramos alguna razón para creer que eres leal a los magos, pero, de algún modo, cuando Call escapó de la prisión, Tamara y tú estabais allí. Tamara, cuya

hermana, Kimiya, es la novia de Alex. Todo el mundo sabe que sois tan corruptos como él.

Al oír mencionar a su padre, Jasper pareció encogerse.

Call se puso furioso.

—Déjalo ya —dijo tajante—. Nadie está aliado con Alex. A Jasper ni siquiera le caigo muy bien, y estamos a punto de volver a arriesgar nuestra vida para salvaros, así que, a no ser que prefieras ocupar mi puesto y luchar contra el Devorado, quizá deberías dejarnos en paz.

—Celia tiene razón —replicó Colton—. No nos podemos fiar de ti, y cualquiera que esté contigo tampoco es de fiar. —Y dicho eso, se alejó, seguido de su novia y sus amigos.

Call y los demás regresaron a sus habitaciones, desanimados. Gwenda, que no había hablado con Colton y a la que tampoco habían acusado de malvada, seguramente sopesaba los pros y los contras de ser su amiga. Y Call estaba seguro de que las matemáticas no estaban de su lado.



## CAPÍTULO 10

Cuando Call abrió la puerta pasando la muñequera por delante, vio que el muro de piedra estaba en llamas. Por un momento se quedó perplejo, parpadeando, pero luego observó que el fuego formaba letras.

### REUNIÓN EN EL LUGAR A LA HORA DE TU EDAD.

Las letras se volvieron ceniza y desaparecieron sin dejar rastro.

—Más cosas raras —comentó Gwenda, de mal humor.

—Es un mensaje de Ravan —explicó Tamara—. Se comunica con fuego. Es su idioma. Y reconozco su letra.

—Muy bien —dijo Jasper—. Pero ¿cómo se supone que vamos a saber qué significa?

—«El lugar» seguramente es donde nos encontramos el año pasado —explicó Tamara—. En los terrenos del Magisterium.

—¿Fuera? —preguntó Gwenda.

Tamara asintió.

—Pero ¿«la hora de tu edad»? ¿Se refiere a mi cumpleaños?

—¿O a la hora en que naciste? —propuso Jasper—. ¿Cómo vas a saberlo? A no ser que llames a tu madre o algo así.

«Las dieciséis cero cero —dijo Aaron—. Hora militar».

Call iba a decir que Aaron lo había descubierto, pero rectificó a tiempo.

—A las cuatro de la tarde —fue lo que dijo—. Porque tienes dieciséis años.

—¡Solo quedan veinte minutos! —exclamó Gwenda, y volvieron a salir a toda prisa.

Call se llevó a *Estrago*. Quizá su lobo no estuviera caotizado, pero nunca se sabía cuándo se podía necesitar a un lobo leal.

Corrieron por los pasillos del Magisterium, directos hacia la Puerta de la Misión. Al salir, Call no pudo evitar pensar en la llegada de Alex a lomos del dragón, sobre todo porque, a lo lejos, estaban construyendo su estúpida torre. Había magos volando por el aire, alzando piedras con su magia y colocándolas unas encima de otras para hacer crecer la edificación. Podría ser ridículo, pero se estaba haciendo, y a Call le quedaba cada vez menos tiempo.

—Ya hemos llegado —dijo Tamara cuando se acercaron a un bosquecillo. Se subió a una roca y se sentó.

Durante un momento, esperaron, saboreando el olor de las agujas de pino. En algún punto distante, aulló un lobo, y *Estrago* alzó las orejas.

Y de repente, como una chispa saltando de las brasas, Ravan se hallaba allí.

Call nunca la había visto con tanto aspecto de chica. Estaba rodeada por una nube de llamas y su mano izquierda ardía, como un poderoso Alkahest. También los ojos estaban cargados de fuego, y del pelo le saltaban chispas. Pero, aun así, tenía forma de chica, y Call podía notar el parecido con Tamara, lo que le hacía sentir incómodo por alguna razón que no era capaz de averiguar.

«Porque la idea de que algo así le pase a Tamara te asusta —le explicó Aaron—. Porque te gusta. Porque os gustáis».

«¿TE IMPORTA CALLARTE? —pensó Call—. Eso no es asunto tuyo».

«Lo es mientras siga atrapado aquí. Además, espero que os vaya bien, aunque estéis pirados».

—Ravan. —Tamara se había puesto en pie; se daba cuenta de que era la portavoz no oficial del grupo—. Gracias por venir.

—Eres mi hermana —contestó Ravan, y le saltaron chispas de la boca al hablar—. Querías que viniera, así que he venido. ¿Qué pasa?

Tamara comenzó a jugar con su collar.

—Necesitamos saber cómo matar a un Devorado.

Ravan se echó a reír, lo que sonó como si lanzaran fuegos artificiales. Jasper retrocedió unos cuantos pasos, por miedo a que le cayeran chispas sobre la ropa.

—¿Y por qué iba a decíroslo?

—Porque, si no, Alex Strike me matará, y a Kimiya también —contestó Tamara.

Ravan dejó de reír. Se quedó flotando, ardiendo, mientras Tamara le explica lo que estaba ocurriendo: la torre en construcción, las exigencias de Alex, y que Call no era capaz de herirlo con el caos.

—No queremos hacer ningún daño a los otros Devorados —concluyó Tamara—. Pero necesitamos librarnos de Alex, Ravan. Si no, matará a un montón de gente.

—Ya veo —repuso Ravan—. Lo que os puedo decir es que nunca había oído hablar de un Devorado del caos. A los Devorados se les mata como se mata a los elementales: les destruye su elemento opuesto. A mí me podría matar un Devorado del agua, o una gran cantidad de agua mágica, que apagara mi fuego para siempre. —Esa idea pareció asustarle mucho—. Pero el caos...

—El opuesto del caos es el alma —dijo Call—. Y no existe un Devorado del alma.

—Sería imposible —repuso Ravan—. Una persona no puede ser devorada por su propia alma. Sería como ser asesinado por la vida.

—Bueno, entonces ¿qué se supone que debemos hacer? —preguntó Gwenda—. No podemos enviar almas contra él.

—No lo sé —contestó Ravan—. Os ayudaría si pudiera.

Tamara parecía un poco decepcionada.

—Si oyes a otros elementales o Devorados hablando de algún modo de acabar con Alex, por favor, por favor, dínoslo.

—Lo haré, hermanita. Cuidaos. Y si me necesitas, volveré. —Ravan se convirtió en un tornado de llamas rodando en el aire y luego se dispersó en chispas, como si nunca hubiera estado allí.

Los cuatro permanecieron sentados en silencio, con sus esperanzas frustradas. Call pensaba a toda velocidad; seguro que había alguna otra opción, alguna otra idea, alguien más a quien preguntar. *Estrago* ladró cuando una de las chispas le cayó muy cerca. Call pensó que hasta él sonaba deprimido.

A lo lejos, un aullido resonó en los bosques.

—¿Qué es eso? —preguntó Jasper, incorporándose de golpe.

—Seguramente es uno de esos lobos caotizados... —contestó Gwenda, pero no terminó la frase. Desde antes de su llegada al Magisterium, los bosques habían estado llenos de criaturas caotizadas. Hasta la Orden del Desorden se había trasladado al bosque para estudiarlas. Luego la Asamblea las había encerrado, y aunque Call las había rescatado de ese destino, ya no seguían en los bosques.

—Quizá hayan vuelto —dijo Tamara mientras saltaba de la roca y avanzaba hasta el linde del bosque.

Se oyó otro aullido mucho más cercano. Luego, en el otro extremo del claro, uno de los lobos se hizo visible. Era una silueta oscura, como si la hubieran recortado en papel, con la nada ocupando el espacio donde debería estar el cuerpo. A *Estrago* se le erizó el pelo. Eso no eran lobos caotizados; al menos, ya no. Esos habían vuelto del vacío con Alex; eran elementales del caos, mucho más poderosos y muchísimo más aterradores.



Tamara invocó fuego, una bola que iba creciendo en el centro de su palma. *Estrago* mostró los dientes y corrió hacia la bestia.

—¡No! —gritó Call mientras salía corriendo tras su lobo y tropezaba. Cayó de rodillas, dolorosamente.

Por su parte, Gwenda se colocó de un salto junto a Tamara y alzó las manos. Pequeños trozos de hierro y níquel comenzaron a abrirse paso desde la tierra cuando invocó los metales; luego salieron disparados hacia las criaturas del caos, que abandonaban el bosque partiendo en todas las direcciones.

Unos cuantos lobos aullaron y se echaron atrás cuando el metal se les clavó en el cuerpo, que era como de humo. Call pudo ver el bosque a través de las heridas.

—Poneos espalda contra espalda —gritó Jasper.

Call se levantó, dispuesto a enviar a esos elementales de nuevo al caos. Pero estaban demasiado cerca de Tamara, y temía que, si abría un portal, se la tragara a ella también, como le había pasado al Maestro Rockmaple.

*Estrago* se había colocado entre Tamara y las criaturas del caos, gruñendo amenazadoramente.

«¡Tenemos que hacer algo!», exclamó Aaron, lo cual no era particularmente alentador.

Call lanzó un rayo de energía del caos apuntando a uno de los lobos que se acercaban a ellos. El lobo desapareció, dispersado por la nada en la nada.

Dos lobos corrieron a la vez hacia Gwenda desde diferentes direcciones, y ella extrajo metal para lanzárselo a uno de ellos. Le dio a la criatura en el cuello y lo envió volando hacia atrás. Jasper se colocó frente al otro lobo y creó un fuerte vendaval que rompió las ramas de los árboles detrás de la criatura y la lanzó contra una roca.

Tamara hizo arder a los que tenía cerca, pero se iban sumando más. Call comenzó a sentir pánico mientras seguía lanzando rayos de caos contra los lobos. Gwenda extraía y lanzaba metal, lo que había formado grandes agujeros en el suelo a su alrededor, pero empezaba a parecer desesperada. Call sabía que acabaría por

quedarse sin metal. Tamara y Jasper tenían el rostro tenso de agotamiento.

Eran demasiados y estaban demasiado cerca de Tamara, Gwenda y *Estrago*. Era imposible que pudiera enviarlos a todos al vacío a tiempo. Uno se lanzó directamente hacia el cuello de Tamara; dio una dentellada, rozándole la piel.

«Los recuerdos», pensó, presa del pánico. Si tuviera los recuerdos de Constantine, sabría qué hacer. Constantine era el Enemigo de la Muerte. Él habría sabido salir de esa situación.

Call respiró hondo.

«Aaron...».

«¿Estás seguro?», preguntó Aaron.

—Ábrelos —dijo Call—. Hazlo.

«Muy bien».

Fue como si algo se rasgara dentro de su cabeza. Cayó de rodillas, apretándose las sienes. *Estrago* corrió hacia él y le puso la pata sobre el brazo; Call agachó la cabeza al recordar todo el metal y el fuego que volaban a su alrededor. La pierna le lanzaba dolorosas punzadas por todo el cuerpo, en sincronía con la presión y el dolor que sentía en la cabeza.

«Aaron —comenzó—, Aaron, sea lo que sea que estés haciendo, no creo que pueda...».

El bloqueo de su mente se abrió como una compuerta y le inundó el cerebro de imágenes. Era consciente de que *Estrago* estaba haciendo un ruido terrible, una especie de ladrido y gemido a la vez, mientras saltaba apartándose de él, acobardado.

El poder surgió en su interior, brutal y aterrador. Hizo que se levantara mientras los bosques circundantes parecían transformarse. Otros recuerdos taparon ese paisaje, recuerdos de densos bosques de árboles ancestrales, con oscuros senderos que serpenteaban entre ellos, flanqueados por feroces monstruos elementales.

Y en medio de todo eso, Call vio algo que nunca había visto: el caos, el caos viviente, en forma de líneas negras que recorrían el

mundo. El caos oscurecía el cielo y la tierra. Por eso tenía tanto poder, pensó, porque era una parte de todo, de cada una de las rocas, los árboles, las nubes: se hallaba en el interior de todas las cosas y también a su alrededor. Era el corazón rotante del mundo.

Extendió las manos como si fuera a coger algo tan simple como una copa o una piedra. Agarró los retorcidos hilos de caos que se entrecruzaban a su alrededor y los juntó, tejiendo una enorme llama, negra y rotante, entre las manos.

Oyó que los demás gritaban su nombre. No importaba. Sabía exactamente lo que tenía que hacer. En alguna parte de su mente, Aaron le gritaba. Call abrió los brazos y la llama negra estalló desde sus dedos, alcanzó a los lobos elementales y los destruyó.

Jasper se había puesto ante Gwenda y Tamara. Mientras observaban, anonadados, los lobos se convirtieron en ceniza. Un fuego negro subía y bajaba por los brazos de Call, crujiendo como un rayo.

—¡Call! —gritó Tamara—. ¡Call!

Pero él no podía oírla. Solo oía y veía fuego negro, solo recordaba arder. De hecho, los recuerdos le iban llenando la cabeza, como una marea incontrolable. Mientras se hundía en la oscuridad, se oyó gritar.



## CAPÍTULO 11

Se encontraba en una cueva de hielo. El frío cristalizaba su aliento en el aire. Lo podía notar incluso a través de su grueso abrigo, incluso a través de su magia. Sentía un terrible dolor en el pecho, y su alrededor estaba poblado de muertos y moribundos.

Si no actuaba rápido, pronto sería uno de ellos.

Había ido allí a atacar a los viejos y a los enfermos, a los débiles, porque sabía, por larga experiencia, que el miedo era más palpable que el poder. No sentía placer al atacar a los viejos, los niños y los enfermos. Sin embargo, el ganador siempre era el que menos escrúpulos tenía, y él quería ganar. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera, por muy terrible que resultara, y también estaba preparado para hacerlo él mismo, sin confiárselo a ninguno de sus secuaces.

No había esperado que un grupo de gente tan débil y enferma opusiera tanta resistencia. Los caotizados que le habían

acompañado habían sido destruidos, sufriendo su segunda muerte, y él mismo estaba herido. Gravemente herido.

El cuerpo le fallaba, el corazón cada vez le palpitaba más despacio, los pulmones se ahogaban en su propia sangre. Miró alrededor en busca de un nuevo receptáculo. ¿Sarah Hunt, que le había lanzado los cuchillos mágicos que se le habían clavado en el pecho? Había conseguido devolverle unos cuantos, y en ese momento, Sarah se hallaba tumbada, apoyada en la pared, herida de muerte, observándolo con unos ojos que se iban apagando. No, no seguiría viva mucho tiempo. Echó una ojeada a unos cuantos abuelos que protegían a los niños con sus cuerpos. Muertos, todos muertos.

Se oyó un llanto roto y sin fuerza, y vio que un bebé seguía con vida entre los brazos de un hombre: Declan Novak, el hermano de Sarah. Declan había caído contra la pared cerca de su hermana. El mago hizo un cálculo rápido. No tenía ni idea de si su poder de makaris lo acompañaría dentro del niño. Siempre se había preocupado por poseer el cuerpo de un makaris; si su poder no iba con él, entonces tal vez encontraría finalmente la muerte.

Con un paso largo y doloroso, se acercó hacia el bebé, sin prestar atención a los débiles gritos de Sarah para que se alejara. El bebé lloraba, lo que era buena señal. Seguía fuerte, un superviviente, con una mata de pelo negro y puños que agitaba enfadado.

Un bebé. Siendo tan pequeño, no sería capaz de usar la magia o abandonar la cueva. Estaría indefenso. Tendría que arriesgarse y confiar en que apareciera alguien. O peor, temía que esa mente, aún sin formar, no pudiera soportar el enorme conjunto de sus recuerdos. Pero el cuerpo de Constantine estaba muriendo rápido. No duraría lo suficiente para encontrar a otro candidato.

Tendría que encerrar sus recuerdos antes de colocarlos en el interior de esa mente vulnerable, decidió rápidamente. En cierto modo, era una buena solución; solo cuando fuera un mago lo suficientemente fuerte y sabio para encontrar esos recuerdos

encerrados dentro de su cabeza, sería capaz de liberarlos. Recibiría toda la sabiduría que antes había poseído solo cuando estuviera preparado. Después de todo, sin sus recuerdos, ¿cómo podría regresar a la gloria?

Y él, Maugris, la Guadaña de las Almas, el Devorador de Hombres, el Enemigo de la Muerte, estaba destinado a la gloria. A la gloria eterna, por los siglos de los siglos.

Respiró hondo —su último aliento en ese cuerpo roto— y su alma se abrió paso a través de lo que quedaba de Constantine Madden y penetró en el bebé que había sido Callum Hunt.

«Este no es mi fin», se prometió.



Call se despertó gritando y siguió gritando. Alguien lo había atado a la cama. Había marcas de quemaduras en la pared, marcas que no recordaba haber hecho. Claro que tampoco recordaba esas paredes, ni la habitación.

—¿Call? —Era la voz de Jasper, y, por un momento, se tranquilizó. Ya sabía dónde estaba. O, al menos, eso pensaba antes de que la habitación se inclinara y todo se alejara.

Entonces le pareció encontrarse en mil lugares al mismo tiempo, con muchísima gente pasando ante él, tratando de hablarle. Mil voces gritando. Magos con las túnicas de la Asamblea, hombres y mujeres con la piel quemada y ennegrecida, que agitaban los puños.

—¡Te derroté en Praga! —le gritó Call a uno de ellos—. ¡Fui yo, y volveré a vencerte!

—Esto no pinta nada bien —dijo la voz de Jasper.

Call se halló de nuevo en su propio cuerpo. Tenía las muñecas atadas a los postes de una gran cama, cuyo dosel mostraba marcas de pinchazos, agua y humo. Le dolían los hombros.

—Soy yo —dijo Call. Y notó su voz ronca y la garganta rasposa—. ¿Dónde está Aaron?

«Estoy aquí —contestó la voz de Aaron en su cabeza—. Call, tienes que espabilarte. Hacer retroceder los recuerdos, volver a emparedarlos. Tenías razón...».

Jasper parecía preocupado. Call no sabía por qué lo tenía al lado de la cama.

—Aaron está muerto —contestó—. ¡Tamara! ¡Está hablando!

Una chica entró corriendo en la habitación, con el cabello agitándose en el aire. Piel oscura, cabello negro, guapa. Call la conocía, pero su recuerdo se le iba rápidamente de la cabeza. Se aferró a las cuerdas que le sujetaban las muñecas, tratando de seguir allí.

—¿Qué está pasando ahora? —preguntó—. ¿Qué ha pasado antes?

La chica... Tamara. Tamara se acercó a la cama con los ojos llenos de lágrimas.

—Call, ¿qué es lo último que recuerdas?

—La cueva de hielo —contestó él, y, justo antes de perder la consciencia, vio que ambos lo miraban horrorizados.



Se encontraba en una enorme sala cuyas paredes eran de roca. Constantine Madden iba de un lado a otro ante un gran estrado de granito, con su habitual máscara cubriéndole la cara destrozada. Sobre el estrado había una tumba, y en la tumba yacía un cuerpo. Maugris lo reconoció con facilidad; conocía muy bien a los Madden. Era Jericho, el hermano de Constantine.

Jericho se hallaba muerto e inmóvil, pero Constantine era puro movimiento. Iba a toda prisa de un extremo de la sala al otro. La máscara de plata que le cubría el rostro destellaba bajo la luz. Una y otra vez le hablaba a su hermano, le decía que lo haría regresar, que no debería haber muerto, que el Magisterium pagaría por ello. Que la misma muerte sería destruida.

Maugris lo miró con interés. Entendía el odio a la muerte. Él mismo había pasado siglos y siglos evitándola. Se miró los elegantes dedos de su propia mano, ya marcados con arrugas; en esta ocasión se trataba de la mano de una mujer, y sabía que fácilmente le podían quedar tres décadas o más en ese cuerpo. Por su parte, tal y como estaba en ese momento, Constantine quizá no durara tanto. Su ambición y su ansia lo consumirían, porque le faltaba estrategia.

El Maestro Joseph había hecho un buen trabajo apartándolo del Magisterium, de la gente que le quería. Maugris se permitió un momento de placer y de orgullo ante lo bien que había sabido llevar a ese mago. Un hombre lo suficientemente roto para ser manipulable, tan roto como para romper a ese niño, había sido una excelente elección como aprendiz. Y, sin embargo, él nunca había sospechado que su Maestra hiciera nada más que apoyar su ambición. Sin duda nunca había sospechado que ella pudiera ser una makaris. La boca de la mujer cuyo cuerpo ocupaba se curvó en una sonrisa.

La última vez que había ascendido al poder, la última vez que había intentado comerse un pedazo del mundo de los magos, había sido hacía tanto tiempo que ahora nadie le relacionaría con aquellas personas. Ahí residía el valor de no hacerse notar durante unas cuantas generaciones: le daba tiempo al mundo para que olvidara. Pero ese nuevo makaris había hecho algunos experimentos muy interesantes. No había logrado resucitar a los muertos, pero le había dado a Maugris una idea para hacerse con un ejército. Un ejército imparable.

Era el momento de pasar a ser Constantine Madden.

«Todo esto ha sido y volverá a ser».

Call volvió a abrir los ojos. Seguía en la cama, en la habitación de piedra. Ya no había marcas de quemaduras en la pared, pero no



estaba seguro de si antes se las había imaginado o si las habrían limpiado. Oyó aullar; ¿*Estrago*? ¿Lobos del caos?

—¿Call? —le llamo una voz suave. Volvió la cabeza hacia ella—. ¿Recuerdas ahora quién eres?

Ahí estaba Celia, con su fino cabello rubio sujeto por una diadema, el rostro tan pálido que lo que más se veía era la rojez de sus ojos. Call la miró frunciendo el ceño, intentando situarla en sus recuerdos. Ella no le tenía aprecio.

¿Acaso habría arrasado las torres y quemado las tierras? ¿Asesinado a su familia? ¿Escupido en su sopa? Había tantos crímenes que le pasaban por la cabeza...

—¿Call? —repitió ella. Se dio cuenta de que no le había contestado.

—Tú... —graznó, mientras alzaba un dedo acusador hacia ella. Ella también le había hecho algo, de eso sí que se acordaba.

—Lo siento mucho —dijo ella—. Sé que debes de estar preguntándote cómo es que estoy aquí cuando he sido tan odiosa contigo, porque es verdad que lo he sido. Tenía miedo. Tenía familia aquí, en el Magisterium, cuando tu padre y tú..., quiero decir, no tú realmente, sino él. —Calló un momento, porque se estaba haciendo un lío con las palabras—. Cuando Constantine estaba en la escuela, nadie pensó que se convertiría en el Enemigo de la Muerte. Todos sabían que se tenía muy creído lo de ser el makaris, y que pensaba que podía hacer cosas que nadie más podía hacer, pero eso no parecía tan malo. Hasta que lo fue. Una gran parte de mi familia murió en el Guerra de los Magos y, cuando era pequeña, me insistieron una y otra vez en lo valiente que debía ser para enfrentarme a Constantine, porque, si alguien lo hubiera hecho, nada de esto habría pasado.

«Asesiné a su familia —pensó Call—. Eso fue lo que le hice».

«Call —dijo una voz en su cabeza; una voz que le resultaba familiar—. Call, tienes que centrarte. Aleja esos recuerdos».

—Sé que no es una excusa —continuó Celia—. Pero sí una explicación, y quería dártela. Me he equivocado y lo siento.

—¿Por qué ahora? —quiso saber él. ¿Por qué había decidido perdonarle cuando tenía razón desde el principio? No se podía confiar en él. Ni siquiera estaba seguro de ser Call.

—Casi moriste para salvar a Jasper —explicó ella—. Constantine no hubiera hecho algo así. Quizá habría hecho algunas de las otras cosas para quedar bien, pero no se me ocurre más razón para explicar lo que hiciste que la amistad que sientes por Jasper, Tamara y Gwenda. Y entonces recordé cuando solíamos pasear a *Estrago* juntos y lo horrible que sería que todos pensarán mal de mí por algo que yo no pudiera controlar. Y luego pensé que no era justo que casi tuvieras que morir para que yo pensara bien de ti. He oído que no estás bien y me preguntaba, si las cosas hubieran sido diferentes, si no nos... si no hubiera...

—No ha sido por eso —comenzó Call, pero la habitación se inclinó de nuevo y se le llenaron los pulmones de humo. Se hallaba en la cubierta de un barco y veía a lo lejos toda una flota en llamas. Contempló a los magos saltando al agua para evitar quemarse, pero, una vez ahí, unos tentáculos se alzaron de las profundidades para arrastrarlos al fondo. Tenía que avisarla. A la chica. La chica que lo sentía.

—Hay elementales —le dijo con urgencia—. Bajo las aguas. Esperando. Te ahogarán si se lo permites.

—Oh, Call —la oyó decir, con un hilillo de voz roto por los sollozos.



Se hallaba tumbado en un estrecho camastro de madera. Sabía que se estaba muriendo. Respiraba con dificultad y sentía como si le ardiera el cuerpo.

Eso no era lo que había planeado para su vida. Había sido un alumno brillante en el mejor Magisterium del imperio. Su mentor, el Maestro Janusz, había sido el Maestro más sabio y poderoso de

todos, y lo había escogido el primero en la Prueba de Hierro. Era un makaris que podía dar forma al caos. Le habían prometido una vida de poder y riquezas.

Y entonces había comenzado la tos. Al principio, no le había dado importancia; la consideraba el producto del agotamiento y de las largas noches trabajando en el laboratorio que compartía con su Maestro. Pero luego, una noche, la tos lo había hecho doblarse por la mitad y había visto las primeras salpicaduras de sangre en el suelo.

El Maestro Janusz le había llevado a los mejores magos de la tierra para sanarlo, pero no pudieron hacer nada. Su poder había ido desapareciendo junto con su salud, y se había convertido en un prisionero en su buhardilla; comía solo cuando su casera o el Maestro Janusz le llevaban comida, y permanecía esperando, furioso, lo inevitable.

Al menos hasta el día en que se dio cuenta.

Siempre lo había sabido. El opuesto del caos era el alma. Pero nunca había reflexionado sobre qué significaba eso. Desde el día en que se le ocurrió, había permanecido en su lecho, considerando las posibilidades, desarrollando un método, esperando la oportunidad...

La puerta de la buhardilla se abrió. Era el Maestro Janusz. Aún era un hombre joven, y se acercó rápidamente a la cama del moribundo. El hombre de la cama odiaba a su antiguo maestro. ¿Cómo se atrevía a tener salud y un futuro cuando ya los había tenido durante tantos años?

Se exasperó mientras el Maestro Janusz le arreglaba las almohadas y empleaba la magia de fuego para encender la vela que había junto a la cama. Estaba oscureciendo. Oyó al mago decir banalidades sobre que pronto estaría bien, en cuanto llegara el buen tiempo.

—Tonterías —soltó, cuando no lo pudo aguantar más—. Voy a morir. Lo sabes igual que yo.

El Maestro Janusz se detuvo, apesadumbrado.

—Pobre Maugris —dijo—. Es una pena. Podrías haber sido un gran makaris. Uno de los mejores que el mundo hubiera conocido. Es una verdadera lástima que tengas que morir tan joven.

La rabia se apoderó de Maugris. No quería compasión.

—¡Habría sido el mejor makaris de la historia! —rugió—. ¡El mundo hubiera temblado ante mí!

Entonces fue cuando el Maestro Janusz cometió su error. Se acercó al hombre de la cama con los brazos extendidos.

—Debes tranquilizarte, muchacho...

El mago agonizante se lanzó contra él con todas sus fuerzas, no las del cuerpo, sino las de la mente. La idea que le había estado ardiendo en la cabeza se hizo realidad. Era un manipulador del caos. ¿Por qué no iba a poder manipular también el alma?

Se hundió en el interior del Maestro Janusz con manos hechas de humo y nada, y vio que al otro hombre se le salían los ojos de las órbitas. Con todas sus fuerzas, liberó su alma de sus ataduras y la empujó; la empujó hacia el interior del Maestro Janusz. Oyó el débil grito del mago cuando su propia alma fue arrojada a la nada...

Un instante después la puerta se abrió de golpe. La casera, al oír el alboroto, había subido corriendo. Contempló una escena que ya se esperaba: su joven inquilino había muerto, tendido en la cama con el rostro blanco. El Maestro Janusz se hallaba en el centro de la habitación con una expresión anonadada en el rostro.

—El chico —preguntó ella—. ¿Ha muerto?

El Maestro hizo algo muy raro. Sonrió de oreja a oreja.

—Sí —contestó—. Está muerto. Pero yo viviré para siempre.



—Aaron. —Era la voz de Tamara—. Aaron, sé que estás ahí.

Call abrió los ojos. Le pesaban los párpados. Celia ya se había ido, suponiendo que hubiera estado alguna vez. Tamara, sentada junto a la cama, le cogía una mano.

Pero era raro que le estuviera llamando Aaron. Estaba casi seguro de que él no era Aaron. Aunque tampoco estaba totalmente seguro de no serlo. Los recuerdos se le arremolinaban en la cabeza: un cachorro de lobo caotizado; una torre en llamas; un monstruo hecho de metal; una sala llena de magos, donde él era uno más. Uno a uno, los había ido matando a todos para que nunca pudieran volverse contra él. Los observaba caer y reía...

—Era la Guadaña de Almas —graznó—. Era el Kestrel el Encapuchado, Ludmilla de Praga, la Plaga de Luxemburgo, el Comandante del Vacío. Yo fui el que arrasó las torres del mundo, el que separó los mares. ¡La muerte morirá antes que yo!

Tamara hizo un ruido ahogado.

—Aaron —llamó—. Sé que estás ahí. Estoy segura de que es Constantine quien hace esto de algún modo. Está enloqueciendo a Call.

«No es Constantine». Las palabras se arremolinaron en la mente de Call. No sabía muy bien qué querían decir, pero estaban cargadas de urgencia. De repente, notó que le salían palabras de la boca.

—No es Constantine —jadeó—. Hay otro mago. Uno que es aún más malvado y mucho más antiguo. Sus recuerdos estaban bloqueados, pero los desbloqueamos y ahora se están comiendo el cerebro de Call.

Tamara lo miró con ojos muy abiertos.

—Aaron —dijo como en un suspiro. Se inclinó hacia delante—. Aaron, tienes que salvar a Call. ¡Tienes que volver a encerrar esos recuerdos! ¡Emparédalos! Y Call..., tú tienes que ayudarle. Tienes que permitirle que lo haga.

Por un momento, se sintió como si hubiera vuelto a caer en el torbellino de recuerdos, como si el tiempo volviera a escurrirse e irse de lado, pero entonces le inundó otra sensación, como la de un trapo mojado sobre la frente. Era la misma sensación que cuando alguien ha encontrado tu habitación hecha un desastre y ha puesto

orden mientras no estabas, pero haciéndolo bien, con todo en el lugar donde tú lo hubieras puesto.

—¿Aaron? —llamó Call. De nuevo, fue capaz de separarse del torrente.

«Estoy aquí —dijo la voz de Aaron—. ¿Sabes quién eres?».

—Sí —contestó Call.

Desde los pies de la cama, Tamara lo observaba preocupada, como reservándose la decisión de si oír a Call hablar consigo mismo era bueno o malo.

«¿Y quién eres exactamente?», preguntó Aaron, como si estuviera tratando de convencer a un gato.

—Callum Hunt. —Miró a Tamara—. Ya estoy bien. Sé que soy Callum Hunt. Recuerdo..., bueno, recuerdo muchas cosas.

Tamara soltó todo el aire de golpe y se dejó caer a los pies de la cama.

—¿Cuánto tiempo he estado... así? —Le rugió el estómago.

La cascada de recuerdos le había parecido instantánea e infinita al mismo tiempo. Aún los podía notar, en el límite de su conciencia, susurrando.

—Cinco días —le contestó Tamara, y Call la miró boquiabierto.

—¿Días? —repitió.

—Déjame que te traiga algo de comer —dijo ella, y se levantó.

Él la cogió por la muñeca antes de que se alejara.

—Tengo que contarte algunas cosas —le informó rápidamente.

Ella le dedicó una suave sonrisa que no cuadraba con su acostumbrada fiereza.

—Después —replicó.

Él estaba demasiado agotado para protestar. La observó salir por la puerta, y luego se fue incorporando lenta y dolorosamente hasta quedar sentado. Le dolía todo el cuerpo, en especial la pierna.

En sus recuerdos, en esos otros cuerpos, la pierna no le había dolido. Pero había echado de menos esa sensación. Había sido horrible ser ese mago malvado que eludía la muerte. Y verse atrapado por esos recuerdos había sido como estar ahogándose,

tratando de recuperar la consciencia del mismo modo que si fuera aire.

«¿Te encuentras bien? —le preguntó a Aaron. Y, luego, porque estaban solos y lo quería saber—: ¿Estás asustado?».

«Sí —contestó Aaron. Por un largo instante solo hubo silencio en la cabeza de Call—. Sí».

Tamara volvió con platos de liquen y refrescos. Gwenda y Jasper la seguían, con aún más comida, pizza y sándwiches, y lo dejaron todo donde Call pudiera cogerlo con facilidad sin levantarse de la cama. La colcha no tardó en estar cubierta de bandejas de comida.

Tamara volvió a la puerta, mientras Gwenda y Jasper se sentaban cerca de Call.

—Vale, se supone que debemos decirle al Maestro Rufus que estás despierto, pero queríamos hablar contigo primero —dijo Tamara en voz baja. Luego chasqueó los dedos—. Y hay alguien más que quiere verte.

*Estrago* entró trotando. Parecía un poco apagado y miró a Call con nerviosismo. Para ser un lobo, tenía una buena mirada de desconfianza.

—Ey, chico —le llamó Call con voz ronca, y recordó cómo *Estrago* se había apartado, temeroso de él, en el bosque—. Hola, *Estrago*.

El lobo se acercó a él y le olisqueó la mano. Aparentemente satisfecho, se tumbó en el suelo y alzó las patas al aire.

—El Maestro Rufus cree que enfermaste por usar demasiada magia de caos —explicó Jasper, aunque no parecía estar muy convencido. Seguramente porque le había oído delirar sobre quemar ciudades.

—No fue eso —contestó Call. Nadie pareció sorprendido. Gwenda cogió un sándwich y mordisqueó la punta—. Mirad, tengo que deciros algo y os prometo que será el último secreto que voy a tener. Si parece que algún otro secreto se me acerca, lo esquivaré y lo espantaré para evitarlo.

«Mentiroso», dijo una parte de él. Una parte de él que no era Aaron, pero que no podía ocultarle a Aaron. Después de todo, Gwenda y Jasper aún no sabían que había dos almas en su interior. Pero al menos se lo había dicho a Tamara. Al menos no iba a tener secretos para ella.

—Vaaale —dijo Gwenda lentamente—. Entonces ¿te acuerdas de ser Constantine?

—Más o menos —respondió Call—. Pero también recuerdo ser otros.

—¿Como en vidas pasadas? —preguntó Jasper.

—Justo como en vidas pasadas si en vez de reencarnaciones me imagináis como un mago que sabe cómo sacar las almas de la gente para poner la suya dentro.

—¿Como ir saltando de cuerpo en cuerpo? —inquirió Gwenda, arrugando la nariz.

—Exactamente —asintió Call—. Ahora imaginad que este mago solo salta de makaris a makaris porque no quiere perder su poder del caos. Imaginaos a él, a mí, sacando el alma de los makaris a lo largo del tiempo y luego convirtiéndose en diferentes Señores del Mal.

—¿Cuántos? —quiso saber Tamara.

Gwenda se levantó y se dirigió hacia la puerta. Call suspiro. Supuso que debía habérselo esperado.

—¿Adónde vas? —le preguntó Jasper, y Call deseó que se callara, que no hiciera decir a Gwenda cualquier horror que estuviera pensando, porque prefería no oírlo. Pero no le dijo a Jasper que se callara porque no quería que él también se fuera. Y, sobre todo, no quería que Tamara los siguiera.

Pero Gwenda volvió al cabo de un momento con un libro grande titulado *Makaris a lo largo de los tiempos*.

—Veamos —dijo, y los ojos le brillaron—. ¿Fuiste el Monstruo de Morvonia?

—Lo cierto es que creo que no —contestó Call—. No me suena para nada.



—¿Kestrel el Encapuchado? —preguntó Gwenda.

—Ese sí —respondió—. Por desgracia.

Gwenda alzó las cejas. Tamara se inclinó para ver la página que estaba leyendo.

—¡Aggg! —exclamó—. Aquí dice que empleaba su caos para batir las entrañas de sus víctimas. Asqueroso. Como un batidor de huevos mágico.

—¿Te importa? —replicó Jasper—. Estoy comiendo liquen.

—¿Y Ludmilla de Praga? —continuó Gwenda.

Call asintió.

—Sin duda lo fui.

—Envió una plaga de escarabajos contra los hombres de Praga cuando uno de ellos se divorció de una amiga suya. —Gwenda rio por lo bajo.

—No muy digno de Señor del Mal —comentó Jasper. Miró a Call—. Oye —comenzó—, hemos pasado por mucho juntos. Tanto que no puedo decir que me importe qué magos malvados fueras en tu vida anterior.

—Vidas —le corrigió Call triste.

—Es agua pasada —insistió Jasper.

—Pero fuiste Constantine Madden, ¿verdad? —preguntó Gwenda.

—Lo fui, pero es complicado. Parece que el mago malvado original, Maugris, buscó a Constantine después de que este se convirtiera en el Enemigo de la Muerte. Se metió en su cuerpo y nadie notó la diferencia, seguramente porque Constantine ya era bastante malvado. Pero eso explica por qué nunca trató de resucitar a Jericho y simplemente lo trasladó a un mausoleo: a Maugris no le importaba realmente.

Tamara se estremeció.

—No puedo imaginarme cómo sería que me lanzaran de golpe todos los recuerdos de otra persona. No me sorprende que estuvieras tan desorientado.

«Dímelo a mí», exclamó Aaron.

Call asintió. Se guardó mucho de decir que, si su alma se había originado en alguien llamado Maugris, entonces esos recuerdos no eran realmente de otra persona. Era suyos, aunque él deseara que no fuera así.

—Pero hay una cosa —continuó—. Llevo..., quiero decir, Maugris lleva muchísimo tiempo por aquí. Y ha visto un montón de cosas. Por ejemplo, otro Devorado del caos.

Por un momento, se quedaron todos callados, mirándolo.

—¿De verdad? —preguntó Gwenda—. ¿Lo dices en serio? ¿Maugris vio un Devorado del caos?

Call asintió con la cabeza.

—¿Sabes cómo detener a Alex? —quiso saber Tamara, que parecía estar conteniendo la respiración.

—Hay una manera —contestó Call—. Maugris consiguió purificar el caos y sacárselo al Devorado contra el que luchó. Según las reglas de la alquimia, hacen falta cuatro Devorados, uno de cada elemento, para lograrlo. Y si sacamos el caos del cuerpo de Alex, entonces podremos luchar contra él como contra cualquiera.

«Ojalá pudiera luchar contra él —dijo Aaron—. Ojalá pudiera darle un puñetazo en toda la cara».

—O sea, que viviría, ¿no? —preguntó Tamara.

Call no sabía si eso la decepcionaba o no. Asintió.

—Seguramente, si hubiera sido un Devorado durante más tiempo, no quedaría mucho de él, pero creo que será lo bastante fuerte para ser peligroso. Recordad que sigue siendo un makaris.

—Así que él también podría hacerlo —dijo Jasper—. Podría sacar el alma de alguien. Podría saltar a otro cuerpo cuando estuviera muriendo, igual que Maugris.

A Call se le ocurrió algo.

—Pero él no sabe que puede hacerlo.

—Vamos, Call. Piensa como un Señor del Mal —replicó Jasper—. Alex sabe lo que hizo Constantine Madden. Sabe cómo sobrevivió a la Masacre Fría.

Tamara asintió.

—Jasper tiene razón. Tendremos que ser extremadamente cuidadosos.

Una idea comenzaba a formarse en la mente de Call.

—Al menos, tenemos un plan —dijo Gwenda mientras cogía un refresco y le daba un trago—. Ya pensaba que nunca se nos iba a ocurrir nada. Lo cierto es que todo esto es muy emocionante.

Jasper meneó la cabeza, como si lamentara la desaparición de la Gwenda sensata de antes.



Call pensaba que, tras haber estado tanto tiempo inconsciente y delirando, no sería capaz de dormir, pero resultó que después de comer y charlar, se sentía agotado. Las visiones de esos días habían sido cualquier cosa menos relajantes. Por suerte, esa noche no recordó sus sueños.

Cuando sonó el despertador, se levantó, se estiró, le hizo cosquillas a *Estrago* y fue a la sala común. El Maestro Rufus estaba allí, esperándolo.

—Callum —comenzó este—. Es un alivio verte de pie y en marcha. Temíamos por ti, algo que comienza a ser muy habitual últimamente. Desde la muerte de Aaron estás corriendo demasiados riesgos. ¿Cuántas veces has empleado tu magia más allá de tus fuerzas? ¿Cuántas veces has hecho magia que sería peligrosa incluso con un contrapeso, que no tienes?

Call bajó la mirada.

—Elige otro contrapeso y hazlo pronto. No, no será Aaron, pero te mantendrá con vida.

Call siguió sin decir nada.

El Maestro Rufus soltó un largo suspiro.

—No puedo decirte que tengas cuidado cuando la Asamblea te está enviando a luchar contra Alex. Pero si esto tiene algo que ver con sentirte culpable...

—No —respondió Call rápidamente.

El Maestro Rufus le puso la mano en el hombro.

—La muerte de Aaron no fue culpa tuya.

Call asintió, incómodo.

«Tiene razón», aseguró Aaron.

—Nada de esto es culpa tuya, Call. Sería como si te sintieras culpable por haber nacido. —El Maestro Rufus aguardó un momento, como si esperara una respuesta de Call, que no llegó—. He estado pensando. Sobre mi propia situación. Sobre cómo a veces hay que enfrentarse a cosas incómodas.

—¿Se lo vas a decir a tu marido? —preguntó Call—. ¿Que eres mago?

El profesor sonrió sin convicción.

—Si salimos de esta, sí.

Llamaron a la puerta y el Maestro Rufus fue a abrir. Al otro lado estaba Alastair.

Se le veía exhausto y ojeroso, como si no hubiera dormido en días. Tenía el pelo alborotado.

—¡Call! —exclamó mientras pasaba ante su antiguo maestro. Llegó hasta él y lo abrazó con fuerza.

—Tu padre ha estado muy preocupado por ti —explicó el Maestro Rufus, cuando Alastair dejó de darle palmaditas a Call en la espalda y se apartó para mirarlo—. Se ha quedado en el Magisterium desde que te pusiste enfermo.

—Me pareció oír tu voz —dijo Call, recordando las palabras de su padre mezcladas con la marea de otros recuerdos y visitantes.

Alastair se aclaró la garganta.

—Rufus, ¿puedo quedarme un momento a solas con Call?

—Desde luego.

Educado, como siempre, Rufus salió.

Alastair y Call se sentaron en el sofá, mientras *Estrago* se les acercaba trotando a investigar. Después de olisquear la pernera de Alastair, se hizo un ovillo y se quedó dormido sobre su zapato.

—Bueno, Call —comenzó Alastair—, está claro que esto no ha sido una gripe ni nada así. ¿Qué te ha pasado? Comenzaste a gritar algo sobre arrasar ciudades y marchar al frente de ejércitos. ¿Tiene algo que ver con el Enemigo?

«Ten cuidado con lo que le dices —advirtió Aaron, cuando Call abrió la boca—. Si cree que estás en peligro, meterá a todo el Magisterium en el asunto».

Call sabía que Aaron tenía razón, así que contó una versión retocada de lo ocurrido: que los recuerdos de Constantine habían estado emparedados en su cabeza, que los había soltado cuando lo creyó necesario para salvar a sus amigos, y que le habían superado hasta que había conseguido controlarlos y volver a encerrarlos.

Alastair estaba listo para ponerse en pie.

—No me gusta cómo suena eso. Deberíamos decírselo al Maestro Rufus; sin duda los magos podrán hacer algo para asegurarse de que esos recuerdos o se queden donde están o se borren para siempre.

«No —le advirtió Aaron—. Si comienzan a meter mano por aquí dentro, no sabemos lo que podría ocurrir».

—Espera —pidió Call a su padre—. ¿Qué te han dicho? ¿Te han hablado de Alex Strike?

—¿El chico que ha vuelto como un Devorado del caos? Sí, pero...

—¿Te han dicho que confían en que descubra cómo derrotarlo?

Alastair se volvió a hundir en el sofá.

—¿Tú? Pero si solo eres un chiquillo.

—Soy el único makaris que tienen. Y nadie sabe cómo derrotar a un Devorado del caos.

Alastair lo miró horrorizado.

—Tengo el coche aparcado fuera —dijo en voz baja—. Podríamos escaparnos, Call. No tienes por qué quedarte aquí. Nos podríamos perder fácilmente en el mundo normal.

—Pero entonces moriría un montón de gente.

—Pero tú vivirías —replicó Alastair, con una mirada cargada de intensidad.

A Call le gustó saber que su padre ponía su vida por encima de todo los demás. Pero lo único que haría que fuera diferente de Constantine o de Maugris sería que él no lo hiciera.

De nuevo recordó el Quincunce, la línea que había añadido: «Call quiere vivir». Una y otra vez había pensado en ella, avergonzado. En ese momento, esa frase le llegaba directa al núcleo del terrible deseo que lo había convertido en un monstruo.

Vale, sí, en varios monstruos diferentes.

«Call —intervino Aaron—. Todo el mundo quiere vivir».

Y todo el mundo merecía vivir. Incluso si para eso Call debía arriesgar su vida.

—Tengo que intentarlo —le dijo a su padre—. Hasta tengo un plan. Solo que... necesito que me ayuden algunos Devorados. Conozco a una Devorada del fuego, pero necesito a otros tres, de los otros tres elementos.

—¿Y qué harán? —preguntó Alastair.

Call negó con la cabeza.

—Lo *desdevorarán*. Lo regurgitarán. Harán que el caos lo vomite. Y luego acabarán corriendo el mismo peligro que correremos todos, luchando contra un furioso makaris regurgitado.

Alastair parpadeó un par de veces. Finalmente, asintió con la cabeza.

—Vale, conozco un tipo.

—¿Sí?

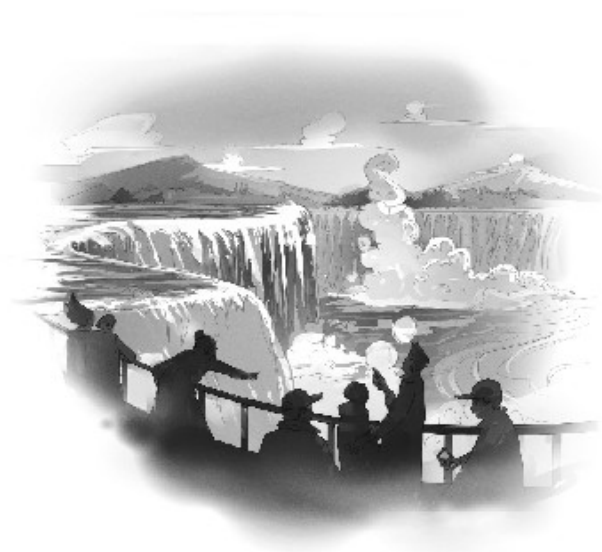
—En Niágara. Estuvo en la guerra. Fue entonces cuando se convirtió en un Devorado. Podría escucharnos, si se lo explicamos bien.

—¿Nos llevas? —preguntó Call.

—¿Qué? —exclamó Alastair—. ¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

Call se puso en pie y fue a despertar a sus amigos, golpeando con fuerza en sus puertas.



## CAPÍTULO 12

Una hora después, el Phantom volaba por la interestatal con *Estrago* sacando la cabeza por la ventanilla, su lengua rosa azotada por la brisa. Call se hallaba en el asiento delantero con el lobo, mientras que Tamara, Gwenda y Jasper iban sentados detrás.

Habían parado para comprar comida rápida y habían acabado con una caja llena de trozos de pollo y varios refrescos, que se balanceaban sobre sus regazos.

—Mejor incluso que el liquen —había dicho Jasper, feliz, mientras roía un muslo.

La radio sintonizaba una emisora de jazz. Call echó la cabeza hacia atrás y comenzó a pensar en el futuro. En cuanto derrotaran a Alex, le pediría una cita a Tamara, una cita de verdad. A ella le gustaba el sushi, así que irían a un buen japonés. Luego, tal vez, al cine o a dar un paseo y comer un helado. Fue dejándose llevar por

la imaginación hasta que se dio cuenta de que no estaba solo en su cabeza. Rápidamente, trató de pensar en otra cosa.

Le gustaría conseguir una nueva correa para *Estrago*. Sí, eso estaba bien.

«Y para mí un cuerpo nuevo —le recordó Aaron—. Especialmente, si quieres volver a besar a Tamara sin que yo esté aquí».

Call suspiró.

—Sois todos muy buenos chicos. Gracias por ayudar a Callum —comentó Alastair, lo que hizo que Call se sintiera humillado y también como si tuviera siete años.

Tamara sonrió de medio lado.

—Alguien tiene que ir con él para convencerlo de que no se meta en líos.

—Sí, es verdad. Es una pena que ese alguien no seas tú —repuso Jasper.

Gwenda le dio en el hombro.

—¿Por qué eres así?

—La gente me ama —replicó Jasper.

—¿Y cómo está Celia? —le picó Gwenda. Jasper frunció el ceño —. ¿Aún está enfadada porque eres amigo de Call?

—Ya lo arreglaremos —aseguró Jasper.

—He oído que tampoco le gustó nada que tu padre fuera a prisión por ayudar al Enemigo —continuó Gwenda, y se encogió de hombros cuando todos la miraron mal—. ¿Qué? La gente lo dice.

—Lo arreglaremos todo entre nosotros —insistió Jasper apretando los labios.

—Me parece que no me gusta esta Celia —opinó Alastair.

—Pues vino a verme cuando estaba enfermo —informó Call—. Y se disculpó.

—¿De verdad? —exclamó Tamara, sorprendida.

Jasper pareció aliviado.

—Os lo dije.

Gwenda se rio entre dientes.



—Se disculpó con Call —remarcó—. Quizá quiera salir con él.

—Pero... —comenzó Tamara.

Jasper la miró con ojos inocentes.

—Pero ¿qué?

—Nada. —Tamara se cruzó de brazos y miró por la ventanilla.

Estaba oscureciendo y no había casi nadie en la carretera. El GPS les indicaba que se hallaban en Pensilvania, cerca del Parque Nacional Allegheny. Los árboles que flanqueaban la ruta eran altos y puntiagudos.

Alastair lanzó una burlona mirada de reojo a Call, pero no dijo nada, y la conversación derivó hacia otros temas. Call permaneció en silencio, pensando en lo que les esperaba.

Pasada otra media hora, Alastair paró en un motel de carretera que tenía restaurante. Luces de neón prometían tarta de ciruelas y bistec con queso. Call y los demás siguieron a Alastair al interior; reservó habitaciones separadas para todos y les dijo que se reunieran en tres cuartos de hora en el restaurante.

Call se estaba poniendo una camisa limpia y tratando de dominar su pelo rebelde cuando llamaron a la puerta de su habitación.

Era Jasper, con una camiseta que decía: LOS UNICORNIOS FURIOSOS TAMBIÉN NECESITAN AMOR.

Call lo miró sorprendido.

—¿Qué quieres?

Jasper entró y se sentó en la cama. Call suspiró. Jasper no era de los que esperaban a que les invitaran a entrar.

—¿Es sobre Celia? —preguntó Call.

—No —contestó Jasper, un poco después—. Es sobre mi padre.

—¿Tu padre?

«Su padre sigue en el Panopticon con todos los que se unieron al Maestro Joseph», le recordó Aaron amablemente.

«¡Ya lo sé! —pensó Call—. Lo que no sé es por qué quiere hablar conmigo de él».

«Igual cree que tienes cara de tipo compasivo».

Jasper comenzó.

—Uno de los miembros de la Asamblea me dijo que están pensando en condenar a muerte a todos los magos que se unieron al Maestro Joseph.

Call lo miró boquiabierto.

—No...

Jasper agitó una mano, impaciente.

—No tiene por qué importarte. Pero es que estamos en esta misión para ayudar al Magisterium. Y, si vencemos, ¡serás un héroe!

—Cruzó los brazos sobre el pecho—. Si eso pasa, me gustaría que intercedieras por él ante la Asamblea. Harán todo lo que les pidas. Diles que suelten a mi padre.

Por un momento, Call volvió a tener la extraña sensación de que el mundo se deslizaba hacia un lado, pero no era porque los recuerdos de un mago malvado se estuvieran mezclando con los suyos; era porque no se suponía que ese tuviera que ser su papel.

No era un héroe. Se suponía que Jasper no tenía que pedirle favores o actuar como si Call fuera importante.

Ese era Aaron. Tendría que haber sido Aaron.

«Eh —le dijo la voz en su cabeza—. No me importa no ser yo. Antes tampoco me hubiera importado no ser yo, pero no había nadie más. Y ahora no hay nadie más que tú».

Call asintió.

—Si cumplimos esta misión, tú también serás un héroe. Se lo podrás pedir tú.

Jasper no parecía muy convencido.

—Solo dime que lo harás. Tú eres el makaris.

—No puedo ordenarles que suelten a tu padre, pero puedo insistir en que no le condenen a muerte, vaya como vaya su juicio —contestó Call—. Y también puedo insistir en que tenga un juicio justo.

Por un momento, Jasper guardó silencio. Luego soltó un largo suspiro.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. ¿Quieres que nos escupamos en la mano y nos la estrechemos?

Jasper hizo una mueca.

—No, confío en ti. Además, eso es asqueroso.

Call sonrió; se alegraba de que Jasper volviera a actuar como siempre. Juntos, bajaron al restaurante del motel. Alastair ya estaba allí, sentado en un compartimento con Gwenda y Tamara. Ya les habían servido las bebidas: Alastair tenía un café, y las chicas, batidos.

La iluminación amarillenta parpadeaba. El linóleo de las paredes y el suelo estaba desgastado y agrietado. Pero detrás de la barra había tartas inmaculadas y relucientes, y grandes madalenas con guindas y virutas de coco. A Call se le hacía la boca agua.

Jasper se sentó junto a Gwenda y Tamara, y dejó que Call se acomodara con Alastair. Tamara le sonrió mientras se sentaba enfrente de ella.

La camarera fue a atenderles. Jasper pidió un refresco de naranja y una hamburguesa enorme con beicon. Tamara, un sándwich de atún. Gwenda se pidió un *gyro*. Alastair, un bistec con huevos fritos. Call pidió lomo y una tortita con trocitos de chocolate y patatas fritas. Luego pidió dos hamburguesas más, para llevar, crudas; era la comida de *Estrago*.

—Tengo noticias —informó Alastair—. He hablado con el Maestro Rufus por el teléfono tornado. La torre de Alex ya está casi acabada. Piensan que lo pueden retrasar, pero solo tres días más. El Maestro Rufus dice que, para entonces, tendremos que haber completado nuestra misión.

—¿TRES DÍAS? —gritó Call—. ¿Cómo vamos a encontrar a tres Devorados tan deprisa?

—Centrémonos en la tarea que tenemos ante nosotros —respondió Alastair—. Primero convenceremos a Lucas, y quizá él nos dirija hacia otros Devorados.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Call, sabiendo que sin duda no era la pregunta más heroica.

—¿De verdad crees que tu plan puede funcionar? —inquirió Alastair.

Call asintió.

—Entonces, ya encontraremos el modo —le tranquilizó su padre.

Llegó la comida, y aunque parecía deliciosa, Call no pudo ni probarla.

Se pasó la noche revolviéndose en la cama de un lado al otro, durmiendo y despertándose todo el rato. *Estrago* le lamió la cara, para hacerle saber que estaba allí con él. Eso le ayudó, pero seguía despertándose una y otra vez, y cuando el amanecer comenzó a mostrarse por la ventana, ya estaba completamente despierto.

Era hora de ir a la cataratas del Niágara.



Unas pocas horas después, con un enorme vaso de café en la mano, Call se subió al Rolls-Royce de Alastair. Ese día hubo menos charla y más tensión nerviosa. Todos parecían inquietos, y cuando pararon a comer en un McDonald's, Jasper solo pudo tomarse cinco hamburguesas y una bolsa de patatas fritas.

Al cabo de unas horas, los del asiento trasero se fueron quedando dormidos.

—Perdona —dijo Alastair, mirando por el retrovisor para asegurarse de que todos estaban dormidos—. Cuando hablamos en el Magisterium, no debería haber sugerido escaparnos.

Call lo miró sorprendido.

—Tú eres el que tenía razón —contestó—. Al principio de todo. Nunca debería haber ido al Magisterium.

—No. El Maestro Joseph nos habría acabado encontrando —repuso Alastair, negando con la cabeza—. Intenté enterrar la cabeza en la arena, como un avestruz. Pero me equivocaba. No habrías sabido cómo protegerte de él. Podrías haber muerto, junto con toda la gente a la que has salvado.

Call se quedó en silencio. Pensó en sí mismo, luchando tantas veces contra el mal que yacía en su interior que nunca se había parado a considerar que quizá también había hecho cosas buenas.

La carretera seguía y seguía. Al final, Call también se durmió. Al parar en una gasolinera, le despertaron el olor del café y los bollos de canela calientes. Bebió un poco, se estiró, fue al baño, y decidió no lavarse la cara con el agua ligeramente amarronada que salía del grifo.

De vuelta en el coche, tomó un poco más de café y se comió tres bollos de canela con azúcar. Para cuando llegaron al aparcamiento del parque nacional de las cataratas del Niágara, estaba a punto de salir volando de su asiento como un colibrí por todo el azúcar que llevaba en el cuerpo.

Encontraron un sitio para aparcar y siguieron a pie, sin prestar atención al acuario o a otros entretenimientos; fueron directos a la oficina de turismo. Allí les informaron de que podían ir a la torre de observación y desde allí, si querían, coger un ascensor hasta el fondo de las cataratas y dar una vuelta en bote. Había incluso un lugar llamado «El nido del cuervo», donde seguro les salpicarían gotas de agua.

Call había pensado que el ascensor sería de cristal, pero era de los normales, de metal. Cuando llegaron abajo, las puertas se abrieron a un torrente de ruido. Corrieron hacia la plataforma. Veían a los turistas ir de aquí para allá sobre las plataformas de madera roja, cubiertos con brillantes ponchos amarillos. Las plataformas estaban conectadas por pasarelas de madera que subían y bajaban.

Las cataratas rugían tan cerca que Call se quedó pasmado mirándolas, aunque ellos no estaban allí para verlas. Cuando el agua golpeaba las rocas del fondo, estallaba en forma de niebla blanca; luego corría en torrentes por los peñascos y se alejaba a una velocidad increíble.

—Vamos —dijo Alastair en voz baja—. Seguidme.

Los llevó por varias pasarelas, donde tuvieron que esquivar a los turistas con ponchos. Se estaban mojando y a Call comenzaba a

dolerle la pierna. Alastair se dirigió al borde de una de las plataformas, les dijo que se acercaran y luego bajó de ella ágilmente. Ayudó a Call a bajar; no era un gran salto, y los otros, incluso *Estrago*, aterrizaron rápidamente a su lado.

Se hallaban en un camino estrecho que bordeaba el agua. Algo en él, algo invisible al ojo humano, le dijo a Call que era un sendero de magos. Quizá fuera porque no había nadie más, o tal vez porque las únicas huellas que veía no eran pisadas, sino marcas que parecían tener la forma del símbolo del elemento agua.

Había salido el sol, y se secaron mientras recorrían el sendero, con el ruido del río apagando cualquier conversación que no fuera a gritos. Alastair se detuvo en un punto donde el camino sobresalía sobre el agua, formando un pequeño promontorio. Hizo bocina con las manos.

—¡Lucas! —gritó—. Lucas, ¿me oyes?

De repente, Tamara ahogó un grito.

—¡Mirad! —chilló—. ¡Allí! ¡Se está ahogando un niño!

Señaló con el dedo.

Un niño con poncho amarillo había resbalado de algún modo, a pesar de todas las precauciones y las vallas instaladas. Había caído al torrente, que espumeaba sobre las rocas, y el agua lo arrastraba, haciéndolo girar como una hoja. Por un instante desapareció bajo el agua y luego volvió a salir a la superficie. Call no llegaba a ver si estaba consciente y no sabía si se había golpeado muy fuerte contra las rocas.

—Tenemos que hacer algo —dijo Tamara mientras corría al borde del agua.

—Hay que intentar sacarlo. Jasper y yo nos concentraremos para calmar el agua. Gwenda, asegúrate de que nadie lo note —organizó Call.

Jasper asintió.

Gwenda frunció el rostro, concentrada. Hizo aumentar la neblina que causaban las gotitas pulverizadas, para crear un manto que los ocultara. Luego intensificó dos de los arcoíris para que su belleza

distrajera a los turistas. Quizá no fuera suficiente para evitar que la familia del chico notara lo que estaba pasando, pero, al menos, nadie más miraría.

A Call nunca se le había dado muy bien la magia de agua, pero en ese momento trató de emplearla para controlar el fluir de los rápidos y abrir un paso a Tamara. Vio que Jasper se concentra en ralentizar el movimiento del agua que rodeaba al niño, y que este se elevaba lentamente en el aire y flotaba hacia ellos.

El chico abrió los ojos y los miró, y entonces fue cuando Call vio que estaban llenos de agua. La magia de Tamara lo acercó, pero cuanto más cerca estaba menos se parecía a un niño. Su piel se ondeó y se volvió translúcida, como si no estuviera hecho de carne. Luego se deshizo en un charco, y ya no hubo ningún niño, solo un poncho amarillo.

—¿Qué demonios? —exclamó Jasper.

Un geiser salió del agua, y de él surgió la forma de un hombre.

—Habéis pasado mi examen —dijo con una voz borboteante—. Ahora decidme qué queréis.

—¿Me reconoces, Lucas? —le preguntó Alastair.

—Alastair Hunt. —El hombre era translúcido, pero el agua formaba un claro dibujo de sus rasgos, incluso el esbozo de un cabello rizado—. Ha pasado mucho tiempo.

—Este es mi hijo y estos son sus amigos. Venimos a pedirte un favor —explicó Alastair.

—¿Un favor?

—Necesitamos tu ayuda. Hay un Devorado del caos que quiere ocupar el puesto de Constantine Madden y luchar contra el mundo de los magos.

—Quiere hacer daño a mucha gente —añadió Jasper—. Quizá hasta eliminar la humanidad.

—¿Y qué puedo hacer yo? —preguntó Lucas.

—Si te enfrentas a él con otros tres Devorados, podrás sacarle el caos de dentro —explicó Call—. Volverá a ser humano y podremos luchar contra él. Mi padre me ha dicho que luchaste en la guerra.

Alex es el último de los esbirros de Constantine que tiene poder. Cuando lo derrotamos, la guerra habrá acabado realmente.

—Eso fue cuando era humano —repuso el Devorado—. Pero ya no lo soy.

—Podrías vivir en cualquier parte —dijo Tamara—. Pero has elegido quedarte aquí.

—Me gusta Niágara. Me gusta el poder de la cascada, el rugido del agua.

—Y la gente —añadió Tamara—. Podrías estar en el mar, lejos de todos. Podrías estar en uno de los grandes ríos. Incluso podrías vivir en una catarata remota. Pero no, has escogido un lugar donde siempre tendrás a humanos cerca. Y nos has puesto a prueba mostrándonos a un niño humano en peligro. Creo que, seas lo que seas, aún te importa la gente.

—Quizá sí. —Lucas se volvió lentamente en el agua. Gwenda y Jasper lo observaron maravillados—. Me parece que no me gusta la idea de que acaben con la humanidad. Os ayudaré.

Call dejó caer los hombros de alivio.

—Perfecto —repuso—. ¿Conoces a algún otro Devorado? ¿De otro elemento?

Lucas frunció el ceño.

—Eso suena a que no tenéis un plan muy bien pensado.

—Ya tenemos a Ravan, Devorada del fuego, con nosotros —se apresuró a decir Tamara—. Solo necesitamos un Devorado de la tierra y un Devorado del aire.

Lucas hizo un sonido pensativo, como de una salpicadura.

—Quizá Greta —dijo—. La última vez que supe de ella, se había instalado en un socavón cerca de Tampa.

—¿Greta Kuzminski? —preguntó Alastair—. ¿Se convirtió en una Devorada de la tierra? ¿Fue porque le gusta el polvo o porque odia a la gente?

—Sobre todo por la gente —contestó Lucas—. La Asamblea la traicionó. Estaban dispuestos a decirle cualquier cosa para conseguir que se pusiera de su parte en la guerra contra



Constantine, pero, después de la tregua, traicionaron las promesas que le habían hecho. Os diré dónde encontrarla, pero puede que os resulte mucho más difícil convencerla que a mí.

—Estupendo —masculló Gwenda—. Ya me parecía que esto estaba resultando demasiado fácil.

—¿Conoces a algún otro Devorado de la tierra? —preguntó Jasper—. ¿Alguien más simpático?

—No —respondió Lucas. Fiel a su palabra, les dio indicaciones muy detalladas, que Call intentó memorizar—. Buena suerte. Cuando hayáis reunido todo lo que necesitáis, tocad agua mientras pronunciáis mi nombre. Me presentaré ante vosotros.

Y se disolvió en el agua, convertido en espuma y rocío.



Para cuando llegaron al coche de Alastair, Tamara se estaba escurriendo las trenzas, y Call sentía que la ropa empapada pesaba como cien quilos. Después de mirar alrededor para asegurarse de que nadie los estuviera observando, Tamara invocó suficiente fuego mágico para crear una hoguera en miniatura en la que se calentaron todos (excepto *Estrago*, que se dedicó a saltar y sacudirse el agua del pelaje).

—¿Y quién es Greta? —le pregunto Call a su padre—. ¿Una antigua novia o algo así?

—Solo una compañera de clase con mal humor. Supongo que algunas cosas no cambian. —Alastair, con las manos extendidas hacia el fuego, parecía perdido en sus pensamientos—. Qué mal que esté en Tampa. Vas a tener que hacer un viaje muy largo.

—Querrás decir «vamos», ¿no? —repuso Call, sorprendido.

Alastair negó con la cabeza.

—Creo que tengo la pista de un Devorado del aire, pero no podemos ir todos juntos si queremos regresar al Magisterium a

tiempo. Tendrás que convencer a Greta de que vaya, y nos reuniremos allí.

—¿Quieres que coja el coche? —preguntó Call. El Phantom era la posesión más querida de su padre; se ocupaba de él todos los fines de semana, puliéndolo y retocándolo. No podía creer que Alastair se lo confiara.

—Trátalo con mucho cariño —dijo Alastair. Sacó la cartera y cogió un puñado de billetes de veinte; luego se los pasó junto con las llaves—. Eres un buen conductor y un buen chico. Todo irá bien.

Call miró las llaves y el dinero que tenía en las manos. Pensó en proponer que fueran volando, pero sabía que su propia magia no los llevaría demasiado lejos. Y no tenían tiempo de buscar un elemental que los pudiera llevar.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Tengo un amigo que me puede llevar. No te preocupes. Estaré en el Magisterium con el Devorado del aire para cuando lleguéis. —Alastair le dio unas palmaditas en la espalda. Luego se lo pensó mejor y lo rodeó en un fuerte abrazo—. Esto ya casi ha terminado.

Alastair le soltó y se despidió de los demás. Silbando, atravesó el aparcamiento y se dirigió hacia la carretera.

—¿Crees que podrá convencer al Devorado del aire? —preguntó Gwenda.

—Esperemos que así sea —respondió Call mientras se colocaba en el asiento del conductor del Rolls-Royce. Puso las manos sobre el volante. La última vez que había hecho eso era un niño pequeño fingiendo conducir e imitando el sonido del motor con la boca.

Tamara se puso de copiloto y Gwenda tuvo que sentarse con *Estrago* y Jasper detrás.

Call giró la llave y apretó el acelerador; el coche arrancó.

«¿Te acuerdas de la vez que tuve que conducir porque tú no sabías?», le preguntó Aaron.

«Aún no estoy muy seguro de si sé», respondió Call.

Tamara buscó una emisora en la radio mientras Call conducía con cuidado para salir del aparcamiento a la carretera.

—Tienes el carné, ¿verdad? —le preguntó Gwenda.

—Provisionalmente —contestó él.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Gwenda, que parecía preocupada.

—Es un carné provisional —repitió él—. No tengo mucha práctica, por eso de haber estado prisionero y haber sido raptado después, y luego estar a punto de morir y luego viviendo en una cueva.

Eso no tranquilizó mucho a Gwenda, pero Jasper no parecía preocupado en lo más mínimo. Acarició a *Estrago* y miró por la ventanilla.

—Me gustan los viajes por carretera —comentó contemplando el paisaje—. Y los juegos de viaje. Deberíamos jugar a algo.

Gwenda le dio un golpe en el hombro.

—¡Au! —chilló él.

—«Yo lo vi primero». —Gwenda sonrió—. ¿Qué? Creía que te gustaban los juegos de viaje.

Jasper comenzó a hacerle cosquillas bajo los brazos, y ella se rio mientras intentaba zafarse. *Estrago* ladró y trató de recolocarse.

—Gwenda me cae genial —le dijo Call a Tamara, mientras los miraba por el retrovisor—. Por fin alguien a quien Jasper le cae aún peor que a mí.

Tamara puso los ojos en blanco, como si no solo se equivocara, sino que además fuera idiota. Como Call no tenía ni idea de qué había dicho que pudiera ser tan tonto, y no quería admitirlo, mantuvo la mirada fija en la carretera.

Quizá estuviera celosa. Tal vez no quisiera oírle hablar bien de otra chica. Pero Tamara no parecía especialmente incómoda. Estaba apoyada en la ventanilla, con el cabello recogido en una trenza de raíz, observando pasar los coches con una sonrisita en la cara.

Sin embargo, al cabo de unas horas ya nadie sonreía. Estaban aburridos, inquietos y hambrientos. La ruta los llevaba de vuelta por donde habían ido, de nuevo a través de Pensilvania, y luego por

Virginia Oriental, Virginia, Carolina del Norte y del Sur y, finalmente, por Georgia hasta Florida. Tardarían un día completo, dieciocho horas, en llegar. Call supuso que podían hacerlo en dos largos días conduciendo con otra parada de hotel en medio.

Finalmente, se metió en el aparcamiento de un Taco Bell. Cuando paró el motor, el Rolls dio una ligera sacudida que puso nervioso a Call. Esperaba no tener que reparar él solo ese quisquilloso coche.

—Tengo el culo dormido —dijo Tamara mientras bajaba—. Vamos a coger algo de comer y busquemos un sitio donde dormir.

Todos se morían de hambre y acabaron volviendo al coche cargados con refrescos y bolsas de tacos. Jasper buscó un hotel en el móvil. Call se equivocó de dirección varias veces y todos gritaron. Tuvo que girar en redondo, pero finalmente llegaron a un motel de carretera. Jasper usó la tarjeta de crédito de su padre para coger tres habitaciones, que era todo lo que les quedaba disponible.

—Tamara y Gwenda pueden compartir habitación —anunció—. Call y yo tendremos una habitación cada uno.

Hubo un coro de descontento, pero Jasper les recordó que él había pagado las habitaciones, así que quería una solo para él, y que si alguna de las chicas quería compartir su cuarto con Call, allá ellas. Al final, acabaron comiendo tacos y nachos fríos en el patio del motel mientras el sol se ocultaba en el horizonte.

Por la noche, Call no podía dormir. Sentía que tenía un peso enorme sobre los hombros. Le costaba mantenerse centrado cuando sabía que todos estaban allí por él, y que por él tenían que luchar contra Alex, y que él era la causa de casi todo lo malo que había pasado en el mundo.

Lo que solo era una pequeña exageración.

«Eso no es cierto», dijo Aaron.

Llamaron a su puerta. Call salió de la cama preguntándose si sería Jasper para pedirle otro favor. Pero no era Jasper. Era Tamara.

—¿Puedo entrar? —le pidió ella, nerviosa. Iba en pijama y zapatillas. El color melocotón de la camiseta resaltaba el brillo de su

piel.

—Eh... umm —respondió Call.

«Venga, di que sí de una vez», soltó Aaron, irritado.

—Claro —contestó Call, y se apartó para dejar pasar a Tamara. Se alegró de llevar sus pantalones menos viejos y una camiseta limpia. Y de haberse duchado como cinco veces, porque seguía sintiéndose sucio después del chapuzón en las cataratas.

Tamara entró y se sentó en el borde de la cama. Tan en el borde que parecía a punto de caerse.

—Call —comenzó a decir mientras jugueteaba con su colgante —. Mira, quería hablar contigo...

—¿Quieres salir conmigo? —soltó Call.

«Oh, no, ahora no», protestó Aaron.

—Cállate —ordenó Call.

Tamara alzó una ceja.

—Sé que estás hablando con Aaron. Quizá deberíamos esperar a estar solos para tener esta conversación.

«Está bien, seguid —accedió Aaron—. No tengo nada mejor que hacer».

—Aaron dice que no tiene nada mejor que hacer —informó Call.

—No estoy muy segura de que esto resulte romántico —repuso Tamara.

—Pero se trata de eso —dijo Call—. Me conoces. Me conoces desde el principio y siempre has visto lo mejor de mí. Incluso cuando yo solo veo diecisiete magos malvados diferentes.

«Dieciocho —corrigió Aaron—, pero ¿qué más da uno más o menos?».

—Sabes la verdad sobre mí —continuó Call—. Toda la verdad. Todo lo que nadie más, excepto Aaron, sabe. Y, aun así, siempre..., bueno, quizá no desde el principio, pero casi siempre, has creído en mí. Haces que quiera hacer cosas buenas, Tamara. Quiero salvar a la gente solo por hacerte feliz.

—¿No porque tú realmente quieras salvarla? —preguntó ella.

Call tuvo la sensación de que quizá su discurso no iba por donde él había querido.

—Más o menos. ¿A veces? —respondió—. Otras veces desearía que fuera otro el que lo hiciera.

—Me parece bien —dijo ella, y sonrió—. Continúa.

—Bueno, pues quiero salir contigo. Sé que te he metido en un montón de líos y que en este momento estoy poseído por nuestro mejor amigo, aparte de todo el asunto del Enemigo de la Muerte, así que entendería que estuvieras harta de mí. Pero, si no lo estás, y por si te preguntabas lo que siento, quiero que seas mi novia.

La sonrisa de Tamara se borró un poco.

—Call, me gustas mucho, de verdad.

«Uyuyuy...», soltó Aaron, lo que no animó a Call.

—Está bien —la interrumpió, porque si ya sabía la respuesta, no necesitaba oírsele decir—. No tienes que decirme nada ahora. Solo piénsalo. Me lo puedes decir después de ocuparnos de Alex.

Por un momento largo y desgarrador, Tamara guardó silencio, y luego suspiró.

—¿Estás seguro de que quieres esperar?

Call asintió y fingió un bostezo.

—Seguramente deberíamos dormir un poco —dijo.

Tamara se inclinó y le besó en la mejilla, lo que le hizo sentir mucho calor y mucha confusión, todo al mismo tiempo. Cuando se marchó, Call sintió una gran punzada de arrepentimiento. Debería llamarla y oír lo que tuviera que decirle, por terrible que fuera.

Pero no lo hizo.

Ni tampoco durmió mucho.



## CAPÍTULO 13

Florida era calurosa y pegajosa. El Rolls no tenía aire acondicionado, así que dejaron las ventanillas bajadas y se abanicaron un montón. Condujeron más allá de Tallahassee, hasta una parte pantanosa cerca del río Sopchoppy, donde Lucas les había dicho que vivía Greta.

Call torció hacia la carretera que indicaba el GPS del móvil de Jasper, tomando la curva con brusquedad. Era un camino sin asfaltar, lleno de baches y totalmente inadecuado para un coche viejo y elegante.

La carretera corría junto al río de aguas en calma, de color chocolate. Por todas partes había manglares cubiertos de musgo. Las raíces se extendían hacia el agua como dedos. Una serpiente, que Call pensó que podía ser una cabeza de cobre, nadaba tranquilamente entre un grupo de nenúfares y ante lo que parecía ser el morro de un caimán.

La tierra se iba convirtiendo en lodo y el camino desaparecía.

—¿Estás seguro de que es por aquí? —preguntó Call.

—¿Quizá? —respondió Jasper—. El GPS parece decirnos que torzamos, pero no hay hacia donde torcer.

El Rolls fue yendo más despacio, en parte porque Call pisaba el freno y en parte porque el lodo se volvía más espeso. Tuvo la desagradable sensación de que el coche se hundía en el barro.

—Deberíamos salir —dijo Tamara—. Ahora mismo.

—El coche no puede quedarse atascado aquí —replicó Call—. Mi padre me matará como no se lo devuelva.

—¿Alguno de nosotros tiene idea de dónde estamos? —preguntó Gwenda.

—Mi móvil lo sabe —respondió Jasper—. Pero quizá sea mejor que continuemos a pie.

Bajaron todos, resbalándose al caminar. Mientras se apartaban del coche, este pareció hundirse un poco más.

—¿Son arenas movedizas? —preguntó Tamara.

—¡Aggg! —exclamó Call, agarrándose la cabeza—. Yo creía que las arenas movedizas solo existían en las películas. Y en las malas. No sabía que fueran reales.

—Lo podemos sacar con magia —le recordó Gwenda. Las ruedas ya casi habían desaparecido—. Concentraos todos.

Mientras Tamara invocaba la magia de la tierra, Gwenda, Jasper y Call invocaron la del aire. Call se concentró en crear un viento que empujara el coche desde abajo, que formara casi una pantalla sólida entre el lodo y el metal. Con un asqueroso sonido de succión, el coche salió del pantano, fue empujado unos cuantos metros hasta lo que quedaba del camino de tierra y cayó sin ceremonias cuando los chicos retiraron su magia.

El ruido del metal al golpear el suelo hizo encogerse a Call. ¿Seguiría funcionando? ¿Cuántas abolladuras le habría hecho en los bajos? Pero, en aquel momento, no tenía tiempo para preocuparse por eso.



—Por aquí —dijo Jasper, alzando el teléfono. Le siguieron por el camino junto al río Sopchoppy, entre el zumbido de los insectos, el croar de las ranas y los trinos constantes de los pájaros.

El calor húmedo les pesaba en la espalda, y nubes de mosquitos volaban a su alrededor emitiendo un agudo zumbido. Call tuvo la retorcida idea de que quizá Lucas les había mandado ahí para fastidiarlos, que en realidad no había ninguna Greta.

Jasper se detuvo y sacudió el teléfono.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamara.

Jasper lo volvió a agitar.

—No hay cobertura.

—¡No me fastidies! —exclamó Gwenda—. ¿Y ahora qué? ¿Estamos cerca? ¿Tienes idea de adónde se supone que vamos?

—Por ahí —repuso Jasper, indicando vagamente con la mano un grupo de árboles al otro lado del río.

—¡Greta! —gritó Call, y unos cuantos pájaros echaron a volar desde las ramas cercanas. Al menos uno de ellos era un buitre—. ¡Greta, lamentamos molestarte, pero Lucas nos ha dicho que podías ayudarnos!

No hubo respuesta. Call se sintió derrotado, como si les hubiera fallado a todos. Aunque, en realidad, había sido Jasper con su móvil el que había liado las cosas. Call abrió la boca para decirlo.

«No lo hagas —le dijo Aaron—. No hay tiempo para discutir sobre quién tiene la culpa. Además, seguro que ya se siente bastante mal».

Con el ceño fruncido, Call miró a Jasper, que seguía sacudiendo el teléfono. No parecía que estuviera muy afectado. Pero supuso que Aaron tendría razón.

—Podríamos nadar hasta el otro lado del río —sugirió Jasper.

—Va a ser que no —replicó Gwenda—. Estas aguas están llenas de caimanes. Te lo garantizo.

—Podríamos sobrevolarlo —propuso Call—. Echar un vistazo.

Justo entonces en la superficie del río empezaron a surgir algunas ondas. Todos callaron y se quedaron mirando.

Estaban en un meandro. El agua era un barro gris amarronado. Altos manglares se alineaban en las orillas.

—Quizá sea un caimán —dijo Gwenda, nerviosa—. A veces se suben a la orilla y se comen a la gente.

—¿Cómo es que sabes tanto de caimanes? —preguntó Jasper.

—¡Porque los odio! —exclamó ella—. Son como dinosaurios con grandes dientes y... ¿Qué es eso?

Las ondas del agua se habían convertido en un torbellino que giraba entre los cipreses que crecían junto al río. De repente se oyó un fuerte ruido de succión, como un volcán que hiciera erupción hacia dentro. Los árboles comenzaron a hundirse en el agua.

—Es un socavón —advirtió Tamara—. Los he visto en vídeos. ¡Apartaos!

Retrocedieron mientras observaban asombrados cómo los árboles y la tierra de la orilla se hundían en el socavón abierto, con un asqueroso estruendo. Los árboles se doblaron, las ramas se partieron, mientras eran arrastrados bajo el agua. En la superficie se formó una gran ola de la que emergió algo enorme.

Era un gigante formado completamente de tierra y barro. Call se quedó boquiabierto mientras la criatura se alzaba ante ellos, chorreando peces y enormes gusanos. Un hedor como de col podrida se extendió por el pantano; el gigante abrió sus dos enormes ojos de color castaño.

—Intenta asustarnos —susurró Tamara cuando los otros se echaron hacia atrás, entre náuseas—. Lucas dijo que odiaba a la gente.

—Pues funciona —repuso Jasper enjugándose los ojos—. Estoy asustado.

—Marchaos, magos —dijo Greta. Su voz resonó y retumbó. De su cuerpo cayó más lodo al pantano.

Call carraspeó para aclararse la garganta.

—Encantado de conocerte —dijo—. El, eh, barro y los gusanos están muy bien; te dan un aspecto muy, eh..., poderoso.

Greta extendió una extremidad y partió un árbol por la mitad.

—Eso mismo va a hacer con tu columna vertebral —masculló Jasper.

«Los halagos no van a funcionar —dijo Aaron—. Pero apuesto a que sigue sin tenerle mucho cariño a la Asamblea».

—Mira —comenzó Call—, sentimos mucho molestarte. Pero no tenemos alternativa. Necesitamos tu ayuda.

Greta parpadeó. Una cascada de lodo cayó al agua.

—¿Y por qué iba a querer ayudarlos?

—Sabemos que el Magisterium te abandonó durante la guerra —aclaró Call—. Dejaron que te convirtieras en una Devorada y luego te echaron.

Greta asintió.

—Hay un Devorado del caos por ahí —continuó Call—. Se llama Alex. El Magisterium le está construyendo una enorme torre de oro, y en unos días nos van a entregar a él para que nos mate.

—Eso no es cierto —siseó Tamara, pero se calló al instante—. La verdad es que técnicamente sí es cierto.

—¿Y qué me importa? —preguntó Greta, pero esta vez con mayor interés—. ¿Qué han hecho por mí los magos?

—Otros dos Devorados nos van a ayudar —informó Gwenda—. Ravan del fuego y Lucas del agua.

—La Asamblea va a tener que reconocer lo que hiciste —añadió Call—. Se avergonzarán del modo en que te trataron.

Greta gruñó por lo bajo. Call se dio cuenta de que el terrible hedor había desaparecido, y tenía un aspecto un poco diferente... Ya no le caían peces y gusanos. En vez de eso, a lo largo de los bordes de su cuerpo rocoso crecían flores y setas de brillantes colores.

—La Asamblea debe admitir su vergüenza —dijo Greta—. Somos Devorados, no elementales. Somos magos. No nos deberían encerrar ni tratarnos como monstruos.

—Esto ayudaría mucho a demostrar que los Devorados no son monstruos, que también pueden salvar a la gente —aseguró Call—. Y si no detenemos a Alex, no sabemos qué puede llegar a destruir.

Podría destrozar el mundo entero, y eso también te afectaría a ti y a los otros Devorados.

—¿Al Devorado del caos le gustan las ranas? —preguntó Greta, pensativa.

Se quedaron callados. ¿Qué era mejor que le gustaran o que no?

«Creo que es mejor apostar por el no —dijo Aaron—. A Alex no le gusta realmente nada».

—Probablemente quiera destruirlas —contestó Call.

—Entonces hay que detenerlo —afirmó Greta—. Me gustan las ranas. Son mis amigas.

—Dinos cómo podemos llamarte —pidió Call—. Te prometo que solo te llamaremos cuando todos los Devorados estén juntos y sea el momento de luchar contra Alex.

Algo salió del suelo entre los pies de Call: un brillante trozo de cuarzo.

—Rómpelo contra una roca —explicó Greta—, e iré allí donde estés. —Le dio un manotazo lento a algo que había en el agua: un caimán que había asomado su verde cabeza de dientes puntiagudos—. Y espero ver cómo se avergüenzan todos los magos.

Mientras se hundía bajo el agua, Jasper dejó escapar un largo resoplido.

—Espero que esto haya sido una buena idea.

—No hemos muerto —replicó Gwenda—. Sin duda, eso es un punto a favor.

Regresaron al Rolls sin que les atacaran los caimanes ni las ranas, ni se les abriera el suelo bajo los pies. El coche no se había hundido en otro socavón. Aún mejor, cuando Call giró la llave, se encendió renqueante. No sonaba igual que cuando Alastair se lo había prestado, pero funcionaba lo suficientemente bien para llevarlos a todos por el camino de tierra. Cuando llegaron a la autopista, un chirrido que Call achacó al ventilador se hizo más

pronunciado. Siguió conduciendo mientras enviaba un poco de magia refrescante hacia el motor, por si tenía razón.

Se dirigían hacia el norte enlodados, picados por los bichos y agotados. Se detuvieron para comprar más comida rápida en la frontera de Virginia y esa misma noche llegaron a las cuevas del Magisterium.

La torre de oro se alzaba recortándose contra el cielo. Bajo la luz de la luna, ya parecía acabada.

Les quedaba un día. Un día antes de tener que enfrentarse de nuevo a Alex.

Call aparcó el coche de Alastair en un claro cerca de la puerta principal. *Estrago*, los otros aprendices y él entraron, demasiado exhaustos incluso para hablar. Call estaba pensando en darse un baño, pero en cuanto llegaron a sus habitaciones, se durmió sobre la cama, con el barro aún pegado a los vaqueros.



## CAPÍTULO 14

Por la mañana, Call se lavó y, con un nudo en el estómago, fue al comedor para desayunar. Tamara, Jasper y Gwenda le acompañaron.

—Creía que tu padre se iba a reunir contigo aquí, en el Magisterium —dijo Jasper.

—Y seguro que lo hará —replicó Call, tratando de poner toda su fe en sus palabras. Quizá Alastair ya estuviera ahí. Habían llegado muy tarde; tal vez estuviera alojado en otra parte de la escuela. Quizá, simplemente, aún no le habían visto.

Call llenó su plato con setas y líquen, pero después de sentarse, no estaba seguro de poder comérselos. Estaba preocupado por el enfrentamiento con Alex, preocupado por cumplir lo que le había prometido a Greta, preocupado por todo.

Fue entonces cuando Colton McCarmack se acercó a su mesa, con el pelo tan brillante como un céntimo nuevo. Le seguían dos de

sus amigos, pero se detuvieron antes de acercarse demasiado.

—Estábamos apostando si habíais huido.

—Espero que no hayas perdido demasiado dinero —replicó Call—. Espera, la verdad es que espero que sí.

Debería enfadarse porque Colton fuera a molestarle, pero cuando Call se ponía nervioso, se volvía irritable, e iba bien tener a alguien en quien descargar esa irritación.

—Estábamos hablando y hemos recordado cómo solía ser Alex. Un tipo majo, guay. Nunca hubiera hecho algo así —soltó Colton.

Tamara le lanzó una mirada tan incendiaria que a Call le sorprendió que a Colton no comenzara a arderle el pelo sin necesidad de magia.

—Entonces ¿por qué no vas a charlar con tu viejo colega Alex? —replicó Call poniéndose en pie—. Si sois tan buenos amigos, quizá te pueda nombrar su esbirro número uno.

Jasper se echó a reír.

Colton se enfureció.

—Si Alex es como dices, estoy seguro de que tú has tenido algo que ver. Le habrás hecho algo. Lo has corrompido. Tú eres el malo.

—Oh, para ya —dijo Celia, que se había acercado a ellos. Cogió a Colton del brazo—. Mañana, Call va a hacer algo muy valiente.

Colton le echó una mirada despectiva.

—¿Tú también? —exclamó, y se marchó iracundo.

—Buena suerte —dijo Celia a Call en voz baja. Luego siguió a Colton, después de lanzar una única y extraña mirada en dirección a Jasper.

—¿De qué iba eso? —preguntó Tamara.

Jasper se encogió de hombros, avergonzado.

—Ha venido a verme esta mañana. Es posible que no nos reconciliemos.

Call estaba demasiado nervioso para entender la vida amorosa de Jasper. Pensaba en Alex, en la época en que le parecía simpático, divertido y agradable. Pero solo había sido una fachada, una actuación. Dentro de su alma, Alex siempre había sido horrible.

«Todos pensábamos que era muy simpático —dijo Aaron—. Eso era lo que él quería que creyéramos».

Claro que Call también tenía un alma malvada. Y quizá Colton tuviera razón al decir que se comportaba como un villano, porque, de repente, supo cómo iba a ganar. Y no era un plan que nadie pudiera calificar de bondadoso.

—Tamara —llamó—, ¿puedo hablar un minuto contigo?

En ese momento, el Maestro Rufus llegó a la mesa.

—Es un alivio teneros a todos de vuelta. He recibido un mensaje del padre de Call diciendo que se ha retrasado. Estará aquí mañana. Pero hoy la Asamblea quiere veros; a todos. Quieren revisar el plan definitivo. Si habéis acabado de desayunar, venid conmigo.

Tamara, Gwenda y Jasper se pusieron en pie. Mientras seguían al Maestro Rufus, Call cogió a Tamara del brazo.

«¿Estás seguro?», preguntó Aaron.

—Tengo que explicarte algo —le dijo a Tamara—. Porque no vamos a tener más secretos.

De camino a la reunión, Call le fue explicando en susurros lo que se le había ocurrido. Para su sorpresa, ella no le contradijo ni opinó que se equivocaba.

—¿Crees que funcionará? —fue lo único que le preguntó.

—Eso espero —contestó Call, y entraron para encontrarse con la Asamblea.



Los miembros de la Asamblea solían estar serios, pero en ese momento parecía que estuvieran en un funeral. Call miró a ambos lados de la larga mesa de madera y reconoció algunos rostros: los Maestros del Magisterium; miembros de familias importantes, como los Rajavi, y Graves, presidiendo.



—Señor Hunt —comenzó a decir Graves mientras hacía un gesto a Call y Tamara para que se acercaran a la mesa. Esta se hallaba sobre un estrado, así que la Asamblea los miraba desde arriba, algunos de sus miembros permanecían impassibles, otros hacían cara de pena—. Entendemos que has preparado un plan.

—Correcto —respondió Call, tratando de proyectar toda la autoridad que nunca había pensado tener—. Vamos a extraer a Alex del caos.

—¿Crees que lo puedes convertir en un... *Desdevorado*? —preguntó la Maestra Milagros—. Nunca se ha hecho antes.

—Lo cierto es que sí —corrigió Call—. Son necesarios cuatro Devorados que representen a cada uno de los elementos.

—¿Y quieres que te proporcionemos los Devorados de nuestras celdas? —inquirió Graves—. Eso es imposible.

—No es necesario —interrumpió Tamara, enfadada—. Ya hemos reunido a nuestro equipo.

—Aunque prometisteis colaborar y que nos ayudaríais —añadió Call.

—Prometimos no interponernos en tu camino —contestó Graves—. Y no lo hemos hecho.

—Entonces, mejor que no lo hagáis ahora —replicó Call—. Porque todo el plan depende de que Tamara, Jasper y yo hagamos lo que vosotros queréis. Y, a cambio, queremos algo.

—¿Qué? —preguntó el Maestro North.

—Queremos que Alex Strike viva —contestó Call.

Un murmullo recorrió la sala. Call oyó las palabras «traidor», «nunca» y, como siempre, «enemigo». La rabia creció en su interior, y se permitió sentirla. Era mejor eso que tener miedo.

«No soy quien creéis que soy —pensó dirigiéndose a la Asamblea—. Soy mucho peor».

Tamara habló por encima del tumulto.

—Nos hemos enterado de que tal vez Alex no tenga el control de sí mismo. Quizá esté dominado por otra persona. Quizá nunca decidió hacer todas las cosas que ha hecho.

Jasper volvió de golpe la cabeza hacia Call. Gwenda frunció el ceño. También el Maestro Rufus. Era evidente que los tres querían interrumpirlo, pero no lo hicieron.

—¿Y quién puede estar dominándolo? —quiso saber Graves—. Todos lo vimos en el campo de batalla. Todos lo vimos comandar un ejército de caotizados. Y si hubiera estado dominado por el Maestro Joseph, el hechizo se hubiera acabado con la muerte de este.

Call respiró hondo.

—Su madrastra, Anastasia Tarquin.

Todos se miraron con ojos desorbitados. Anastasia Tarquin había sido una de ellos, un miembro de la Asamblea. Solo después de la última batalla se había descubierto su traición y quién era en realidad: la madre de Constantine Madden, que había trabajado encubierta para ayudar al Maestro Joseph a capturar a Call, con la esperanza de que este recordara su pasado.

—Lo único que queremos es que, si es derrotado y resulta que no estaba actuando por voluntad propia, no lo encerréis en el Panopticon —continuó Call—. Sé lo que es que te juzguen erróneamente. Sé lo que es que la gente piense que eres malvado cuando son las circunstancias las que te han empujado en esa dirección y no te quedaba ninguna otra opción.

—¿Y realmente crees eso de Alex? —preguntó el Maestro Rufus, alzando sus expresivas cejas.

—Sé lo que se siente cuando crees que no puedes regresar, que no te van a dar una segunda oportunidad. —Call trató de mostrarse todo lo compasivo y heroico que pudo, aunque temía que en realidad pareciera estar perdiendo la cabeza. Por otra parte, no podía parecer más enloquecido que Jasper.

—Si crees que puedes vencer a Alex y dejarle vivir —dijo Graves—, entonces ¿crees que se le podría hacer prisionero?

—¡Esto es ridículo! —exclamó el señor Rajavi, mirándolo con incredulidad—. Seguiría siendo un makaris descontrolado...

—No, no lo será —le interrumpió Call, rápidamente—. Si le arrancamos todo su caos, le arrancaremos también su poder de

makaris. Será un mago común y corriente.

Graves meneó la cabeza lentamente.

—Es una locura.

—Pensad en lo que sabe —dijo Tamara de repente—. Toda la magia del Maestro Joseph, los secretos de Anastasia. Si muere, nunca nos enteraremos de nada de eso...

A Graves le brillaron los ojos.

—Como comprenderéis, si se muestra rebelde u opone resistencia, tendremos que matarlo.

—Claro —respondió Call—. Lo entendemos. Pero pensamos que ahí hay una buena persona, atrapada bajo el poder de Anastasia.

—Una vez que lo hayamos apresado, tendrá que presentarse ante la Asamblea y confesar todos sus crímenes y el papel de Anastasia en ellos. Entonces decidiremos qué creer —dijo Graves.

—Lo entiendo —repuso Call—. Muchas gracias. Pero hay una cosa más. Quiero que cambiéis vuestra política en lo referente a los Devorados.

—¡No puedes hablar en serio! —exclamó el Maestro North.

—Pues sí —replicó Call—. Si nos van a ayudar a derrotar a Alex, entonces querrán que los tratemos con justicia. No como criminales o monstruos.

—La mayoría de ellos vive tranquilamente entre los elementos —añadió Jasper de pronto—. Nadie dice que no debáis arrestar a un Devorado que haga algo malo, pero es un error dar por supuesto que todos son malvados sin darles ninguna oportunidad.

—Esto tiene que ver con tu hermana —soltó Graves, mirando fijamente a Tamara—. ¿No es así?

—Ravan es un buen ejemplo —respondió ella con cabezonería—. Nunca ha hecho nada malo.

Jasper soltó una tos que sonó como «escapar». Call y Tamara no le prestaron atención.

—Ayudó a derrotar al Maestro Joseph —añadió Tamara—. Y por eso la estáis persiguiendo.

—Es peligrosa —afirmó Graves.

—Muchas cosas son peligrosas —dijo la señora Rajavi con sequedad. Su marido la miró como si quisiera comunicarle algo, pero ella miraba fijamente al frente—. Aunque la Asamblea puede concluir que mi punto de vista no es imparcial, querría decir que conocer a Ravan me ha mostrado que, aunque los Devorados no son como eran antes de ser Devorados, tampoco son elementales. Deberíamos tratarlos mejor y quizá se convertirían en mejores aliados.

Graves carraspeó para aclararse la garganta.

—Esto es muy irregular.

Call esperó; no estaba dispuesto a ceder.

—Lo discutiremos y os informaremos de nuestra decisión —dijo Graves, finalmente, nada contento—. Y ahora queremos desearos a los tres la mejor de las suertes para mañana. Estaremos preparados para ayudaros una vez que Alex sea... derrotado. Esperaremos allí, con los escudos, para asegurarnos de que Alex no puede llamar a ninguna otra criatura del caos. Seremos testigos de vuestro valor.

«Pero no vamos a ir a ayudaros».

—Umm, gracias —dijo Call—. Perfecto. Y cuando acabemos, volveremos y hablaremos de nuestra recompensa.

—¿Recompensa? —barbotó Graves—. ¿Qué recompensa?

—Ya os la haremos saber —aseguró Call, sonriendo hacia Jasper. Si conseguían lo demás, sacar al padre de Jasper de la cárcel sería un juego de niños.

Luego, todos juntos, abandonaron la Asamblea. Mientras salían, Call oyó cómo bombardeaban al Maestro Rufus a preguntas, y se sintió un poco mal. Pero era difícil sentirse demasiado culpable cuando estaba tan nervioso por el desarrollo de su plan.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó Gwenda.

—¿A qué te refieres? —respondió Call inocentemente.

—¿De verdad crees que a Alex lo controla otra persona? —Se llevó una mano a la cadera y le lanzó la clase de mirada que se dedica a alguien cuando crees que puedes saber si está mintiendo gracias a algún tic.

Call esperó que no fuera cierto.

—Quizá —respondió.

—Muy bien —replicó ella—. No me digas nada. Me vuelvo a la habitación. Jasper, vamos. —Y se alejó enfadada. Sorprendentemente, Jasper la siguió sin decir nada.

Tamara suspiró, como si se sintiera culpable.

«Sabes lo que has hecho, ¿verdad?», preguntó Aaron en el interior de su cabeza.

«¿Qué quieres decir?», repuso Call.

«Bueno, no te va a gustar, pero hay alguien más a quien vas a tener que reclutar».

«¿A quién?», le preguntó, aunque le daba la desagradable sensación de que ya lo sabía.

«A Anastasia Tarquin. Tendrás que convencerla de que respalde tu historia».

«No va a querer».

Call le explicó a Tamara que Aaron creía que debían hablar con Anastasia.

—Pero ni siquiera sé cómo hacerlo.

—Podríamos llamarla —propuso Tamara—. Por el teléfono tornado.

—No va a funcionar. Probablemente, Alex esté con ella haciendo maldades. No creo que se haya quedado quieta, esperando llamadas.

—Bueno, si no contesta, probaremos otras opciones —dijo Tamara, y cambió de dirección para dirigirse al despacho de Rufus.

«No quiero hacer esto —pensó Call—. Nunca sé qué decirle».

«Mira —respondió Aaron—, yo estuve de acogida durante un tiempo. Sé cómo hablar con la gente que quiere que la llames mamá».

Call no podía discutirle eso. Siguió a Tamara hasta el despacho de Rufus, un camino que los llevó a lo largo del río subterráneo. Recordó la primera vez que Tamara, Aaron y él habían navegado por ese río. Había sido en un bote con Rufus y había observado,

asombrado, cómo invocaba a elementales de agua para que impulsaran la nave. Recordó el sonido de las risas de Tamara y Aaron resonando en las paredes de las cuevas.

«Recuerdos nostálgicos de cómo éramos», dijo Aaron.

Call resopló. Habían llegado al despacho de Rufus, y Tamara sujetó la puerta para que él pudiera seguirla adentro. El teléfono tornado estaba sobre el escritorio de su maestro y, por primera vez, Call se fijó en una fotografía de pie junto a él: Rufus con el brazo sobre un hombre que llevaba unas gafas de montura dorada. Parecía un tipo agradable, de los que son dueños de una librería o un cine. Call se preguntó cómo iba a sentarle enterarse de que estaba casado con un ninja mágico secreto.

Tamara puso la mano sobre la campana de cristal que contenía el remolino del tornado del teléfono.

—Anastasia Tarquin —dijo.

El humo dentro de la campana giró y fue tomando forma. Call vio la silueta de lo que parecía un loft; un gran espacio con mucha madera y cromo, y con enormes ventanales con vistas a lo que supuso que era la ciudad de Nueva York. Anastasia estaba ante un gran fregadero de metal, el humo enfocaba su cara, y parecía sorprendida.

—¿Quién es? —siseó mirando alrededor.

—Soy yo. Callum Hunt.

La expresión de Anastasia cambió de golpe. Vaciló un instante antes de contestar.

—No es seguro hablar. Puede regresar en cualquier momento.

—Se refiere a Alex —masculló Tamara.

«Dile que la has echado de menos», indicó Aaron.

—Te he echado de menos —dijo Call. No pensó que fuera a creerlo; se había negado a visitarla en prisión. Pero la expresión de Anastasia se dulcificó.

—Reúnete conmigo en la aldea abandonada de la Orden —propuso ella—. Allí podremos hablar. —A lo lejos se oyó el ruido de

una puerta al abrirse. Anastasia agitó frenéticamente una mano hacia ellos—. ¡Vete! ¡Te veré dentro de una hora!

Tamara levantó la mano de la campana de vidrio y la imagen del interior se convirtió en humo, aunque no antes de que Call captara por un instante a Alex entrando en el loft. Parecía despedir oscuridad, incluso a través del mecanismo del teléfono.

—Me siento fatal —comentó Call, mirando el humo.

—No tanto como te sentirás después de que hablemos con ella —replicó Tamara como si nada—. La aldea está bastante lejos; deberíamos irnos ya.

—No creo que debas venir —dijo Call, sabiendo que a ella no iba a gustarle.

—Claro que voy —replicó ella—. No seas ridículo.

—Podría ser una trampa —insistió Call—. Aunque no creo que lo sea. Anastasia me ha parecido sincera, pero podría decidir volver a raptarme para mantenerme a salvo. Siempre existe esa posibilidad.

—Entonces estaré allí para ayudarte a escapar —repuso Tamara.

—Pero si viene, se dejará convencer con mayor facilidad si estoy solo. —Call suspiró. Tenía tan pocas ganas de ir solo como Tamara, pero sabía que debía hacerlo.

«Al menos, me tendrás a mí», le recordó Aaron.

—Muy bien —accedió Tamara finalmente—. No iré contigo hasta el final, pero me quedaré en lo alto del risco y me aseguraré de que no ocurra nada. Si Anastasia te rapta o te traiciona, al menos podré avisar. Al menos, podremos ir tras de ti.

Call suspiró.

—De acuerdo.

Pero seguía sintiéndose fatal.

Se escabulleron por la Puerta de la Misión. De camino, Call oyó susurros al cruzarse con un grupo de alumnos, pero no parecía que hablaran mal de él. No fruncían el ceño ni parecían asustados. Le recordaron a él mismo en sus primeros años: niños observando a

alumnos mayores dirigirse hacia el exterior para alguna misión importante.

Caminaron muy juntos por el bosque. Tamara le cogía la mano cuando tenían que cruzar algún tramo especialmente rocoso o saltar por encima de un tronco caído. Call pensó en la noche que ella había ido a su habitación en el hotel, en la conversación que casi habían tenido. ¿Debería decir algo? Aunque seguramente ese no era el mejor momento para sacar el tema de «su relación», ya que había muchas probabilidades de que Anastasia intentase arrancarle la cabeza con un viento mágico en cuanto le viera el pelo.

Cuando llegaron a lo alto de la colina seguía dándole vueltas a qué decir.

Tamara se acercó y le besó en la mejilla.

—Para que te dé suerte —dijo ante la expresión de sorpresa de Call—. Buena suerte a Aaron también. Lo haréis genial.

Todo eso era un poco raro, pero, aun así, le alegró oírlo.

—Si oyes un grito aterrado y desgarrador, ese seré yo —dijo Call, y comenzó a descender.

Anastasia ya estaba en lo que quedaba de la aldea de la Orden del Desorden, con un elemental de aire a su espalda. Las casas parecían aún más ruinosas y la tierra más llena de maleza que la última vez que estuvo allí, cuando lucharon contra Alex y Aaron murió. Le puso nervioso hallarse de nuevo en ese lugar, con los jugadores en posiciones tan similares.

«¡Dímelo a mí!», exclamó Aaron. Había un temblor en su voz que inquietó a Call. Después de todo, se hallaban en el lugar donde había muerto. Trató de apartar ese pensamiento, para que Aaron no tuviera que compartirlo.

Anastasia sonrió al verlo y él le respondió con otra sonrisa. Trató de sentir algo de compasión. Al fin y al cabo, Anastasia había querido a Constantine, a pesar de todo lo que este había hecho. Lo amaba lo suficiente para llevarlo al Magisterium y trabajar solapadamente para asegurarse de que estuviera a salvo, incluso



después de que se convirtiera en un monstruo y dejase de ser él mismo.

Había querido a Constantine del modo en que Alastair quería a Call, pero Call no creía que su padre hubiera aguantado todo ese asunto del Enemigo de la Muerte. Aunque podía equivocarse. Quizá lo hubiera querido incluso si hubiera sido un Señor del Mal.

Call no estaba seguro de qué prefería creer. Pero la realidad era que sentía un poco de pena por Anastasia.

«Dile que hemos accedido a algunos recuerdos —le aconsejó Aaron—. Pero no le digas cuáles. Dile que lamentas no haberla recordado antes».

—Tengo que decirte algo, Anastasia —comenzó Call.

Ella lo miró con una mezcla de vacilación y esperanza.

—De verdad que no te recordaba, y lo siento —siguió Call—. Pero me di cuenta, después de que viniera Alex, de que Constantine había encerrado sus recuerdos dentro de mi cabeza. Le preocupaba que un bebé no pudiera soportar los recuerdos de un adulto. Lo preparó de tal modo que solo pudiera recordar cuando estuviera preparado.

—¿Y estás preparado? —preguntó Anastasia.

—Supongo que sí —contestó Call—. Nos atacaron los lobos, y los recuerdos surgieron. Me pude ver yendo de un lado a otro ante la tumba de Jericho.

«Dile que pudiste verla a ella», dijo Aaron en un tono muy firme.

—Y pude verte a ti, madre —obedeció Call—. Sé lo mucho que me querías y lo preocupada que estabas por lo que me ocurrió.

El rostro de Anastasia comenzó a deshacerse. El cuidadoso maquillaje se le corrió cuando las lágrimas comenzaron a caerle por las mejillas.

«Dile que ella no tiene ninguna culpa».

—Nada de lo que ocurrió fue culpa tuya —repitió Call.

—Oh, Con —gimió ella, y se le lanzó encima, abrazándolo con fuerza. Call clavó los talones sobre la tierra blanda para evitar que lo

tirara hacia atrás. Era tan alto como Anastasia, pero ella contaba con la fuerza de la histeria.

—Pero necesito tu ayuda —dijo Call.

«No seas impaciente. Con delicadeza».

—Por favor —añadió Call—. Es Alex.

Ella se apartó, preocupada.

—Sé que está muy enfadado —dijo—. Te culpa, y no debería. No entiende que no recordaras nada. Estoy segura de que si se lo explicas...

«¿Explicárselo a Alex?».

Call contuvo una carcajada.

—No voy a poder hacerlo —le dijo—. El Magisterium lo ha organizado todo para que Alex y yo tengamos que luchar. Quieren que lo mate.

—¡Salvajes! —El rostro de Anastasia se ensombreció—. Obligar a un hermano a luchar contra el otro.

«No puede ser que piense en nosotros como hermanos».

«No la contradigas —recomendó Aaron—. Hazle entender el peligro. Tanto Alex como tú podríais morir».

—Ya sabes lo fuerte que soy —dijo Call, tratando de comportarse como lo hubiera hecho Constantine—. Si Alex y yo peleamos, nos mataremos el uno al otro.

Anastasia parecía asustada.

—Él es un Devorado del caos.

—No creo que ninguno de los dos sobrevivamos. Por eso necesito tu ayuda.

—Podríamos escaparnos —propuso ella—. Los tres. Vivir juntos, mis dos hijos y yo. —Lo miró con ojos húmedos.

—No mientras Alex sea un Devorado del caos —contestó Call—. Piensa en ello como si fuese una enfermedad que debemos curar. Mientras el caos siga devorándolo, me odiará, y luego, un día, comenzará a odiarte a ti.

—Los Devorados no pueden curarse —replicó Anastasia.

—Sí que pueden. —Call trató de proyectar confianza y seguridad, mientras Aaron le hablaba en silencio—. Lo he preparado todo. El Magisterium insiste en que luchemos, y yo sé cómo sacarle el caos de dentro. Cuando esto ocurra, todos estaremos bien, siempre y cuando les digas que Alex hizo todas esas cosas malas porque tú se lo pediste.

—¿Porque yo se lo pedí? —Anastasia se echó hacia atrás—. ¿Y de qué servirá eso?

—Es lo que ellos creen —contestó Call.

«No le digas que lo creen porque tú se lo dijiste».

Call no le hizo caso.

—Tienen que creer que no fue él. Si no, lo perseguirán hasta los confines del mundo y lo ejecutarán. Pero tú puedes cargar con la culpa y escapar.

«Dile que en realidad no hay un culpable. Dile que será una heroína. Que mucha gente creerá que hizo lo correcto».

Call respiró hondo.

—Mucha gente no está de acuerdo con las decisiones que toma el mundo de los magos —dijo—. Que maten a los makaris en Europa. El modo en que tratan a los Devorados. Que culpen a Constantine cuando lo único que quería hacer, que yo quería hacer, era acabar con la muerte y el sufrimiento...

Anastasia asintió, con los ojos fijos en los de Call. Sintió que estaba dando el discurso más importante de su vida.

—Estoy seguro de que, cuando te levantes y hables, muchos te entenderán. Y puedes escapar sobre tu elemental del aire. Puedes asegurarte de que esté cerca.

«Háblale del futuro», indicó Aaron.

—El Magisterium perdonará a Alex —continuó Call—. Y luego nos reuniremos contigo y dejaremos atrás el mundo de los magos. Podemos pasarnos la vida viajando. —Pensó en que Alastair le había dicho casi lo mismo cuando le había rogado que abandonara el Magisterium—. Podemos hacerlo juntos.

Los fríos ojos de Anastasia resplandecían.

—Muy bien —repuso lentamente—. Será mejor que me cuentes exactamente cómo va a ir el plan.



## CAPÍTULO 15

Mientras subía la colina, Call se sentía culpable. Cuando vio a Tamara en la cima, su expresión de preocupación no cambió.

—¿No ha funcionado? —preguntó ella.

—Ha funcionado. Pero estaba pensando que empiezo a entender por qué la gente teme a los magos del caos. Que quizá sí que deberían temerles.

Tamara le puso la mano sobre el hombro.

—No es justo que, porque seas un makaris, tengas que encargarte de todo esto. No era justo cuando se trataba de Aaron, y no es justo ahora que se trata de ti. Aún somos niños. No tan niños como cuando llegamos al Magisterium, pero sí demasiado jóvenes para ser responsables de la vida de tanta gente. En mi opinión, lo estás haciendo muy bien.

—Si tú opinas eso, entonces debe de ser cierto —dijo Call.

«Esto es culpa mía», dijo Aaron.

«No, no lo es —le contestó Call, con el pensamiento—. Esta vez no es culpa de ninguno de nosotros».

Tamara le dio la mano todo el camino de vuelta hasta la Puerta de la Misión. Jasper y Gwenda les esperaban muy serios al otro lado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Call en voz muy alta, por encima de las otras voces.

Gwenda lo miró como disculpándose, y un frío miedo le recorrió.

—Será mejor que vengas —respondió Jasper—. Ahora.

Comenzó a caminar por los túneles tan deprisa que Call tuvo que pedirle dos veces que bajara el ritmo para poder seguirlo. Cuando llegaron a su sala común, se encontraron con el Maestro Rufus, que estaba allí, muy serio también.

Junto a él se hallaba un Devorado del aire. Se presentaba como una neblina grisácea que emanaba de la forma de su cuerpo y casi se evaporaba en el aire. Sus rasgos se hacían más o menos visibles mientras su silueta nubosa se movía.

Call pudo verle las gafas, la forma del rostro, incluso el contorno translúcido de un cabello castaño canoso. Lo conocía. No quería aceptarlo, pero lo conocía.

El Devorado era Alastair, su padre.

Por un momento, a Call casi le falló la pierna. Se fue de lado y se agarró en una mesa. Todos sus pensamientos habían huido. No quería creer lo que estaba viendo. No quería ver lo que tenía delante. No quería comprenderlo.

—Papá —dijo. La palabra le salió quebrada.

Tamara ahogó un grito.

«Debe de quererte mucho», dijo Aaron, lo que a Call le pareció totalmente errado a la vez que cierto.

—Papá —repitió, y la forma fluyó hacia él, envolviéndolo en un viento arremolinado. No había nada reconfortante en ese contacto. Era demasiado inhumano, demasiado frío.

—Call —repuso la voz de Alastair—. Lo siento, pero esta es la única manera en la que puedo ayudarte.

—Podrías haber buscado a otro —replicó Call.

—No teníamos tiempo —le dijo Alastair.

—Pero ¡tú odias la magia! —gritó Call, enfadado. No era justo. No era justo que Alastair tuviera que sacrificarse. Nada de todo eso era justo, nada de todo eso había sido nunca justo, pero Alastair no tendría que haberlo perdido todo—. ¿Y ahora cómo vas a ir a los mercadillos de los garajes? ¿Cómo vas a reparar los coches? ¿Cómo vas a conducirlos? —Se atragantó—. ¿Y qué hay de nuestra vida juntos? ¿Eh? ¿Qué hay de nuestra vida?

—Tenía que ayudarte, Call —respondió Alastair—. Yo no tendría vida si algo te ocurriera. Eres mi hijo.

—¡Y tú eres su padre! —intervino Tamara—. ¡No deberías haberlo hecho! ¡Call te necesita!

—Tampoco era lo que yo quería —dijo Alastair—. Echaré de menos ir al cine, reparar coches juntos, pasear a *Estrago*, ser padre e hijo. Ser parte de su vida cuando sea adulto y se case; jugar con mis nietos.

Tamara parecía muy afectada.

—Quizá este es el precio que debo pagar por no haberle explicado a Call la verdad sobre la magia durante todos esos años —continuó Alastair—; por cada una de las veces que no he confiado en él. Tenemos que confiar en la gente que amamos.

—Ahora es aún más importante que la Asamblea cambie sus reglas respecto a los Devorados —indicó Jasper, sombrío—. Para que Alastair pueda estar a veces con Call y para que Tamara pueda ver a Ravan.

—¡Ravan! —exclamó Tamara—. Hay que llamarla a ella y a los otros. ¿No tenemos que estar en la torre de Alex al amanecer?

—Alastair. —La voz del Maestro Rufus resonó en la sala—. Has hecho algo muy noble. Noble y doloroso. Incluso si el Magisterium no lo hace, después de esto, yo sí que haré todo lo que pueda por ayudarte.

—Muchas gracias, mi viejo profesor —respondió Alastair—. Os estaré esperando en el exterior de la Puerta de la Misión al

amanecer.

Se disolvió en el aire y desapareció.

Call se dejó caer sobre la mesa. En ese momento, no le importaba Alex. No le importaba nada que no fuera su padre. No podía pensar en nada excepto en Alastair, y en que estaba bien y a la vez nunca más volvería a estar bien. Sentía todo el cuerpo como adormecido. Adormecido y raro.

—Tamara, Gwenda, Jasper —dijo Rufus—. Id a prepararos para mañana. Tenéis uniformes nuevos. Tejidos en la tela, llevan hechizos para repeler la magia negra.

«No sabía que se pudiera hacer eso», se maravilló Aaron.

—Callum, quédate un momento —continuó Rufus—. Quiero hablar contigo.

Se fueron los tres, aunque Tamara lo hizo a regañadientes. Call notaba que quería quedarse con él. Y él también tenía que prepararse. Tenían que salir a primera hora de la mañana. Pero no se sentía capaz de levantarse. De algún modo, lo que había hecho Alastair había sido la gota que había colmado el vaso.

—Call —comenzó el Maestro Rufus—. Quiero que sepas una cosa.

Call alzó la cabeza.

—He tenido muchos alumnos durante todos estos años —continuó Rufus—. Algunos de los mejores que han salido del Magisterium. Y otros de los peores.

Call lo miró, obediente. Esperaba que el Maestro Rufus le dijera lo decepcionado que estaba con él.

—Y sé que no siempre he estado a tu lado cuando me necesitabas. Pensaba que tú, más que los otros, necesitabas encontrar tu propio camino. A menudo ha sido doloroso no echarte una mano. Y cuando se te dio la opción de huir en vez de enfrentarte a un Devorado del caos, no la aceptaste. —El Maestro Rufus inclinó la cabeza—. Creo que, de todos mis alumnos, tú eres el que ha hecho que me sienta más orgulloso.

«Umm», masculló Aaron.



—Mañana estaré contigo —continuó Rufus—. Pase lo que pase, estaré junto a ti y Tamara. No podría pedir mayor honor.

Call se aclaró la garganta.

—Gracias, Rufus.

Su Maestro asintió con la cabeza y se marchó como siempre, sin ninguna ceremonia.

Call fue a su dormitorio, agotado hasta la médula. *Estrago*, que había estado encerrado allí, saltó sobre él con entusiasmo. Call se tiró sobre la cama y trató de dormir.

No creía que fuera a conseguirlo, pero, agotado y agobiado, cayó redondo.



Al despertar, Call se sentía menos decepcionado con el mundo. Aún tenía miedo por su padre, pero estaba empezando a ver que ser un Devorado del aire podría no ser tan malo. Al menos, su padre no iba a envejecer y morir, como los otros padres. Call moriría mucho antes. Y quizá Alastair podría prepararle la comida y cuidarlo igual que había hecho antes, aunque lo cierto era que nunca había sido un gran cocinero y que seguramente Call se iría al Collegium. Si no moría.

«Tu actitud positiva no ha durado mucho», comentó Aaron.

—Ya me conoces —repuso Call—. No es fácil vivir juntos, sobre todo en la misma cabeza, pero me alegro de que hayas estado conmigo. Me alegro de que fueras tú el que ha estado en mi cabeza. Pase lo que pase, siempre serás el mejor amigo que haya podido tener.

«No mucha gente hubiera aceptado tenerme aquí —dijo Aaron—. Y casi nadie hubiera arriesgado lo que tú arriesgaste para devolverme la vida. Siempre haces como si tuvieras que agradecerme que sea tu amigo, solo porque soy agradable y

educado, y puedo caerle bien a la gente. Pero yo soy el que debería estar agradecido, Call. Y lo estoy».

Call sonrió de medio lado. Mientras se vestía con lo que el Magisterium le había preparado, se sentía un poco incómodo, pero, en general, sorprendentemente tranquilo. Se ató las botas, se metió *Miri* bajo el cinturón y fue a la sala común, donde se encontró con Gwenda y Jasper besándose en el sofá. Fue un poco como pasear por un campo de margaritas una hermosa mañana de primavera y ser atropellado por un camión.

«¡Agggg!», exclamó Aaron.

—¡Mis ojos! —gritó Call mientras se los tapaba con la mano.

Tamara entró en la sala justo a tiempo de ver a Jasper y Gwenda apartarse de golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el ceño fruncido—. Me ha parecido oír gritos.

Jasper estaba rojo hasta el cuello.

—Estábamos, umm, resolviendo ciertos asuntos entre nosotros.

Gwenda miraba tímidamente hacia el suelo. Tenía una sonrisa en los labios.

—Eso no me lo esperaba —soltó Call, un poco asombrado.

—¿Estás de broma? —Tamara le dio un codazo en el costado—. ¡Se veía venir desde siempre! ¿De qué creías que iba todo ese flirteo en el coche?

—¿Flirteo? —preguntó Jasper.

Se había molestado. Pero Gwenda y Tamara compartieron una sonrisa.

—Venga —dijo Tamara—. Vamos a desayunar y luego a luchar contra el Señor del Mal. El auténtico Señor del Mal.

Comieron deprisa. Gwenda y Jasper se dieron la mano durante todo el tiempo, y Call no paraba de preguntarse si debería haber besado a Tamara, o haberle cogido la mano, o algo así. No era justo que Jasper se pasara el rato siendo ridículo, pero luego resultara que sabía más que Call sobre relaciones y chicas, y a veces incluso sobre magia.

«A Tamara le gustas —lo animó Aaron—. Recuerda: hoy somos optimistas».

—Tú siempre eres optimista —murmuró Call.

En ese momento, llamaron a la puerta y no hubo más tiempo para charlas. Llegaron el Maestro Rufus, la Maestra Milagros y el Asambleísta Graves. Les traían cuerdas mágicas.

—No vamos a ataros los brazos con fuerza —dijo Graves—, pero debemos aparentar que estamos cumpliendo sus órdenes.

—Tamara —intervino la Maestra Milagros—, tu hermana está aquí y quiere hablar contigo.

—¿Ravan? —preguntó Tamara.

—Aún no la hemos invocado. Es Kimiya la que quiere hablarte. Te está esperando en la Puerta de la Misión.

De repente, Call recordó que Alex había exigido que le entregaran también a Kimiya, porque creía que seguía siendo su novia.

También recordó la última vez que había visto a Kimiya. Le echaba los brazos al cuello a Alex, que estaba encantado, mientras Tamara ponía la misma cara que si le hubiesen dado una patada en el estómago. Eso no hacía que le cayera demasiado bien.

Tamara tragó con fuerza.

—De acuerdo. Quiero verla.

Siguieron al Maestro Rufus por el pasillo. El optimismo de Call se fue transformando rápidamente en tensión, mientras pasaban grupos de alumnos, que los miraban silenciosos. Estaba seguro de que la mayoría no sabía lo que estaba pasando, pero sabían lo suficiente para entender que era algo malo. Después de todo, muchos habían presenciado el ataque de Alex, y todos habían visto la torre de oro que se alzaba en el horizonte, como un puñal dirigido al cielo.

Call iba fijándose en las cosas al pasar. La puerta de sus habitaciones de antes, las que había compartido con Tamara y Aaron. El camino hacia el comedor. El retorcido pasillo que llevaba a la biblioteca. Los dibujos que formaban las piedras brillantes de las

paredes. No podía evitar preguntarse si sería la última vez que los veía.

De repente se oyó un fuerte ladrido. *Estrago* había logrado salir de su encierro y corría por el pasillo. Casi se estrelló contra Call y saltó para ponerle las patas sobre el pecho, gimiendo desesperado.

—¿Qué te pasa? —Call le acarició la cabeza—. ¿Qué te pasa, muchacho?

«Nada —contestó Aaron—. Quiere ir contigo».

—Quiere venir —dijo Tamara—. No deberíamos dejarlo atrás.

—Pero ya no es un lobo caotizado —replicó Call—. No es justo llevárnoslo.

—¿Y no es mejor que quiera ir contigo por amor y lealtad, que no porque está ligado a ti por el caos? —preguntó Rufus—. Es tu lobo, y creo que se ha ganado su lugar a tu lado.

Así que los seis salieron por la Puerta de la Misión: el Maestro Rufus, Tamara, Gwenda, Jasper, Call y *Estrago* en la retaguardia.

Call vio a Kimiya al instante. Estaba con los señores Rajavi, que la rodeaban formando un apretado grupo familiar. Todos miraban inquietos a Alastair, que flotaba translúcido cerca —pero no demasiado— de un grupo de miembros de la Asamblea.

Después de lo que le había pasado a Ravan, Call no podía culpar a los Rajavi por mirar así a Alastair. Cualquier Devorado les debía de horrorizar. Pero, de todas formas, sí los culpó.

Inmediatamente, Tamara se apartó del grupo y corrió hacia su familia. Los demás siguieron avanzando hacia Alastair y los magos. *Estrago* y Call saludaron a Alastair. Este le pasó una mano de aire a Call por el cabello, que le puso en punta los mechones sin ni siquiera tocarlos. *Estrago* olisqueó alrededor de Alastair y ladró preocupado cuando le atravesó las piernas.

Alrededor pululaban unos cuantos miembros de la Asamblea, hablando con unos magos que Call no conocía y que les explicaban cosas sobre la torre. Al parecer, la habían construido con todo lujo de detalles, con una sala de televisión y un montón de habitaciones, pero habían usado los mismos materiales encantados que en el

Panopticon. Desde dentro, a Alex le costaría mucho más invocar a las criaturas del caos, y planeaban sellar la entrada en cuanto Call y su gente estuvieran dentro.

También permitiría a los magos ver a través de las paredes para observar lo que ocurría y acudir en ayuda de Call, si era necesario.

—Aunque eso conlleva el peligro de que Alex Strike pueda invocar a más elementales del caos —dijo Graves.

«Dile que no vas a necesitar ayuda —indicó Aaron—. A la gente le gusta oír esa clase de cosas».

«Pero ¿y si la necesito?», quiso saber Call.

«Tú, díselo —contestó Aaron—. No va a ayudarte más o menos, le digas lo que le digas. Pero pensará que eres muy valiente y le caerás mejor».

A veces, Aaron podía dar un poco de miedo. No, mucho miedo.

—Puedo ocuparme de Alex —dijo Call.

Graves pareció aliviado.

Antes de que le hicieran prometer alguna cosa más, Call fue hacia donde Tamara estaba saludando a su familia.

—Le he estado diciendo a todo el mundo lo mucho que lo siento —explicaba Kimiya—. No me di cuenta de lo furioso que estaba Alex. Pensé que sería divertido crear nuestra propia organización, tener algo nuestro. Alex decía que la Asamblea nos había mentido a todos, que Constantine llevaba muerto mucho tiempo y que solo quería tenernos a todos asustados. Y cuando me di cuenta de que era cierto, de que Constantine estaba muerto, me creí todo lo demás también. Nunca pensé que pudiera hacer daño a Aaron. Si lo hubiera sabido... todo habría sido diferente.

Tamara lanzó a su hermana una mirada suspicaz.

—Quería hacer daño a la gente. E hizo daño a la gente.

—Aposté por alguien a quien quería —replicó Kimiya, mirando fijamente a Call. Lo que era injusto. Bueno, solo un poco injusto—. Y me equivoqué. Pero ahora estoy aquí para ayudar a derrotarlo.

Tamara miró a su hermana sin cariño ni confianza. A veces, Call olvidaba lo inquebrantablemente obstinada que podía llegar a ser.

—No te van a atar —le dijo a su hermana—. Tendrás que ser la que actúe primero. En cuanto estemos dentro, debes asegurarte de que los Devorados tengan lo que necesitan para manifestarse. Incluida Ravan.

Se oyó una pequeña explosión cuando dijo «Ravan»; su hermana apareció, una pluma de humo y llamas.

—¡Ravan! —exclamó Tamara, con un suspiro de alivio—. Estás aquí.

La Devorada del fuego se acercó con su movimiento ardiente. Se podía ver la silueta de Ravan, su pelo largo y su rostro joven, dibujado por las llamas.

—Mi pequeña familia, hecha de cera y yesca. ¿Me teméis?

La señora Rajavi negó con la cabeza.

—No puedo mirar —dijo, y se volvió, con el rostro manchado de lágrimas.

—Madre, ¿no me ves? —preguntó Ravan agitándose—. ¿Dirás que no me conoces?

—Ravan —dijo la señora Rajavi, con una pena inmensa en la voz—, te conocíamos antes, pero no estamos seguros de conocerte ahora.

—Tal vez sea incognoscible. —Su fuego titiló—. Pero de todas formas arderé por vosotros.

—Mis hijas —sollozó la señora Rajavi—. Oh, Ravan. Oh, Tamara y Kimiya, ¿voy a perderos a todas? ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Por qué a nuestra familia?

Tamara y Kimiya rodearon a su madre para consolarla. Call siempre había tenido sentimientos encontrados respecto a los Rajavi. Habían sido muy fríos con él, pero amables con Aaron, y siempre le habían parecido severos y crueles. Pero al darse cuenta de que en ese día podrían perder a todas sus hijas, Call se apartó para darles espacio.

Al instante fue acaparado por el Maestro Rufus.

—Call, es el momento de invocar a los otros dos Devorados.

Call siguió al Maestro hasta el centro del corrillo de magos. Jasper y Gwenda ya estaban allí. Los magos observaron en silencio mientras Jasper formaba un pequeño charco de agua, que comenzó a burbujear a sus pies. Se arrodilló y lo tocó.

—Lucas —llamó, y brincó hacia atrás, sobresaltado, cuando el agua del charco salió disparada hacia arriba en una columna que fue adquiriendo la forma de Lucas, el Devorado del agua. Los magos ahogaron gritos de sorpresa y varios retrocedieron.

Era el turno de Call. Se sacó la geoda de Greta del bolsillo, se agachó y la tiró con toda la fuerza que pudo contra una roca.

La piedra se hizo brillantes añicos. Todos observaron los fragmentos, expectantes. No pasó nada.

—¿Crees que está funcionando? —le susurró Jasper al oído.

—¡Eh! —dijo una voz aburrida y, al volverse, vieron a Greta: un montón de rocas flotando en el borde del círculo—. Estoy aquí.

Lucas y ella se miraron. Alastair se les acercó lentamente, y Ravan fue hacia ellos, soltando chispas. Todos los magos se apartaron para dejar sitio a los Devorados, o quizá para apartarse de ellos.

Al oír gritos, Call se fijó en que Gwenda tenía una feroz discusión con el Maestro Rufus.

—Yo también debo ir —decía ella—. ¡Soy del mismo grupo de aprendices! ¡He ayudado a reunir a los Devorados!

El Maestro Rufus negó con la cabeza.

—Absolutamente, no, Gwenda. Call, Jasper y Tamara van porque Alex exigió que fueran. ¡No voy a poner en peligro a otro alumno sin ninguna buena razón!

—Es una buena razón —exclamó Gwenda—. ¡Puedo ayudar a protegerlos! —Se volvió en redondo y vio a Call—. Dile que tengo que ir con vosotros.

Call vaciló un instante.

—Gwenda, has sido una gran amiga y nos has salvado el culo un montón de veces desde que comenzó el Curso de Oro. Lo siento si alguna vez te infravaloré. Pero Alex no va a dejarte entrar con

nosotros. En cuanto vea a alguien a quien no ha pedido, dejará suelto el caos.

A Gwenda le brillaron los ojos de rabia, pero Call vio que sabía que no le mentía.

—No quiero quedarme atrás —insistió ella.

Call miró al Maestro Rufus.

—¿No podría ir con los profesores y la Asamblea? —le preguntó—. Sería lo justo.

El Maestro Rufus suspiró.

—Veré qué puedo hacer.

—¡Atención! ¡Escuchadme todos! —La voz del Asambleísta Graves resonó amplificada y con eco—. Callum Hunt, Tamara Rajavi, Jasper deWinter, por favor, venid aquí.

Tamara se apartó a regañadientes de su familia. Jasper se alejó de Lucas, y unos segundos después, ya estaban los tres ante Graves y junto a *Estrago*, que se había colocado al lado de Call.

—Ese lobo caotizado... —comenzó Graves, con enfado.

—No está caotizado —puntualizó Call—. Es un lobo normal.

Graves miró a *Estrago*, que le devolvió la mirada con unos grandes ojos verdes de lobo.

—Hubiera jurado...

Tamara soltó una risita y se calló al instante. Graves la miró mal.

—Atadles las manos —dijo.

La Maestra Milagros y el Maestro North se colocaron detrás de ellos. Call y los demás pusieron las manos a la espalda, y los profesores comenzaron a enrollarles tiras de metal flexible encantado en las muñecas. Call sabía que era necesario, pero la furia bullía en su interior.

—Caerán si tiráis tres veces de ellas rápidamente —les explicó Graves—. Pero también se destruirán, así que no lo probéis antes de tiempo.

Tamara lo miró con aire culpable; era evidente que había estado a punto de hacer justo eso.



Alastair se arremolinó y se convirtió en viento, soplando alrededor de la cabeza de Call.

—Estaré contigo —le prometió.

Al instante, un silbato de metal le cayó entre las manos atadas. Cerró los dedos con fuerza sobre él. Cuando miró a Jasper, este tenía una botella de agua en el bolsillo. Tamara tenía una bellota, y Kimiya, un montón de cerillas que parecían quemadas por la punta, como si Ravan no hubiera querido dejar de arder.

—Preparaos —avisó Graves—. Vamos a volar hacia la torre.

Alrededor, los magos se elevaron en el aire. Call notó que alguien lo alzaba, y notó el viento que soplaba bajo él, pero con Alastair tan cerca, incluso aunque su magia estuviera atada, no podía tener miedo. Recordó lo mucho que había deseado esa sensación de no tener peso, lo mucho que había querido volar para no sentir las dificultades de tener una pierna que siempre le dolía.

Pero ese había sido un deseo infantil. Sus problemas actuales no se podían resolver con un poco de magia.

«Pero quizá sí se resuelvan con mucha magia», dijo Aaron dentro de su cabeza.

Volaron sobre campos y carreteras grises serpenteantes. El bosque y el Magisterium fueron quedando atrás. Call miró a *Estrago*, que giraba en el aire, sacudiendo las patas, y a Tamara, cerca de él, con su oscura melena ondeando como una bandera. Ella le devolvió la mirada y le lanzó una sonrisa de ánimo.

Más allá se alzaba la torre de oro, cada vez más cerca. A pesar de haberse construido con tanta rapidez y con el único propósito de apaciguar a Alex y darles tiempo, la brillante torre era hermosa y formidable. Call se preguntó para qué podrían usarla pasado ese día.

Suponiendo, claro, que no fuera a servirle de tumba.

Aterrizaron en el césped ante la única puerta de la torre. En cuanto los pies tocaron el suelo, una oscura nube cruzó el cielo. Alex anunció su llegada con un rayo, que cayó sobre una zona de follaje, chamuscándolo; todos pegaron un brinco, sobresaltados.

—Este niño es ridículo —masculló Graves.

En el cielo, Alex y su séquito se hicieron visibles.

Alex volvía a montar sobre el elemental del caos con forma de dragón, pero su vestimenta se había vuelto más elaborada. Iba de negro, naturalmente, y llevaba unas botas negras con unas enormes hebillas de plata en forma de rayos. Una capa le colgaba de los hombros.

«¿De verdad se ha puesto una capa?», preguntó Aaron.

«Sí», pensó Call.

Sin duda lo era; ondeaba bajo la brisa. También se había engominado el pelo para ponérselo en punta. A su lado, volaban dos elementales del caos, ambos con forma de caballo, aunque menos definida. A veces parecían tener alas; otras veces, en vez de patas, parecían tener los inquietos tentáculos de un pulpo. Call supuso que uno era para Anastasia. El otro, temía que fuera para Kimiya.

Mientras Alex tomaba tierra, la capa ondeaba al aire, y Call pudo observar una corona de un metal apagado sobre su cabeza, con puntas como dientes. Por un momento, aunque sabía que todo estaba calculado, que Alex solo pretendía impresionarlos con su apariencia, Call se impresionó. Sintió un hilillo de miedo y se estremeció.

—Asambleístas del mundo de los magos y demás personalidades, me alegro de que hayáis decidido ceder ante mis exigencias y aceptar mi superioridad —dijo Alex—. Esta torre que me habéis construido está bastante bien. Tengo la intención de reinar desde ella tranquilamente y no molestaros mucho. No quiero hacer esas cosas asquerosas de Enemigo de la Muerte, como revivir a gente o a animales. Eso no me va. Lo mío es dejar que todo el mundo sepa lo asombrosamente aterrador que soy.

—¿Te refieres a todo el mundo de los magos? —preguntó Graves. Aunque todo fuera una farsa, parecía furioso—. Aún tienes intención de mantener los grandes secretos de la magia, ¿verdad?

Alex soltó una risotada, y las criaturas que le rodeaban relincharon y crepitaron. Eso era más terrorífico que nada de lo que

había dicho. Quizá fuera un muchacho ridículo, como había dicho Graves, pero podía acceder a un enorme poder y a criaturas capaces de ejercerlo.

—¿El qué? —se burló.

—¡El silencio del mundo de los magos! —atronó Graves—. No explicamos a los que no tienen magia la existencia de la magia. Les pondría en peligro, a ellos y también a nosotros. Ya ha sido difícil construir esta estúpida torre sin que se enteraran de la magia que se estaba empleando...

—Mi torre no es estúpida —replicó Alex, e hizo un pequeño gesto hacia Graves. Un fuego negro le salió disparado de los dedos y se tragó al Asambleísta. En unos segundos, no quedó nada de él excepto un círculo carbonizado en la hierba.

Kimiya gritó. Enseguida trató de disimular el grito, con un evidente esfuerzo, cuando Alex la miró ceñudo. Los magos también gritaban y sus voces resonaban por el claro. Jasper miraba a Gwenda, con el rostro contraído en una mueca de preocupación. Tamara meneaba la cabeza, con aspecto sombrío.

El Maestro Rufus se colocó sobre el círculo ennegrecido.

—Alex Strike —dijo.

Alex se echó a reír.

—Maestro Rufus. Joseph solía hablar de ti todo el rato. El gran mago que había enseñado a Constantine Madden. Pero siendo tu asistente, yo no vi ninguna grandeza. Constantine fue poderoso a pesar de ti, no gracias a ti. —Pasó la mirada a Call, y se le formó una sonrisa cínica en los labios—. Después de todo, mira lo mal que lo has hecho con Call.

—Puedes hacer conmigo lo que has hecho con Graves —dijo Rufus, y Call se puso tenso. No soportaría que Alex borrara a su profesor de la faz de la Tierra. Se soltaría las manos, y eso lo estropearía todo—. Pero entonces no conseguirás nada de lo que deseas. Comenzará la guerra con la comunidad de los magos, y has dicho que no es eso lo que quieres. Quieres que te dejen en paz.

—Cierto —asintió Alex mientras se observaba las uñas.

—También sería más fácil para ti que el mundo corriente no supiera nada de nosotros —prosiguió Rufus—. Piensa en lo que podrías hacer. Con tu magia, podrías engañarlos y ganar millones.

Alex rio.

—Quizá sí que seas brillante, Rufus. Muy bien. Guardaré el secreto. —Volvió sus ojos, relucientes y llenos de estrellas, hacia Kimiya—. Vamos, cariño. ¿Aún me amas?

Kimiya esbozó una brillante sonrisa. Call se puso nervioso al verla correr por la hierba hacia Alex y cogerle el brazo. O estaba haciendo una valiente interpretación o los iba a traicionar a todos.

Alex se inclinó para besarla. Tamara hizo un ruido de asco. Por suerte, fue un beso breve. Alex se apartó sonriendo y apoyó el brazo sobre los hombros de Kimiya.

—Que los rehenes avancen —ordenó Alex—. Que se dirijan hacia la entrada de la torre.

Call miró a Tamara. Su mirada encontró la de ella. Al menos, estaban juntos en esto. Y Aaron también. Los tres contra el mundo. ¿Quién le hubiera dicho, cuando Rufus los escogió, que se convertirían en las personas más importantes en su vida? Miró a Jasper, a su gesto decidido. Call nunca había imaginado que llegarían a ser amigos, pero, de algún modo, siempre que había necesitado que le salvaran, Jasper había estado ahí, tendiéndole la mano, normalmente con algún comentario sarcástico, pero dispuesto a ayudarle.

Comenzó a avanzar, y los demás le imitaron. Atravesaron la zona de hierba y caminaron hasta la grava. Aún estaba revuelta por los pasos de los magos que habían estado construyendo la torre. *Estrago* corrió a su lado y mantuvo su cuerpo peludo pegado a la pierna de Call con gesto protector.

Call se volvió a mirar hacia atrás. Los magos de la Asamblea parecían estar muy lejos. Solo podía ver a Gwenda y a Rufus...

Con un movimiento de la muñeca, Alex lanzó una ráfaga de fuego de caos hacia ellos. Call contuvo un grito al darse cuenta de que Alex no estaba atacando; estaba levantando una barrera

protectora. El fuego alzó una infinita muralla que se curvó alrededor de ellos, y dejó a Jasper, Call, Tamara, Kimiya, *Estrago* y Alex fuera del alcance de los magos, aunque sí que les permitía el acceso a la torre.

—Vamos a ver nuestro nuevo hogar —se burló Alex—. Callum, tú primero.

Tras una última mirada al muro de fuego que lo separaba del Maestro Rufus, Call avanzó hacia la puerta de la torre de madera maciza. No pudo abrirla, así que se quedó junto a ella hasta que uno de los elementales del caos se acercó. Lanzó un tentáculo hacia la puerta, pero, cuando la tocó, desapareció el picaporte y se abrió un agujero.

—¡Automotones! —gritó Alex—. Encárgate tú.

El enorme elemental surgió del humo que los rodeaba y avanzó hacia la puerta. Call se lo quedó mirando; ya habían luchado contra él una vez y casi les había costado la vida.

Automotones fue tambaleante hacia la puerta, con los ojos, que eran engranajes, chirriando y rodando. Alargó una mano y una espada vibrante y zumbante apareció en su puño. Serró la puerta hasta que un gran trozo cayó al suelo.

«Alex va a tener que arreglar esa puerta —pensó Call—. Sin duda no es un tipo que planee a largo plazo».

Automotones retrocedió y todos pasaron al interior con distintos niveles de reticencia. La planta baja era una gran sala redonda, vacía excepto por una alfombra y una escalera de caracol.

Call empezó a subir y los otros le siguieron.

El primer piso era también una enorme sala con grandes ventanales, a través de los cuales Call pudo ver las copas de los árboles. Había varios sofás y una pequeña cocina; también se veía una gran pantalla como la de la Galería, donde Alex solía proyectar películas. Como Call no estaba seguro de adónde quería Alex que fuera, se detuvo allí y fue hacia el rincón más lejano. Tamara le siguió, y luego, Jasper.

—Ahora —les dijo Call.

Tiró tres veces de las cuerdas que le ataban las manos y estas quedaron libres. Luego se llevó el silbato a la boca y sopló. No se oyó nada, pero vieron un fuerte viento que recorrió la sala, tomó la forma de Alastair y desapareció de nuevo. Junto a él, Lucas se manifestó, y luego Greta. Ambos habían desaparecido para cuando Alex entró en la sala. Call mantuvo las manos a la espalda, aunque ya no estaban atadas. Tamara y Jasper le imitaron.

Alex sonrió satisfecho mientras se paseaba para admirar su nueva casa, con la capa ondeando tras él. Kimiya iba de la mano de Alex y sonreía. Call pensó que la sonrisa parecía forzada.

Esperaba que fuera forzada.

—Bonito, ¿no crees? —dijo Alex, y con un amplio gesto indicó todo el espacio: el suelo de mármol, los grandes sofás con cojines, la enorme televisión—. ¡Mamá! ¡Ya estoy en casa!

«Anastasia —pensó Aaron—. Pues claro que estará por aquí».

—¿Alex?

Todos se quedaron inmóviles mientras Anastasia bajaba por la escalera desde el piso superior. Llevaba un vestido blanco y una especie de bata de gasa. Se había recogido el cabello blanco en un moño apretado.

Miró a Call durante un largo momento, pero él no pudo descifrar su expresión. Se sintió helado por dentro. ¿Y si había visto por la ventana lo que le había ocurrido a Graves? ¿Y si se estaba repensando todo el asunto?

«Cálmate —le recomendó Aaron—. Eso no lo sabes».

Pero también parecía asustado.

Anastasia cruzó la sala para reunirse con Alex, que sonrió de oreja a oreja. Miró a Call esbozando una mueca de suficiencia que parecía exagerada, como si la hubiese practicado ante el espejo.

—Creías en serio que el Magisterium valoraba tu vida lo suficiente para salvarte, ¿eh, Call Hunt? —Se rio—. Pero os han entregado a los tres. Son cobardes, como todos los magos. Leí un montón de libros en casa del Maestro Joseph, y lo que pensaba al leerlos era en lo débiles que se habían vuelto. Los Magos solían ser

algo especial. Solían emplear su poder para algo más que para mantener a la gente a salvo de los elementales. Pronto estarás muerto, Callum. Y, entonces, todos tendrán que reconocer que soy el mejor mago de cualquier generación, el que derrotó al Enemigo de la Muerte.

—No me has derrotado —replicó Call—. Ha sido el Magisterium el que me ha atado, no tú.

—¡Y a quién le importan los detalles técnicos! —gritó Alex—. A nadie le importa la historia real. ¿Crees que a alguien le importaba que Constantine quisiera a su hermano o que su madre lo quisiera a él? No, porque eso es aburrido. Y a nadie le importará lo fácil que me lo ha puesto el Magisterium para matarte. Solo importará que lo haya hecho yo.

—Pero no a Tamara, ¿verdad? —dijo Kimiya—. Es mi hermana. Alex vaciló.

—Pero es leal a mi enemigo, Kimiya.

—Podríamos matar a los dos chicos y encerrar a la chica en la mazmorra —dijo Anastasia, conciliadora.

—¿Hay una mazmorra en este sitio? —preguntó Jasper.

—Claro que hay una mazmorra —replicó Alex—. Y no hables sin mi permiso, deWinter. Tú debías haberme sido fiel a mí. Tu padre era fiel al Maestro Joseph.

—Mi padre se equivocaba —respondió Jasper a media voz.

Call se lo quedó mirando. No creía haberle oído decir eso nunca.

—¡Te he dicho que no hables! —aulló Alex.

—¿O si no qué? —replicó Jasper—. ¿Me vas a matar?

—Ya basta —dijo Call—. Nadie tiene por qué morir. Quizá podríamos llegar a algún acuerdo.

—Nada de acuerdos, Hunt —replicó Alex—. Esta vez no tienes nada que yo quiera. Me importa un bledo lo de resucitar a la gente. Lo que quiero es poder. Y también venganza. —Sonrió de medio lado—. Quiero que os pongáis en fila ante mí. —Las estrellas en sus ojos eran pequeños agujeritos—. Primero, Tamara; luego, Jasper, y

luego, tú, Call. Os voy a matar en ese orden; verás morir a tus amigos, makaris.

—¡Has dicho que no le harías daño a Tamara! —gritó Kimiya.

—He cambiado de idea —contestó Alex, alzando la mano. Le relucía con una luz oscura, un halo de negrura alrededor de los dedos.

Kimiya se apartó rápidamente de él y cogió la caja de cerillas con manos temblorosas.

Alex se volvió en redondo hacia ella; un humo negro le rodeaba las manos. Call miró a Tamara y a Jasper, ambos muy pálidos, pero los dos negaron con la cabeza como para decir: «Aún no».

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alex a Kimiya, de malos modos.

—Solo estaba... —comenzó a decir Kimiya, pero pareció quedarse sin palabras. Claramente aterrorizada, se fue alejando de Alex, que caminaba hacia ella. La caja de cerillas se le cayó de las manos.

—¿De verdad piensas traicionarme? —quiso saber Alex—. ¿A mí, que te iba a salvar de tu aburrida vida de antes?

—No es así como dijiste que sería —respondió Kimiya—. Nunca me dijiste que pretendías matar a gente.

—¿Así que has conspirado contra mí? ¿Con estos perdedores? —Alex meneó la cabeza. Alzó la mano, y un rayo de caos le fue creciendo en la palma. Tamara se lanzó contra él, dejando de fingir que tenía las manos atadas. Él abrió el brazo, con la fuerza del caos, y la envió volando hacia un lado. Call también separó las manos mientras le inundaba una oleada de furia. ¿Cómo se atrevía a tocar a Tamara? ¿Cómo se atrevía a amenazar a sus amigos?

Aún estaba invocando al caos en su interior cuando Alex lanzó el rayo de fuego negro. Fue directo hacia Kimiya.

En el mismo instante, el caos estalló desde la mano de Call. Los dos torrentes de luz negra se encontraron en el aire. Pero ninguno se disolvió. Chocaron y rebotaron contra la pared de la torre, convirtiendo la piedra en polvo.



—¡Guau! —exclamó Jasper.

Call pensó lo mismo. El caos había atravesado la roca, el metal y el vidrio, y ahora había un agujero del tamaño de un camión en el muro de la torre. Al otro lado, Call pudo ver el campo que se extendía ante la torre. El muro de caos ardiente estaba apagándose, aunque parecía que los magos aún no lo podían cruzar. Muchos de ellos miraban hacia la torre, boquiabiertos, y unos cuantos hasta la señalaban y soltaban exclamaciones.

Entonces, el enorme rostro de metal de Automotones ocupó el hueco. Kimiya gritó, y Tamara la agarró y la tiró al suelo. La bellota se le resbaló de la mano. A Jasper se le cayó la botella de agua, que golpeó contra el suelo, salpicando por todas partes. Call sacó el silbato del bolsillo y lo agarró con fuerza.

Anastasia se agachó y cogió la caja de cerillas.

Alex se volvió hacia Call, con una sonrisa siniestra en el rostro.

—¡Oh, así que tenéis la intención de luchar contra mí! Por eso vinisteis voluntariamente. El Magisterium y la Asamblea pagarán por haberme engañado, pero tú vas a pagar primero.

—¿De verdad? —preguntó Call.

—¡Soy el caos! —gritó Alex—. ¡Me he convertido en el vacío!

—Cállate ya —replicó Call—. A nadie le interesa.

Alex se lo quedó mirando boquiabierto. Call no pudo evitarlo. Había comenzado a sonreír. Porque detrás de Alex, el aire se estaba compactando para formar la alargada silueta de Alastair. *Estrago* ladró cuando Lucas se alzó del charco del suelo, reluciente y plateado. Y de la bellota chafada de Tamara surgió Greta, un río de tierra y barro alzándose.

—¿Qué es esto? —Alex se volvió en redondo y alzó las manos de nuevo. Los miró incrédulo—. Son Devorados. ¿Por qué están aquí? ¿Por qué estáis aquí?

—Anastasia —llamó Call—. Enciende la cerilla.

Ella volvió sus claros ojos hacia él con una extraña expresión en ellos.

«Mamá. Tendrías que haber dicho “mamá”», le recordó Aaron, pero era demasiado tarde. Call no lo había hecho y en ese momento, Anastasia supo que le había estado mintiendo.

Todo se estaba yendo al traste.

Anastasia dio un paso hacia él, con ojos furiosos. Una mancha gris se interpuso entre ambos; era *Estrago*, que cerró las fauces sobre la muñeca de Anastasia. Esta gritó y soltó las cerillas. Alex envió otro rayo de caos, esta vez hacia *Estrago*, pero el lobo se apartó de un salto y el fuego negro se estrelló contra la pared de la torre. Más piedra se desmoronó.

—¡Por tu culpa estoy destrozando mi torre! —le gritó Alex a Call —. ¡Siempre lo estropeas todo!

Call no podía negarlo. Más que ser un makaris, ese parecía ser su superpoder.

Kimiya volvía a tener las cerillas. Con manos temblorosas, sacó una y la encendió. La llama prendió y un instante después, Ravan estaba allí.

Miró a su hermana y una sonrisa maliciosa se fue extendiendo por su rostro.

—Preparaos —dijo Call en voz baja.

«Preparados», respondió Aaron.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó Alex cuando los Devorados corrieron hacia él.

Fue como si el mundo estuviera desplomándose sobre sí mismo. Cada uno de los elementos chocó contra el caos: la fuerza del aire, el ardiente calor del fuego, el constante movimiento del agua, el imponente peso de la tierra. Todos cayeron sobre Alex con el poder destructivo de mil tornados cruzando los campos, de mil volcanes haciendo erupción con una fuerza que oscurecía el cielo, de mil terremotos sacudiendo y destrozando ciudades, y de mil inundaciones arrastrando pueblos enteros en medio de una espuma de agua enfurecida. Eran humanos y, a la vez, no; Call alzó la mano ante el rostro para protegerse, mientras los Devorados rasgaban salvajemente el caos que rodeaba a Alex. Era como si estuvieran

haciéndolo añicos con las manos. Trozos oleosos de nada que se disolvían por completo en el aire.

Alex lanzó un penetrante grito de agonía que preocupó a Call. ¿Y si lo mataban? ¿Y si destruían su cuerpo?

Ese no era el plan.

Automotones echó la cabeza hacia atrás y aulló antes de cerrar con fuerza las fauces ante Jasper. Este le lanzó fuego, ráfaga tras ráfaga, que envió al monstruo de metal tambaleándose hacia atrás, con las placas y los engranajes brillando al rojo vivo.

«Me alegro de ver que por fin Jasper le ha cogido el truco al fuego», comentó Aaron.

Automotones volvió a la carga torpemente. En el exterior, el fuego negro del caos se había apagado. Los magos habían corrido hacia la torre y trataban de abrir a golpes la puerta. La torre se sacudió.

Alex seguía gritando. Echó la cabeza hacia atrás, aullando, y la oscuridad le salió disparada de los ojos; dos largas tiras de negrura que se alzaron hacia el cielo. Kimiya gritaba como una loca. Tamara estaba de pie, y había creado un escudo de aire para protegerla.

Alex torció la cabeza hacia un lado. Los Devorados lo rodeaban por todas partes. Le caían lágrimas negras de los ojos. Extendió una mano.

—Madre —llamó con voz seca—. Madre.

Anastasia se alejó de él con una expresión de profundo horror en el rostro. La cara de Alex se retorció, y un último rayo de caos le salió de la mano. Era débil, Call lo notaba, pero aun así tenía fuerza suficiente. Alcanzó a Anastasia, la levantó en el aire y la dejó caer al suelo. Un agujero negro se le había abierto en el pecho.

Alex se desmayó.

«Ahora», avisó Aaron.

Call recurrió a todo lo que había aprendido sobre pulsar el alma y se concentró en Alex. Pudo ver su alma, que brillaba luminosa, limpia ya del caos. La sintió, casi como si la tuviera en las manos, palpitando y brillando, envuelta en hilos de odio, ambición y dolor.

Call vio al niño al que le había gustado ser popular, el que había disfrutado siendo el ayudante del Maestro Rufus, pero que nunca sintió que todo eso fuera suficiente. Vio al niño que había creado elaboradas ilusiones a partir de las películas, incorporando en la trama a sus amigos y a sí mismo, siempre como el ganador, el que lograba la victoria, la persona que lo arreglaba todo al final. Call vio la parte de Alex que se había sentido perdida tras la muerte de su padre, abandonado con una mujer que tenía sus propias intenciones, su propia obsesión. Vio su ambición de crecer, florecer y retorcerse. Vio el odio que sentía hacia él, su resentimiento, su deseo de ganarlo siempre. Call vio todo eso: el alma de Alex, completa, humana e imperfecta.

Con todas sus fuerzas, se concentró y trató de expulsarla del cuerpo que habitaba.

Sintió como un terrible eco al hacerlo. Call vivía en un cuerpo robado, y ahora estaba robando otro. Pero incluso débil, Alex era un makaris, y se resistió. Comenzó a presionar contra la conciencia de Call, obligando a su cuerpo a arrodillarse.

«Nunca podrás derrotarme», afirmó la voz de Alex, resonando en su cabeza. Por un momento, Call se sintió como arrancado y a la deriva. ¿Y si, como no había nacido en ese cuerpo, le resultaba más difícil permanecer en él? ¿Y si no podía resistirlo? El pánico creció en su interior. El empuje de Alex lo tumbó contra el suelo, con los hombros tensos y los codos apretados.

«No puedo hacerlo —pensó—. No puedo».

«Puede que sea imposible para uno de nosotros, pero juntos lo haremos», afirmó la voz de Aaron, firme y segura. Unió sus pensamientos a los de Call y juntos repelieron a Alex, y deshicieron las líneas brillantes que amarraban su alma a su cuerpo, extrayéndosela. La empujaron a la nada.

Los hilos que ataban el alma de Alex a su cuerpo se deshilaron y se partieron, y su alma desapareció sin siquiera un grito o un gemido. Call no sabía a dónde iban las almas, supuso que

nadie lo sabía, pero estaba seguro de que era algún lugar mucho más allá del vacío.

«Aaron —pensó Call—. Aaron, tienes que irte».

Fue como si pudiera sentir el alma de Aaron respirando hondo. Vacilante. Call buscó a Aaron por última vez, buscó a su contrapeso, al alma que mejor conocía. Sintió como si acariciara el alma de Aaron, sujetándola un instante y dejándola ir.

El cuerpo de Alex se sacudió una vez e intentó tragar aire.

«Aaron —pensó Call—. ¿Ha funcionado?».

Pero no obtuvo respuesta. Solo captó un silencio resonante en los oídos. Estaba solo. Hasta ese instante, no se había dado cuenta de lo poco acostumbrado que estaba a hallarse realmente solo en su cabeza.

El ruido le sacudió, y Call fue consciente de la batalla que se estaba librando. El dragón del caos se había comido otra parte de la torre. Docenas de magos estaban flotando a la altura del segundo piso, con la ayuda de Alastair y el poder del aire, y se habían unido a Jasper y Tamara contra Automotones. Greta, Lucas y Ravan también luchaban a su lado; Greta le tiraba rocas; Lucas dirigía contra él chorros de agua a alta temperatura, y Ravan le lanzaba rayos de fuego.

Dentro de la torre, Kimiya tenía a Anastasia en el regazo y parecía estar intentando que no muriera.

Call se puso en pie como pudo.

—¿A... Alex?

Alex abrió los ojos. Kimiya ahogó un grito. Volvían a ser azules, en vez de negros y con estrellas. Alex tosió violentamente y se puso de rodillas con una expresión de confusión en el rostro.

A Call, sus gestos le resultaron familiares. No se movía como Alex; se movía como Aaron. Hacía los mismos gestos. A Call el corazón estaba a punto de estallarle. ¿Se lo estaba imaginando o realmente su plan había funcionado?

El Maestro Rufus subió corriendo las escaleras y entró en la sala; tras él llegaron el Maestro North y la Maestra Milagros.

Contemplaron la escena que tenían ante sí: Anastasia agonizando, los Devorados aún por la sala, las grietas en las paredes.

Y, Alex, en medio de todo.

—¡Alex! —exclamó Call—. Alex, detén a las criaturas del caos. Muéstrales que ahora estás de nuestro lado.

—¡Deteneos! —gritó él, en una voz que era la suya de siempre y al mismo tiempo diferente—. ¡Deteneos, criaturas del caos! Os ordeno que os detengáis.

El dragón paró de golpe. Automotones rugió. Desde el exterior de la torre se oyeron distintos ruidos cuando las criaturas del caos oyeron sus órdenes.

—¡Volved al caos! —continuó Alex—. ¡Regresad al lugar del que habéis venido!

Más Maestros se fueron reuniendo detrás de North, Rufus y Milagros. Todos observaban a Alex, que se hallaba con los brazos extendidos y las manos abiertas, ordenando a las criaturas del caos que se dispersaran.

—Se van —exclamó Milagros, asombrada—. ¡Mirad!

A través del agujero de la pared, Call vio a las criaturas del caos retroceder, con Automotones a la cabeza. Parecían ondear y luego desaparecían. Una a una fueron dejando retazos de oscuridad que flotaban y se desplazaban como humo contra el cielo.

Los magos del Magisterium lanzaban vítores. Ravan, Lucas, Greta y Alastair habían desaparecido; seguramente porque dudaban de ser bien recibidos, una vez pasado el peligro.

—Call, ven aquí —llamó Kimiya, haciéndole gestos de urgencia. Tamara estaba arrodillada a su lado, invocando magia de tierra para curar a Anastasia.

Call no trató de detenerla. Ya nada podía ayudar a Anastasia. Esta le sonrió; la sangre le manchaba los dientes.

—Con —susurró.

Tamara se mordió el labio y se le enrojecieron las mejillas. Siempre había odiado que Anastasia llamara a Call por el nombre de Constantine Madden.

—Con —repitió Anastasia—. Sé lo que hiciste. Lo sé.

Call le cogió la mano, porque nunca había pretendido hacerle daño. Nunca había pretendido hacer daño a nadie.

—Lo siento —le dijo—. Lo siento muchísimo.

—A veces, no te pareces nada a como era mi hijo, nada en absoluto —repuso Anastasia, y luego alzó la voz—. ¡Magos del Magisterium, deseo hacer una última confesión!

Alex se había dejado caer acucillado.

—Era yo quien controlaba a Alex —dijo Anastasia, y todos los magos que abarrotaban la sala escucharon en silencio, conteniendo la respiración—. Fui yo, era yo quien lo controlaba todo; ni el Maestro Joseph ni Constantine Madden, sino yo. Ellos solo eran mis peones. Todos vosotros habéis sido mis peones.

—¿Y cómo? —quiso saber el Maestro North—. ¿Dime cómo lo lograste?

—Aprendí del mejor —contestó ella—. Mi hijo, Constantine Madden, el Enemigo de la Muerte. Durante años, tuvo a Jericho a su merced, obligándolo a ser su contrapeso y a ceder trozos de su alma. Cuando Alex pasó a ser mi hijastro, empecé a controlarlo. Al principio fueron cosas sin importancia. Después, logré que fuera totalmente obediente al Maestro Joseph. No tenía elección; debía obedecerle. —Tosió, y la sangre le salpicó la ropa blanca—. Haced lo que queráis con él. No me importa. Nunca lo he querido.

—Entonces ¿por qué nos estás diciendo todo esto? —preguntó el Maestro Rufus.

—Quiero que se me reconozca el mérito —croó Anastasia—. Fui yo quien lo transformó en un Devorado, yo quien hizo que se construyera esta torre. El Magisterium me arrebató a mi hijo, pero, al final, me sirvió a mí y a mis deseos. —Miró a Call. Este se obligó a sonreírle, y algo se relajó en el rostro de Anastasia—. Ya no podéis hacerme daño —dijo en un susurro; se le cerraron los ojos y la cabeza le cayó hacia un lado.

Tamara soltó un grito. Gwenda había corrido al lado de Jasper, y este la cogía, con una expresión seria en el rostro.

Alex miraba a Anastasia, muy pálido.

—¿Qué he hecho? —preguntó, lo que parecía la pregunta adecuada; una pregunta que le salía de lo más hondo de su interior. Alex miró a los magos, miró al Maestro Rufus—. Tendrías que arrestarme. Alguien debería arrestarme.

—¡Esperad! —exclamó Call—. Ya habéis oído a Anastasia. Ella lo obligó a hacer todas esas cosas. Lo obligó a convertirse en un Devorado del caos. Aceptasteis perdonarle.

—Aceptamos interrogarlo —replicó el Maestro North—. Al menos, Graves lo aceptó. Y, gracias a él, Graves está muerto.

Alex dejó caer la cabeza.

«Aaron —pensó Call—. Aaron, mírame».

Pero Alex no lo hizo. Y Call no supo si pensar en él como Alex o como Aaron, no supo si el alma de Aaron se hallaba intacta en el cuerpo de Alex, o si estaba sufriendo, por el peso de la culpa o por el horror o por un millón de cosas más. O quizá su alma se había hecho pedazos; quizá no fuera nadie ahora, ni Alex ni Aaron.

Y, entonces, Call se fijó en *Estrago*. Se había colocado junto a Alex y le metía el morro en la mano, como hacía antes con Aaron. Y, sin pensarlo, Alex..., Aaron, porque se había convertido en Aaron, comenzó a acariciar la cabeza al lobo.

Call vio al Maestro Rufus observando al lobo con los ojos entornados. Antes de que pudiera decir nada, el señor y la señora Rajavi subieron por las escaleras y corrieron a abrazar a Tamara y Kimiya.

—Lo habéis logrado, mis pequeñas —exclamó la señora Rajavi mientras las besaba a ambas—. Sois unas heroínas. Me siento muy orgullosa de vosotras.

Alastair apareció en un torbellino de aire, sobresaltando a todos.

—Los otros se han ido —informó—. Parece que esto se ha acabado.

—En cuanto dejen marchar a Alex —insistió Call, y su padre le lanzó una mirada de gran confusión.



Aaron, porque Call estaba seguro de que Alex era Aaron, permaneció en silencio. Habría estado bien que dijera algo que lo confirmara.

—Ya basta —intervino el Maestro Rufus—. Salgamos de la torre. No hará daño a nadie que nos llevemos a... Alex. Lo tendremos con las manos atadas hasta que lo juzgue la Asamblea.

—Nosotros nos llevaremos el cuerpo de Anastasia al Collegium y lo prepararemos para enterrarla —dijo el Maestro Cameron, uno de los magos del Collegium que Call reconocía de su breve visita allí durante el Curso de Bronce.

Rufus asintió. Era evidente que todos lo miraban como antes habían mirado a Graves.

—En cuanto nos aseguremos de que nadie está herido de gravedad, decidiremos qué vamos a hacer con Alex.

—¿Por qué actúas como si estuvieras al mando? —preguntó el Maestro North, que parecía no haberse enterado de la situación.

—Me han pedido que me una a la Asamblea y he aceptado. Durante mucho tiempo he deseado mantenerme al margen del mundo de los magos. No es fácil que te conozcan por haber sido el profesor de uno de nuestros peores enemigos. Pero esta vez he dicho que sí. —El Maestro Rufus hablaba muy serio—. Y ahora ¿ponemos a salvo a estos alumnos? Ya se han arriesgado suficiente por nosotros.

Call intentó hablar con Aaron, pero el Maestro North ya lo estaba elevando en el aire. Tamara también tendió una mano hacia él, pero Aaron se fue sin reaccionar. Call y Tamara se miraron, ambos planteándose la misma pregunta.

¿Se hallaba Aaron ahí? Y, de estarlo, ¿se encontraba bien?



## CAPÍTULO 16

Call apenas recordaba el viaje de vuelta al Magisterium. Lo llevaron a la enfermería a toda prisa, y la Maestra Amaranth lo envolvió en mantas. Tamara y Jasper estaban a su lado, cubiertos también por mantas. Llegó la noticia de que Anastasia había sido declarada muerta, y aunque Call ya sabía que había muerto, oírlo se le hizo duro.

Gwenda entró en la enfermería y los abrazó. Había llevado a Rafe y a Kai con ella, y todos dieron grandes abrazos a Jasper y chocaron los cinco con Tamara y Call. Les contaron que la escuela estaba de celebración y que todo el mundo hacía como si nunca hubieran pensado mal de Call. No le costó nada creerlos: los propios Kai y Rafe se comportaban como si nunca hubieran dudado de él.

Alastair entró para decir que Greta, Lucas, Ravan y él se marchaban del Magisterium; no querían acabar encerrados como

Alex. Había conseguido que el Maestro Rufus le prometiera que, en la próxima reunión, estudiarían un modo para tratar mejor a los Devorados, pero hasta entonces preferían hacer mutis por el foro.

—Te veré cuando te hayas graduado —le prometió Alastair a Call—. Y no te preocupes por mí. Tengo que volver y asegurarme de que se ocupen bien de la casa y de mis cosas.

Por un momento guardaron un tenso silencio. Alastair se acercó y le acarició la mejilla. Fue como un soplo de viento.

—Lo siento muchísimo —soltó Call—. Por mi culpa, ha ocurrido esto. Por mi culpa, eres un Devorado del aire, y no volverás a arreglar coches ni a ir al cine...

—Sí que puedo ir al cine —repuso Alastair con ternura—. Volaré por la parte de atrás. ¡Y no tendré que pagar la entrada!

—Ya sabes a lo que me refiero —insistió Call.

—Mira, Call. Toda mi vida he deseado ser capaz de hacer más. Más para derrotar al Enemigo de la Muerte. Más para salvar a Sarah. Y ahora me he dado cuenta de que esa sensación ha desaparecido, que finalmente he podido dejarla atrás. Que he sido capaz de hacer lo suficiente.

—¿Destruyendo a Alex? —dedujo Call.

—Criándote a ti —replicó Alastair—. Eres una buena persona, Call, y un luchador. Y un gran mago. —Le brillaron los ojos—. No puedo expresar lo mucho que ha valido la pena.

Call sintió una gran alegría. Estuvo a punto de preguntarle cuándo se iban a ir juntos a casa, pero la Maestra Amaranth les estaba lanzando una penetrante mirada por hablar. Alastair le guiñó un ojo y desapareció.

Call suspiró.

—¿Maestra Amaranth? Me preguntaba si podría ir a descansar a mi habitación. No me duele nada, pero estoy agotado.

La Maestra lo miró con recelo. Call supuso que se encontraba con muchos niños que buscaban excusas para salir de la enfermería o entrar en ella. Su serpiente, posada como una estola sobre los hombros, destelló entre azul cielo y amarillo.

—Si de verdad crees que será mejor, Callum... Pero si te sientes mareado o débil, vuelve inmediatamente.

—¿Puedo ir con él? —preguntó Tamara mientras se ponía en pie y se apartaba la manta.

La Maestra Amaranth alzó las manos al cielo.

—Supongo que sí. Después de todo, ¿quién soy yo para retener a los héroes del Magisterium por algo tan nimio como su salud?

Parecía que Jasper también estaba listo para marcharse, pero entonces Gwenda había vuelto a la enfermería y los había abrazado a todos. De repente, Jasper notó un dolor en la pierna que requería que Gwenda se sentara junto a su cama y le dijera lo valiente que había sido.

Call corrió hacia el pasillo con Tamara detrás.

—Vamos a ver a Aaron, ¿no? —preguntó ella.

Call asintió.

—Si es que podemos llegar allí abajo. Ya no tenemos la llave.

—*Warren* nos llevó una vez —repuso Tamara, y empezó a llamar al lagarto—. *Waaarreeen*, ¿dónde estás? La hora ya ha llegado. Y lo hemos superado; se ha acabado. Pero necesitamos tu ayuda una vez más.

Una lengua apareció desde el techo y le dio a Tamara en la nariz.

—¡Qué asco! —exclamó frotándose la nariz con fuerza—. Eso ha sido muy desagradable, *Warren*.

El lagarto elemental hizo un sonido gutural que podía ser una carcajada. Luego reptó desde el techo, y a cada movimiento, fue haciéndose mayor. Las gemas del lomo brillaron con una luz fiera, mientras crecía y crecía. Cuando acabó de crecer, era más grande que *Estrago*, y tenía la boca llena de dientes de pedrería.

—¡Hala! —exclamó Call—. Guau. No sabía que pudieras hacer eso. ¿Cómo es que no sabía que podías hacer eso?

—En tu pasado se encuentra tu futuro —sentenció *Warren*—. Y en tu futuro, tu pasado.

Call suspiró al darse cuenta de que no había manera de que *Warren*, independientemente de su tamaño, fuera a darle una respuesta directa.

—¿Puedes llevarnos por el camino secreto a donde Aar..., quiero decir Alex, está encerrado?

—¿Otro secreto? Sí, *Warren* guardará otro secreto. *Warren* os llevará al lugar. Pero tendrás una deuda con *Warren*, y un día *Warren* te pedirá que hagas algo a cambio.

—Pensaba que salvar el mundo era lo que habíamos hecho a cambio —replicó Tamara con descaro.

Sin hacerle caso, *Warren* se puso en marcha. Sin duda, era más fácil seguir a la versión grande del lagarto. Aunque aún podía correr por el techo, lo que ponía un poco nervioso a Call. Temía que se le cayera encima.

Pasaron por la entrada secreta a la prisión de los elementales, atravesaron la cámara de fuego y luego la cámara de aire, donde extraños elementales se movían silbantes en jaulas de cristal, que le recordaron a Call sus días en el Panopticon.

Localizaron fácilmente a Aaron. Estaba sentado en el suelo de una pequeña celda.

El Maestro Rufus estaba ante él, caminando de un lado a otro.

—En unos minutos tenemos que ir a la reunión de la Asamblea —le dijo—. Pero, primero, quiero que me cuentes lo que está pasando.

Aaron miró la pared. Era asombroso lo mucho que, para Call, se parecía a Aaron y no a Alex. Como si la forma del rostro le hubiera cambiado sutilmente. Call sabía que su amigo nunca contestaría al Maestro Rufus, porque su respuesta les metería en líos a él y Tamara.

—¿A qué te refieres? —preguntó Call—. Ya has oído lo que dijo Anastasia. Antes Alex estaba bajo su control. Ahora es libre.

Rufus alzó sus expresivas cejas.

—¿Y qué estáis haciendo aquí vosotros? Un lugar donde se supone que no debéis estar bajo ningún concepto. Ahora me diréis

que eso tampoco tiene ningún misterio.

—Umm —repuso Call. Cuando Aaron no estaba en su cabeza, le costaba mucho más dar con la clase de respuesta que les gustaba a los profesores.

Rufus meneó la cabeza.

—De todas formas, no me lo creo —dijo secamente—. Controlar a alguien requiere una magia muy poderosa, de las que necesitan una supervisión constante. Sin embargo, Anastasia Tarquin muy pocas veces visitaba el Magisterium.

—Estuvo aquí durante el Curso de Bronce —le recordó Tamara—. Fue entonces cuando Alex se volvió malo.

—Incluso si lo estaban controlando —continuó Rufus—, incluso si la muerte de Anastasia le ha liberado, debería seguir siendo Alex Strike. Pero *Estrago* se acercó a él y lo trató como si fuera uno de vosotros. Alguien a quien conoce y quiere.

En la jaula, Aaron movió ligeramente la cabeza. Call deseó poder seguir leyéndole el pensamiento, y supo que él estaba tratando de comunicarse.

—Cuando dijiste que querías darle una segunda oportunidad a Alex, me pregunté qué sabrías —dijo Rufus—. Sé que nunca perdonarías a Alex por haber matado a Aaron. Pero insistías en que lo dejáramos vivir. Y aquí está, al parecer indemne. Y al parecer, sin ser ya Alex.

Tamara tragó saliva.

—¿Qué quieres decir? —susurró.

—Creo que ya sabes lo que quiero decir —contestó Rufus—. Pero quiero que lo digáis vosotros. Que quede claro: la reunión de la Asamblea en la que se decidirá lo que se hace con Alex está a punto de comenzar. Si no me explicáis nada, me opondré, con todos mis recursos, a que sea liberado. Si me decís la verdad ahora, tal vez os ayude.

—No son unas condiciones fantásticas —replicó Call.

El Maestro Rufus se cruzó de brazos.

—Son las únicas que vas a tener.

—Muy bien —repuso Call, abandonando toda cautela—. Ese no es Alex. Es Aaron.

Aaron miró hacia el suelo. El Maestro Rufus no pareció sorprenderse.

—Aaron no murió en el campo de batalla —dedujo.

—Su alma entró en mí —explicó Call—. Lo he llevado en mi cabeza. Pero sabíamos que necesitaba un cuerpo. ¡Y Alex mató a Aaron! ¡Lo asesinó, sin ningún motivo! Era justo que fuera él quien le diera un cuerpo nuevo y una vida nueva.

—¿Y tú sabías todo esto, Tamara? —inquirió Rufus.

Tamara cogió a Call de la mano. Incluso en medio de la tensión del momento, Call notó el calor de sus dedos; su contacto le dio confianza, y se sintió un poco mejor.

—Lo sabía todo —contestó ella—. Acepté proteger a Call y a Aaron. Si Aaron no se hubiera apoderado de su cuerpo, Alex habría seguido luchando hasta que Call hubiese muerto, y habría matado a mucha más gente después de eso. Ya viste lo que le hizo a Graves. Ahora hay una buena persona viva gracias a lo que hicimos.

—Decidís sobre la vida y la muerte como si fuerais pequeños dioses —replicó el Maestro Rufus—. ¿Qué os he enseñado? ¿Qué hay en mis métodos que anima a mis alumnos a tales niveles de arrogancia? —Esa última parte le salió más alto de lo que solía, incluso cuando lo decepcionaban.

Call se quedó callado, pero Aaron sí que respondió.

—No es culpa suya. O supongo que sí lo es, porque siempre eliges makaris.

Rufus le echó una larga mirada.

—Siga, señor Stewart.

Aaron suspiró.

—La magia del caos no es como las otras. Apuesto a que hay un montón de chicos en el Magisterium que han usado su magia para todo tipo de cosas raras. Falsificar piedras preciosas y venderlas; encantar cosas para que los no magos se tropiecen o lo que sea; proyectar películas con finales amañados. Eso es lo que pasa

cuando pruebas los límites de la magia normal. Cuando pruebas los límites de la magia del caos ocurre... esto.

—Hablas como siempre, Aaron —dijo Rufus—. Si no estuviera tan enfadado, estaría maravillado.

—No queremos más líos —intervino Call—. Yo no quería nada de todo este lío. De hecho, ni siquiera quería venir a la escuela de magos. —Rufus pareció a punto de objetar, pero Call le cortó—. En eso me equivocaba, pero lo que intento decir es que no vamos a seguir jugando con la vida y la muerte, ni nada parecido. Vamos a ir al Collegium y vamos a ser como todos los demás.

—Muy bien —dijo el Maestro Rufus—. Pensaré en lo que me habéis dicho y tomaré mi decisión durante la reunión de la Asamblea. —Movi6 la mano y la pared transparente que encerraba a Aaron desapareció—. Incluso si no puedes contar toda la verdad, sé sincero —recomendó a Aaron.

Tamara fue a abrazar a su amigo con fuerza.

—Me alegro tanto de tenerte de vuelta —dijo, y Call sintió el temblor de unos celos ya conocidos. No les hizo caso, y simplemente se alegró de volver a tener a su amigo en el mundo.

Aaron se acercó a Call y lo abrazó con tanta fuerza como se habían abrazado Tamara y él.

—Gracias —le dijo Aaron en voz baja—. Por todo. Por mi vida. Eres mi contrapeso, mi equilibrio. Y siempre lo serás.

—Vamos. —El Maestro Rufus indic6 a Aaron que caminara ante él. Rufus volvió a agitar la mano, y Aaron se vio esposado—. Si no, llegaremos tarde a la reunión de la Asamblea.

Call y Tamara siguieron a Rufus por los pasillos de los elementales y por unas cuantas cámaras donde solo se oía el eco de sus pasos, hasta llegar a la misma gran sala que la Asamblea había utilizado antes. Había la misma mesa, y esta vez era Aaron quien estaba en el centro, con todos mirándolo. Call record6 cómo se había sentido allí.

—Alex Strike —comenzó la señora Rajavi, y Call notó furia en su voz—. Has asesinado a uno de nuestros miembros ante todos



nosotros. Eres responsable de muchas más muertes y de muchos disturbios. Sin embargo, afirmas que te hallabas bajo el control de Anastasia Tarquin. ¿Puedes demostrarlo?

—Ella lo confesó —respondió Aaron—. Todo lo que hice fue bajo su control.

—¿Recuerdas que te controlaran? —preguntó el Maestro North. Estaba sentado en el lugar que había ocupado Graves—. ¿Recuerdas lo que hiciste?

Aaron negó con la cabeza.

—No tengo ningún recuerdo de ser un Devorado del caos —contestó, lo que, Call supuso, era totalmente cierto—. O de traicionar al Magisterium. Soy leal al Magisterium y odio al Maestro Joseph —dijo con un veneno en la voz muy difícil fingir.

—Comprendes que no nos resulte fácil creerte —dijo la Maestra Milagros, pero su voz era amable—. Todos te vimos quemar los bosques que rodean el Magisterium. Te vimos torturar a niños y asesinar al Maestro Rockmaple.

—Fue Anastasia —respondió Aaron.

Parecía más nervioso que antes, seguramente porque estaba mintiendo, y eso siempre le hacía sentirse mal. No había sido Anastasia, había sido Alex.

«Ahora los dos están muertos —pensó Call, dirigiéndose a Aaron con toda la intensidad que pudo. De nuevo, echó de menos el tiempo en que podía hablar con él en silencio—. No les haces daño. No importa lo que la gente piense de ellos, solo importa que tú estés bien».

—¿Y por qué lo hizo? —preguntó el Maestro Rufus. Su expresión era inescrutable—. ¿Por qué te utilizó a ti para intentar acabar con la escuela, con la Asamblea?

—Culpaba a todos los magos de la muerte de sus hijos, y los odiaba por ello —explicó Aaron—. Al principio, pensé que yo sería un nuevo hijo para ella, pero solo fui un instrumento. Había aprendido cosas de los libros de Constantine. Era capaz de sujetar una pequeña parte de mi alma, para controlarla, como la Orden del

Desorden controla a los animales en los bosques. Cuando todos se enteraron de lo de Aaron, fue cuando ella decidió actuar. Me controló y me hizo asesinarlo y apropiarme de su poder de makaris. No recuerdo nada después de eso.

Tamara le dio a Call un pequeño empujón en el hombro.

—Eso ha estado bien —susurró. Buena mentira, quiso decir.

Los murmullos recorrieron la sala.

—Sí que confesó —dijo alguien.

—Pero ¿y si no está diciendo la verdad? ¿Y si estaban compinchados? —dijo alguien más.

—Creo que ahora es el momento de votar —declaró el Maestro North—. Los que estén a favor de aceptar como cierta la historia de Alex Strike y de acogerle de nuevo en el Magisterium que levanten la mano.

Call sabía que Tamara y él no podían votar. Tamara miraba a sus padres en una muda petición. Tras un momento de silencio, ambos alzaron la mano. A Call le pareció que mucha gente levantaba la mano, pero vio horrorizado que el Maestro Rufus no era uno de ellos. Aaron miró a su Maestro, pálido de miedo.

—Muy bien —dijo el Maestro North, tomando nota—. Ahora, todos los que estén a favor de enviar a Alex Strike al Panopticon que alcen la mano.

Un número idéntico de manos se alzaron, entre ellas la de la Maestra Milagros. Pero el Maestro Rufus seguía con las manos apoyadas en la mesa.

—¿Rufus? —preguntó North, que se había detenido pluma en mano.

—Me abstengo —contestó Rufus con una voz tan seca como la grava.

El Maestro North se encogió de hombros.

—Entonces es un empate —informó—. Rufus, vas a tener que votar. Necesitamos romper el empate.

—Tiene que hacerlo —susurró Tamara—. Tiene que votar a favor... a favor de Aaron.

Miró a Aaron. Call casi no podía quedarse quieto. Se clavaba las uñas en la palma de la mano con tanta fuerza que le dolía.

El Maestro Rufus se puso en pie.

—Hay algo que puede determinar cuál es la verdad —dijo—. En vez de votar basándome solo en la intuición, me gustaría ver a Alex Strike y a Callum Hunt pasar por la Quinta Puerta.

La sala estalló en murmullos. El Maestro Rufus permaneció inexpresivo, como una roca en medio de un violento torrente.

—Call es mi aprendiz —continuó Rufus—. Alex fue mi ayudante. Os puedo asegurar que ambos están preparados. La Quinta Puerta, la Puerta de Oro, exige querer hacer algo bueno por el mundo, intentar genuinamente hacer el bien. Si la puerta se abre ante ellos y les permite el paso, entonces es que han aprendido esa lección. Recordad que Constantine nunca atravesó esa puerta; abandonó la escuela antes de que le pudiéramos pedir que lo hiciera. Si Alex puede atravesar la Puerta de Oro, entonces creo que debemos aceptar que, a pesar de lo que las circunstancias le han obligado a hacer, es puro de corazón.

Los magos se habían ido callando para escuchar a Rufus. Cuando este acabó, se hizo un largo silencio.

—Muy bien —dijo el Maestro North, finalmente—. Me gustaría mucho ver a esos dos enfrentarse a la prueba de la puerta. En alquimia, el oro está considerado el más puro de los metales. La Puerta de Oro evaluará la pureza de vuestro corazón. Si falláis, chicos, se os encerrará para siempre. No habrá más oportunidades. Volved a vuestras habitaciones, poneos el uniforme y preparaos.

—Si van a atravesar la puerta —dijo Tamara—, yo la atravesaré con ellos.

—Y si fracasas, ¿compartirás su destino? —preguntó el Maestro North.

El Maestro Rufus no parecía muy complacido.

—No —dijo la señora Rajavi poniéndose en pie—. Claro que no. Nadie duda de que Tamara lo haya hecho todo por el Magisterium y por el mundo de los magos. Su destino no está en duda.

El señor Rajavi apoyó a su esposa.

—Dejad a nuestra hija fuera de esto.

—Liberé a Call de la prisión. Confío en Alex —dijo Tamara a los magos—. Es suficiente para compartir su destino. Voy a atravesar la puerta con ellos. Si la puerta me rechaza, entonces no me merezco nada diferente de lo que se merezcan ellos.

—Tamara... —comenzó Call. Estaba convencido de que ella podría atravesar la puerta, pero no le gustaba pensar en ella y en el Panopticon al mismo tiempo.

—Muy bien —repuso el Maestro North, cortando a Call—. Id los tres a preparaos. Os veremos en el Sala de los Graduados.

Mientras regresaban a sus habitaciones en el Magisterium, a Call le temblaba todo el cuerpo de tanta tensión. Tamara le dio la mano. Aaron respiraba aceleradamente, con espamos, como si estuviera luchando contra un ataque de pánico.

—Creo que lo hemos logrado —dijo Call finalmente, mientras entraban en sus habitaciones—. Lo único que tenemos que hacer es atravesar la puerta final. Hemos acabado el Magisterium y evitado la prisión.

Aaron asintió lentamente mientras dejaba escapar un largo suspiro y se sentaba en el sofá.

—Esperemos que la Puerta de Oro nos deje pasar. Y muchas gracias, a los dos, por devolverme a la vida. Resulta un poco raro decirlo, pero ha sido mucho más raro vivirlo.

Tamara le dio en el hombro.

—Bienvenido —dijo, y él la envolvió en un gran abrazo.

Ambos sonrieron, y Call tampoco podía dejar de sonreír.

—¿Qué se siente? —preguntó Call—. Al haber vuelto del todo.

Aaron se volvió hacia él, y aunque era el rostro de Alex, resultaba fácil ver brillar en él el espíritu de Aaron.

—¿Te refieres a no ir botando dentro de tu coco? Resulta un poco raro, como si este cuerpo fuera un traje que aún no acaba de ajustarse bien. Pero es agradable y tranquilo. Vivir en tu cabeza era como vivir en medio de un torbellino de recriminación hacia ti

mismo, obstinación e ideas ridículas. —Se volvió hacia Tamara—. De verdad. No te haces una idea de las cosas que no cuenta. Le estaba dando vueltas a una forma de luchar contra Alex que incluía chicle, clips de papel y...

—Muy bien —le interrumpió Call mientras lo empujaba hacia el dormitorio de Jasper, donde esperaba que hubiera un uniforme de más—. Será mejor que nos preparemos. ¡No podemos hacer esperar a los magos!

Tamara y él se dirigieron cada uno a su dormitorio para cambiarse. *Estrago* dormía en la cama de Call, con las patas hacia arriba. Call sintió una punzada de dolor; ¿quién se haría cargo de *Estrago* si no conseguía pasar la última puerta? Le acarició la cabeza, tratando de no darle más vueltas, y luego fue al armario.

Ahí colgaba un uniforme limpio del rojo intenso del Curso de Oro. Las anteriores prendas de Call habían sido destruidas, porque estaban cubiertas de barro y sangre. En algún momento, sus graduaciones habían comenzado a ser un vago recuerdo. No era la primera puerta que habrían cruzado en un momento diferente que el resto de sus compañeros. Sin embargo, sí que sería la última.

Se cambió y cogió a *Miri* de la mesilla de noche. Se lo colgó del cinturón. Ya estaba listo.

Pero no del todo. Llamaron a la puerta y dejó pasar a Tamara. También iba vestida con el uniforme del Curso de Oro, tenía las mejillas sonrosadas y llevaba el cabello recogido detrás en una trenza. Call pensó que estaba muy guapa, y se sintió aliviado de que, por fin, no hubiera nadie en su cabeza para burlarse de él. Podía mirar a Tamara y pensar en lo mucho que le gustaba. E incluso si algún día ella no le correspondía, incluso si en ese momento no le correspondía, todo estaría bien mientras fuera su amiga.

—He venido porque hay algo que quiero decirte —empezó ella—. Algo que no podía decirte antes.

Al instante, Call se alarmó.

—¿Qué?

—Esto —respondió ella; se metió entre sus brazos y le besó.

Por un instante, a Call le preocupó estar demasiado sorprendido para moverse, pero resultó que no tenía por qué preocuparse. Rodeó a Tamara con los brazos y le devolvió el beso, y le pareció estar volando. Ella lo cogió del cuello y él la acercó más a su cuerpo. Y el beso fue increíblemente suave y dulce, y al mismo tiempo, Call se sintió como si tuviera estrellas y cometas estallándole en la cabeza.

Tamara se apartó un poco, con lágrimas en los ojos.

—Por fin —dijo—. No podía hacerlo cuando tenías a Aaron en la cabeza.

—¿Es en serio? —preguntó él—. Quiero decir, ¿es en serio que... te gusto? Porque yo te quiero, Tamara, y quiero salir contigo.

Menos mal que iba a conformarse con ser solo amigos, pensó Call. Debía de haber sufrido una locura temporal. La miró nervioso y ella entornó los ojos... Oh, Dios, iba a decir que no. Iba a decirle que le había besado para cerrar la cuestión, o porque le daba pena, o porque suponía que Call moriría pronto.

—Yo también te quiero —contestó ella—. Y no me gusta nada la idea de que otra chica sea tu novia, así que supongo que más vale que lo sea yo.

Esta vez fue Call quien la besó, y ella se puso de puntillas para devolverle el beso. Seguían besándose cuando *Estrago* comenzó a ladrar y, cuando se apartaron entre risitas, *Estrago* ya estaba rascando la puerta del dormitorio.

—Eso significa que hay alguien más aquí —dijo Tamara mientras se separaba a regañadientes de Call—. Será mejor que vayamos a ver si es el Maestro Rufus.

Fueron a la sala, cogidos de la mano. Pero no era el Maestro Rufus, sino Gwenda y Jasper. Este miró sus manos entrelazadas y alzó las cejas.

—¿Puede ser un sueño de amor? —preguntó.

—Cállate, Jasper. —Gwenda le dio suavemente en el hombro.

—Sí —respondió Call, por decir algo. Podría burlarse también de ellos por besarse, pero, en ese momento, no tenía ganas de meterse con nadie. Se sentía, al mismo tiempo, demasiado feliz y demasiado asustado, una extraña combinación.

—Debemos llevaros a la última puerta —informó Jasper—. Todos los magos os están esperando. No es justo que os graduéis tan pronto y yo no. Sin duda, esto hará que el Collegium os mire con buenos ojos. —Suspiró—. Pero, al menos, mi padre se salvará.

Call asintió. No conseguía sentirse mal porque el padre de Jasper fuera a seguir en prisión por haber ayudado al Maestro Joseph, pero se alegraba por Jasper de que no fuera a morir.

—Lo más seguro es que el Collegium no nos quiera —dijo, tratando de animar a Jasper—. Por si resulta que, accidentalmente, lo quemamos hasta los cimientos.

—Sí —repuso Tamara—. Y las opciones son «graduarse antes de tiempo» o «ir directo a la cárcel, sin pasar por la casilla de salida y sin cobrar doscientos euros».

En ese momento, Aaron salió del cuarto de Jasper. Todos se quedaron inmóviles. Llevaba un uniforme de su talla, por lo que Call supuso que no era uno de los de Jasper.

La sonrisa de Aaron estaba cargada de esperanza y nervios.

—No era... yo. Antes. Pero ahora lo soy. Espero que podáis perdonarme.

—¿De verdad que ahora estás en el equipo de los buenos? —preguntó Jasper.

Aaron asintió.

Jasper lo miró fijamente durante un largo momento.

—Umm.

—Vamos —dijo Gwenda—. Veamos si realmente estás a la altura.

Justos, recorrieron las cavernas del Magisterium y llegaron a una gran sala con largas estalagmitas y lodo humeante que calentaba el aire. Se agacharon para pasar por la puerta y entraron en la Sala de los Graduados. Un arco que Call no había visto antes brillaba con

luz dorada. Las palabras *Prima Materia* relucían grabadas en la pared sobre él, como si los surcos estuvieran iluminados.

Un pequeño grupo se había reunido para presenciar el momento: el Maestro Rufus y la Maestra Milagros, el Maestro North y los Rajavi. Gwenda y Jasper les murmuraron unas últimas palabras de ánimo y buena suerte a Call y Tamara antes de cruzar la sala y quedarse junto a los profesores y los miembros de la Asamblea.

El Maestro Rufus mostraba una sonrisa tensa, que se relajó al verlos entrar.

—Tamara, Alex, Call. Estáis preparados para cruzar la última puerta del Magisterium, la Puerta del Equilibrio. Con anterioridad, vuestros estudios os permitieron atravesar el control, la afinidad, la creación y la transformación. Hace tiempo, atravesasteis la Primera Puerta, la Puerta de Control, y os convertisteis en magos por derecho propio. Ahora, una vez hayáis cruzado la Puerta del Equilibrio, no solo seréis magos, sino también miembros de pro del mundo de los magos. Cruzar la puerta exige que seáis capaces de dejar de lado vuestros propios deseos y emociones por el bien de los demás. Si podéis ver la puerta, es que estáis listos para afrontar la prueba. Tamara Rajavi, tú primero.

Tamara avanzó, muy erguida, y llegó hasta la puerta. Igual que había hecho con la primera puerta que había cruzado, alzó la mano para tocarla. Entonces, desapareció de la vista.

—Ahora tú, Alex Strike.

—De acuerdo —respondió Aaron, nervioso. Se secó las manos en los pantalones. Llegó hasta la puerta, respiró hondo, y luego la atravesó, desapareciendo también.

Call no los podía ver. No sabía si habían llegado al otro lado. Lo único que veía era la expresión implacable de Rufus y los ojos de los otros magos, que esperaban su juicio.

—Callum Hunt —dijo el Maestro Rufus—. Tu turno.

Él tragó saliva y fue hacia la puerta.

—¡Esperad! —gritó una voz—. ¡Parad!



Call se volvió en redondo. Para su sorpresa, se trataba de Alastair. Se le veía casi como siempre, quizá un poco difuminado en los bordes, y ya no llevaba gafas. Miró al Maestro Rufus, y Call se dio cuenta de que su profesor debía de haber invocado a su padre para que apareciera en la ceremonia.

—Tiene que atravesarla ahora —insistió el Maestro North.

Alastair desapareció y reapareció de nuevo a un par de palmos de Call. Este se acercó a su padre y se dieron un rápido abrazo. Alastair estaba comenzando a ser ligeramente sustancial; Call casi podía notar la textura de su chaqueta.

—Yo atravesé una vez la Puerta del Equilibrio —murmuró Alastair—. Tú también puedes; eres mi hijo.

—Lo sé.

A Call lo invadió una gran calma. Soltó a su padre. En alguna parte, alguien murmuraba algo sobre tener Devorados en la Sala de los Graduados, pero nadie estaba haciendo nada al respecto.

Mientras daba su último paso hacia la Puerta del Equilibrio, pensó que habían cambiado muchas cosas en el Magisterium. Oyó gritos de ánimo a su espalda: Alastair, Gwenda, Jasper e incluso los Rajavi.

No iba a cruzar solo. Tenía apoyo detrás, y a sus dos mejores amigos al otro lado.

Respiró hondo y dio un paso adelante.

Era el ojo de un tornado. Imágenes de su vida se sucedían a su alrededor: una cueva de hielo, su viejo patín, la cocina de Alastair, el comedor lleno de alumnos, el Maestro Rufus en plena clase, Aaron y Tamara riendo, *Estrago* de cachorro bajo su chaqueta cerrada. El amor que sentía hacia todo eso se alzó y se le extendió por el pecho.

Vio caer la torre de oro, a Alex sobre su dragón, a Drew colgando a Aaron sobre un monstruo del caos, a Anastasia muriendo, al Maestro Joseph vigilándolo. Pero no sintió rabia. Había superado esas cosas, a esa gente. Había ganado. Lo mejor de él había ganado, y no había recuerdos alrededor que no fueran suyos.

No había recuerdos que pertenecieran a Constantine Madden ni a Maugris. Solo veía sus recuerdos.

Y entonces supo quién era realmente.

Era Callum Hunt.

El tornado se fue alejando y la calma que lo siguió fue casi ensordecedora. Se hallaba al otro lado de la puerta con Aaron y Tamara, y ambos le sonreían. Lo había logrado. Durante unos instantes, la gente no podía verlos, aunque ellos sí que veían a los magos a lo lejos, contemplando ansiosamente la puerta. En un momento, la pared ilusoria caería, pero durante ese instante estaban juntos, invisibles.

—Lo hemos logrado —dijo Tamara. Cogió a Aaron de una mano y a Call de la otra—. Lo hemos logrado juntos.

Call y Aaron también se dieron la mano.

—Y tenemos que prometer no ser como otros magos del caos —le dijo Aaron a Call, apretándole la mano—. No como Maugris. Cuando seamos viejos y nos toque morir, moriremos. Nunca volveremos a hacer lo que hemos hecho.

Call asintió.

—Nada de ir cambiando de cuerpo.

—Nada de ir cambiando de cuerpo —repitió Tamara—. Vosotros os vigiláis el uno al otro, y yo os vigilo a ambos. Y si uno de vosotros rompe este pacto, le tocará al otro detenerlo, junto conmigo. ¿Entendido?

Aaron sonrió y había algo en su mirada, algo raro en esos ojos que no siempre le habían pertenecido.

—Lo prometo —dijo—. Lo prometo de corazón. Mientras viva, nunca, nunca, volveré a robar otro cuerpo.

Call miró a Aaron fijamente a los ojos.

—Yo también lo prometo —dijo—. De ahora en adelante, nos ceñiremos a las reglas. —Sonrió a Aaron, apagando su sombra de duda. Ahora era una buena persona. Ambos eran buenas personas.

Solo tenían que seguir así.